



*Perdida
en tu
memoria*

MORUENA ESTRÍNGANA

Perdida
en tu
memoria

MORUENA ESTRÍNGANA

Título: Perdida en tu memoria.

© 2020, Moruena Estríngana.

De la cubierta y maquetación: 2020, Roma García.

De la corrección: Merche Diolch. Lorena Losón. Yolanda Calvo

Foto de portada: Fotolia.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Nota del Autor

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de los que en ella se habla, son producto de mi imaginación. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

*Dedicado a todas esas parejas que con solo una mirada sienten que han encontrado a su
mitad perfecta.*

Prólogo

Valeria esperó a su amor de verano, a su chico misterioso, durante más de ocho horas, incapaz de creer que la había dejado tirada justo cuando le iba a contar la verdad de quién era. Era el momento en el que las máscaras se caerían y así podrían empezar una relación sin ningún secreto, conociendo su nombre y apellido.

Ella se lo había contando todo, pero él necesitaba más tiempo para confesarle quién era en verdad y de dónde venía.

Valeria confiaba ciegamente en él y por eso nunca le había importado no saber nada más. Le había confesado que la quería, le había explicado que ella le había cambiado la vida en esos dos meses que habían compartido, que era otro tras estar a su lado... ¿Todo era mentira?

Cada segundo que pasaba, una nueva lágrima caía por su mejilla y más se endurecía su corazón.

Se había enamorado de ese chico misterioso, con unos ojos verdes azulados que le habían conquistado, enseñándole a sus dieciséis años lo que era amar, pero ya nada de eso importaba porque él no estaba a su lado.

Y esperó y esperó... pero él no regresó.

Ese día iba a marcar un antes y un después en Valeria. Ya nunca más confiaría en un *te quiero* o en alguien que le hiciera creer que el amor era capaz de existir para ella.

Cada segundo que pasaba su corazón se rompía más y más...

El amor que sentía, pronto se convertiría en odio y la fe ciega que había tenido hacia él, le llenó de desconfianza.

Ya nada volvería a ser igual.



Capítulo 1

Valeria

Diez años más tarde.

Mi padre me informa de que van a rehabilitar el centro vacacional que hay cerca de la playa. Lleva años cerrado y han encargado a la empresa de mi progenitor que se haga cargo de todo.

Ese lugar lleva cerrado unos veinticinco años más o menos. Sabemos poco de los antiguos dueños; solo que crearon algo demasiado ambicioso y, por lo que parece, les generó tantas pérdidas que el Ayuntamiento tuvo que hacerse cargo de las instalaciones. También se rumorea que estos murieron pero, como fue todo tan rápido y no se integraron en la comunidad, no se sabe muy bien qué sucedió con ellos.

Hasta este momento, nadie se había interesado por el complejo hotelero, y el paso de los años ha hecho que ese lugar tan bonito se echara a perder.

Ahora, una empresa lo ha adquirido para restaurarlo y darle vida de nuevo. La empresa, que se ha hecho cargo de ellos, es de maquinaria pesada y coches de obra. No tiene nada que ver con los complejos turísticos, pero han decidido darle un giro a sus empresas e invertir su dinero en algo nuevo.

Mi padre tiene una empresa de rehabilitación de edificios en esta ciudad costera, donde mi hermano mayor Gus se encarga de las reparaciones, como jefe de obra. Cole, mi hermano mediano, estudió arquitectura; es quien revisa los planos para comprobar que todo es viable. Lo que más le gusta es comenzar proyectos nuevos, y por eso mi padre lo mandó a revisar uno que hay que empezar de cero. Actualmente está lejos, pero eso no impide que los planos que yo haga y las medidas que tomemos se las pase por *e-mail* para su supervisión.

Antes, mi progenitor solo quería hacer reformas, pero desde que Cole acabó la carrera ha ido cogiendo más trabajos de obras nuevas.

Gus, mi hermano mayor, tiene treinta y tres años. Se casó hace cuatro con Mayte y están esperando un bebé.

Luego está Cole que es cuatro años mayor que yo, es decir treinta.

Yo estudié interiorismo y he estado haciendo cursos sobre reformas durante muchos años. Desde niña me ha gustado el trabajo de mi padre y he andado siempre cerca de él, aprendiendo todo lo que sabe.

Además, tenemos un gran equipo a nuestro servicio y confiamos plenamente en ellos.

Desde hace días sabíamos que querían que lleváramos la reforma del complejo hotelero, pero esperaba que el jefe de reformas y el que coordinara el proyecto fuera mi padre, no yo. Ha sido una sorpresa que me hayan encargado ser el enlace entre los diferentes grupos de trabajo.

—¿Por qué lo tengo que llevar yo? Tú tienes más experiencia en esto.

—Bueno, han especificado que quieren una mente joven al frente del proyecto y eso me descarta.

—¿Y mi hermano Gus?

—Tu hermano es jefe de obra pero no tiene tu gusto para los diseños o para sacar el máximo partido a los espacios. Cole sigue fuera, pero te ayudará a distancia con los diseños.

—Ya, bueno, pero es un proyecto muy grande.

—Aunque tú seas la cara visible yo te ayudaré en la sombra y tus hermanos estarán cerca para apoyarte también.

Asiento, no puedo sentirme sobrepasada por la dificultad. Tengo que ser más fuerte que esto y lograrlo. Hacer este proyecto nos daría muy buena publicidad y en los tiempos que corren, no podemos rechazar nada. Hoy tenemos trabajo pero mañana no se sabe lo que podrá pasar.

—Vale, voy a estudiar el proyecto. Debería verlo antes de realizar planos.

—Me han escrito para decirme que mañana a primera hora el hijo del dueño estará allí. Se va a hacer cargo de este proyecto. Tendrás que hablarlo todo con él.

—Perfecto.

—Por lo que sé de esta familia por las redes sociales, su hijo tiene fama de ser un poco mujeriego...

—Capullo —dice mi hermano Gus entrando en el despacho de mi padre—. Pero yo estaré cerca por si se pone tonto.

Mi hermano tiene el pelo rubio y los ojos castaños como yo. Se acaba de casar y esperan a su primer bebé él y su mujer. Va a ser el primer pequeñín en la familia desde que yo nací, lo que hace que todos lo vivamos con mucha intensidad y emoción.

Me marcho a mi despacho para repasarlo todo. Este complejo hotelero es muy especial porque tiene un lago artificial que con el paso del tiempo se ha convertido en naturaleza viva. Está algo desplazado del complejo y se puede pasear por allí sin problemas. Alguna vez he ido con mi familia. Sus aguas son limpias, cristalinas y, aunque no es muy grande, es precioso; es lo que más me gusta de ese lugar.

Para llegar hasta él tienes que ir por una carretera de tierra. Habría que arreglarlo y darle mejor acceso, si es que lo quieren usar, ya que desde él también se puede ir a una playa privada, y quizás prefieran dejar de lado el lago.

Fue un proyecto muy ambicioso y mantenerlo es muy costoso. Yo creo que por eso acabó por desaparecer.

Nadie esperaba que se vendiera tras tantos años. En el fondo esperábamos que se acabara por destruir y el Ayuntamiento lo tirara. Pero no, ahora va a resurgir de sus cenizas y mi empresa obrará el milagro.

A ver qué me encuentro mañana cuando lo estudiemos, ya que cualquier cosa con la que no contemos, hará que el presupuesto engorde. Se me dan muy bien las cuentas y me gusta hacer presupuestos. Además, por lo que sé, no quieren escatimar en gastos.

Me llega un nuevo correo de la empresa que nos ha contratado, en el que me dan el teléfono del hijo del dueño y su nombre.

Se llama Eros Brown.

No parece el nombre de un capullo, pero las apariencias engañan y yo hace tiempo que no confío en nadie. Solo en el trabajo bien hecho.

Lo miro todo y tomo notas hasta que llega la hora de cerrar. En internet no hay nada del complejo turístico, ni de los dueños; solo encuentro una foto de la fachada cuando hicieron grafitis en ella. No hay nada más.

He quedado con mi amiga Lena para tomar algo no muy lejos. Es enfermera como mi madre. Hacen una labor increíblemente maravillosa por todos nosotros, una para la que no todo el mundo valdría.

Mi amiga está obsesionada con que si un día se produjera una pandemia a nivel mundial, ellos serían como los guerreros que luchan para salvar vidas. Le asusta un poco el tema desde que vio

una película relacionada con esto y ha estado leyendo mucho sobre ello. A veces me asusta un poco todo lo que me cuenta; saber que una sola persona sería capaz de generar a nivel mundial una pandemia. Ojalá eso nunca pase, pero, como dice ella, en caso de suceder, los médicos, enfermeros, sanitarios... estarían en el primer frente de batalla y de ellos dependería la supervivencia del resto de personas.

Voy hacia el bar donde hemos quedado y la veo en la barra hablando con el camarero. Nos conoce de tantas veces que hemos quedado aquí. Al verme entrar, me prepara la cerveza con limón como me gusta y me pone un plato de patatas fritas. No me gusta tomar cerveza sin comer algo.

—Eres el mejor —le digo al camarero antes de saludar a mi amiga—. Hola, Lena. ¿Qué tal tu día?

—Pues agotada tras un largo turno de trabajo, pero feliz. ¿Y tú qué tal?

—Bien, voy a trabajar en el proyecto del centro vacacional que hay abandonado en la playa.

—¡Pues menudo trabajo te espera! Ese lugar se cae a pedazos y parece un hotel encantado.

—Ya, bueno, pero no lo es. Es solo una propiedad ambiciosa que no pudo sostenerse por los gastos.

—Arreglarlo costará una pasta. Han saqueado gran parte del complejo y lo han llenado de grafitis.

—Es problema de ellos.

—Pues sí. Por cierto, me ha escrito mi ex.

Fidel es guapo, pero solo piensa en él. Cuando salimos no para de tontear con todas las chicas, aunque no hace nada con ellas. Actúa así porque le gusta que lo miren y le digan que está bueno; y solo llama para quedar con Lena cuando tiene ganas de acostarse con ella. De hecho, a veces solo se acuestan, se marcha y no le ve en varios días.

No lo soporto y cuando rompen siento alivio, pero luego mi amiga se siente sola y quiere volver con él.

—¿Y por qué no lo bloqueas? Ya lo has dejado dos veces y al final siempre te convence para volver.

—No pienso volver con él.

—Eso dijiste la última vez y acabaste perdonándole que pasara de ti. Solo se acuerda que tiene novia cuando lo dejas. Estar con alguien no es aceptar las migajas que le sobran.

—Lo sé, por eso lo dejé. Pero es complicado cuando lo sigues queriendo... Además, en la cama es muy bueno.

—El amor es una mierda. Haz como yo: pasa de los tíos.

—Ya, bueno, pero lo tuyo es por culpa del capullo que te jodió la vida hace años. ¿No has pensado olvidarte de todo aquello y dar una oportunidad a un hombre bueno y sexi? Allí al fondo hay un par que no paran de mirarnos. —Mi amiga los saluda.

Me giro y veo a dos chicos muy guapos responder a su saludo y se lo toman como una invitación, porque nos llaman para que nos acerquemos. Y cómo no, Lena, que está deseando demostrarse a sí misma que no piensa en su ex, coge sus cosas y va como una flecha.

Acabo haciendo lo mismo sabiendo que por muy guapos que sean, no van a afectarme.

Hace diez años conocí el amor con mayúsculas. Era un chico perdido que estaba en la ciudad de vacaciones. Yo trabajaba vendiendo helados en un quiosco y, cuando lo vi sentado tan triste, le llamé y le invité a uno de menta y chocolate. Mi preferido.

Me lo agradeció sorprendido por mi gesto.

Lo seguí viendo más días y, cuando coincidimos al terminar mi turno, me presenté.

—Yo prefiero no decirte mi nombre. Puedes llamarme como quieras.

—¡Qué misterioso! —le contesté y, al observar en su antebrazo un tatuaje, le dije—: Gaviota. —Su tatuaje era de un par de gaviotas volando—. Un amigo mío está estudiando para hacer tatuajes y me cuenta la historia que hay tras muchos de ellos. Me explicó que quien se dibuja gaviotas es porque quiere un cambio en su vida, alzar el vuelo... libertad. ¿Las has elegido por eso?

—¿Y las golondrinas de tu espalda es porque simbolizan el amor eterno y la lealtad?

—Veo que has estudiado sobre el tema.

—Sí. Dudé entre las golondrinas o las gaviotas, pero al final lo del amor no me gustaba mucho. No creo en el amor para toda la vida y las golondrinas se emparejan hasta su muerte.

—Sí, es cierto. Las golondrinas, cuando encuentran a su alma gemela, comparten su vida para siempre. Yo creo que seré como ellas; que cuando ame, lo haré para siempre.

—Eso es que nadie te ha hecho daño y aún crees en el amor, pero la vida es muy larga. Tal vez dentro de unos años no quieras ni oír hablar del tema, chica golondrina.

—Vaya, veo que me has cambiado el nombre —dije.

—No, es lo justo. Solo somos dos extraños. De momento te llamaré así, en vez de Valeria.

—Como quieras. ¿Te apetece pasear por la playa?

—¿Acaso no tienes miedo de no saber nada de mí?

—Mi instinto me dice que puedo fiarme.

—Pues debe estar atrofiado. La mayoría de la gente me considera un gilipollas.

—Bueno, si me das motivos para pensarlo, yo también lo creeré.

Me sonrió y me perdí en sus ojos verde azulados.

Al final empecé a andar y me siguió.

Me he arrepentido muchas veces de ese instante. Debí haberme ido porque terminó dándome motivos para entender por qué la gente lo consideraba un gilipollas.



Capítulo 2

Valeria

Me despierto temprano para ir al complejo turístico. Odio llegar tarde y tal vez por eso cuando me presento, son diez minutos antes de la hora.

Compruebo que han abierto ya el complejo hotelero y decido adentrarme por su interior. Me puede la curiosidad de ver este lugar abandonado por dentro.

Llamo a la puerta y, como no me responden, entro siguiendo las voces.

Mientras lo hago, tomo nota de todo lo que observo. El lugar está peor de lo que imaginaba. Ventanas rotas, suelo destrozado por las raíces que se han abierto paso por él... No sé si es mejor tirarlo todo abajo, pero claro, para construir uno nuevo se necesitan muchos permisos, y tal vez el Ayuntamiento no se los conceda. Para una reforma sí son más permisivos mientras no tires la fachada, entre otras cosas.

Sigo tomando notas y haciendo fotos al mismo tiempo que busco a las personas con las que he quedado.

Cuando estoy llegando hasta ellos, una voz dura y sexi se cuela en mi cabeza. Ando con más rapidez en su dirección y al llegar veo a un hombre de espaldas, de pelo castaño, hablando con una mujer que lo mira todo con cara de asco.

—Este lugar es una ruina. Te has equivocado al comprarlo —le indica.

—Eso lo decidiré yo.

El hombre se gira y es cuando me ve, cuando siento que acabo de quedarme sin respiración. Es mi chico. Es Gaviota.

No olvidaría esos ojos verde azulados en la vida por mucho que lo haya intentando.

Noto como la respiración se me acelera y los frenéticos latidos de mi corazón resuenan con fuerza en mis oídos. Odio sentir esto, este torbellino de emociones que murieron cuando él me plantó.

Lo miro con rabia y no dejo de preguntarme por qué está aquí, por qué ha vuelto.

—Hola, tú debes de ser la señorita Callum.

Su frialdad al hablar me hace regresar de golpe a la realidad.

Lo miro con atención. Han pasado diez años y, aunque era un joven muy guapo, se ha convertido en un hombre tremendamente atractivo y sexi. Su mirada está entornada, como si examinara algo, tal vez a mí... Su pelo castaño lo lleva a la moda y va tan bien vestido que se nota que tiene mucho dinero. Va muy elegante, cosa que se diferencia de antes, cuando siempre iba con ropa cómoda. Su cintura sigue siendo estrecha, pero sus hombros ahora son mucho más fornidos. Seguro que hace ejercicio.

No sé cómo reaccionar. He imaginado muchas veces este momento y en todas las versiones posibles le daba un gran bofetón por dejarme tirada.

—¿Le pasa algo? Parece que haya visto un fantasma —dice la mujer que se encuentra con él.

Miro a mi chico gaviota y no parece reconocermelo. Más bien me mira aburrido por mi tardanza en responder.

—¿No me recuerdas?

—¿Perdón? —me pregunta—. Dudo que nos hayamos acostado. No eres mi tipo. Soy más de morenas. No te ofendas. Es una cuestión de gustos.

Me sonrojo, ya que claro que nos acostamos... dos veces para ser más exactos, pero eso no lo pienso decir delante de testigos.

—Nos conocimos hace diez años aquí —le digo enfadada porque no entiendo a qué narices está jugando. No he cambiado tanto.

—¿En verano? —Asiento y se señala sobre la ceja donde tiene una cicatriz—. Tuve un accidente de coche y olvidé todo lo que pasó ese verano. Si nos conocimos, no lo recuerdo. ¿Puedes responder ahora si eres la señorita Callum y empezar a trabajar? No me gusta perder el tiempo con tonterías.

Su forma de decirlo me hace comprender por qué le llaman capullo. Ha cambiado mucho en este tiempo y no solo físicamente.

Ni se ha inmutado al decirme que no me recuerda y no parece importarle no hacerlo.

Proceso lo que me dice, pero solo soy capaz de ver la frialdad con la que me mira. Esa falta de empatía hace que en vez de preocuparme por el accidente, piense en cómo es ahora.

—Necesito ir a por una cosa al coche. Ahora mismo vengo.

Me marcho antes de que me dé permiso. Ahora mismo no sé cómo todavía estoy en pie.

No paro de pensar en lo que he descubierto, y creería que me miente, si no me hubiera mirado con tanta frialdad. No se parece al joven que conocí. Siempre me trató con ternura.

Necesito saber si es cierto o ha venido a jugar conmigo por el mero placer de hacerme daño. De mi chico gaviota no lo creería, pero de esta persona que me mira con esa falta de sentimientos, sí.

Por eso llamo a mi madre al hospital y le pido un gran favor.

—Hija, no debería darte esa información.

—Solo necesito corroborar que Eros Brown tuvo un accidente y perdió la memoria. Es el chico que me dejó plantada.

Mis padres lo saben todo. No tengo secretos con mi familia, y por eso saben lo importante que es para mí este chico, el daño que me hizo que se esfumara así de mi vida.

—Vale, hija. Voy a ver en el ordenador.

Mi madre se dirige a donde pueden ver esta información y escucho como teclea. No tarda mucho, pero los minutos se me hacen eternos.

—¿Mamá? —la llamo cuando se queda callada.

—El día que iba a quedar contigo tuvo un accidente grave de coche. Estuvo en la UCI una semana y, cuando se despertó, había olvidado todo ese verano. Por lo que pone en los informes, tampoco recordaba quién le trajo a este lugar.

La verdad cae sobre mí como un chorro de agua fría. Venía a verme, pero el destino quiso que me olvidara; y ahora me ha mirado sin sentir nada. Estar cerca de mí no le ha removido nada por dentro.

Saber que tuvo un accidente me ha dejado muy mal, y que me mirara así, me ha destrozado.

No consigo procesarlo todo.

Esta información cambia todo lo que he pensado de él durante estos diez años. Todo lo que sentí por dejarme de lado.

—Me ha olvidado, porque por su mirada sé que no me recuerda.

—Lo siento, hija. Llevas diez años pensando que te dejó tirada y en realidad tuvo un accidente. No debe ser fácil para ti descubrir esto. ¿Se lo vas a contar todo?

—No lo sé. Ahora tengo que regresar. A ver qué decido... pero, al mirarlo, no vi al chico del

que me enamoré.

—Ha cambiado. Luego iré a comer a casa. Hablamos entonces.

—Gracias, mamá..., por todo.

—De nada, hija.

Tomo aire y con todo lo que sé, regreso a donde me esperan. Lo hago al mismo tiempo que recuerdo cómo me enamoré de alguien del que no sabía nada; solo que había huido de casa y nada más. Vivía en un hostel cerca de la playa y ahí es donde quedábamos para pasear o para estar juntos.

Llego donde está. Eros alza la cabeza, observándome molesto. El chico del que me enamoré siempre me miraba con una dulce sonrisa, incluso cuando no me conocía.

Aguanto la mirada a la espera de que me recuerde, que sus recuerdos se reactiven, pero no lo hacen y siento como si todo lo vivido fuera mentira, porque, de no serlo, me recordaría al estar cerca de mí o sentiría algo que no fuera indiferencia.

Mi alma se unió a la de él... Algo se le tiene que remover. Pero no. Solo me mira molesto y con mala cara, lo que me enfada.

Sé que no debería, que al fin tengo una explicación de lo que sucedió, pero son demasiadas emociones y centrarlas todas en el enfado porque no me recuerda, hace que pueda sobrellevarlas todas.

—¿Vas a seguir demostrando lo inepta que eres para este trabajo o te lo vas a tomar en serio?

Que me diga eso solo hace que me enfade todavía más con él. ¿Pero de qué va este chico bonito?

—Ahora entiendo por qué te llaman capullo —le digo borde—. Me lo voy a tomar muy en serio. Solo necesitaba un momento para recoger mis cosas y para aceptar que la persona que conocí hace diez años, no eres tú.

—Lo dices como si hubiera sido importante para ti... Cosa que dudo, ya que no siento nada cuando te miro. —Sus palabras me duelen tanto como el que no apareciera ese día—. ¿Empezamos? Regina se ha ido a hacer unas llamadas. Estamos solos.

—Claro, para eso estamos aquí. Para trabajar. Soy la mejor en lo que hago, sobre todo porque tengo muy buena memoria y no me olvido de nada.

Sé que es un golpe bajo pero ahora mismo en vez de sentir pena por el accidente, siento rabia porque en estos años no solo ha desaparecido mi recuerdo, sino que el chico dulce que conocí, se perdió por el camino.

Aguanta mi mirada y no comenta nada.

Andamos por el complejo hotelero y me cuenta lo que tiene pensado hacer habitación por habitación. Lo que más le interesa es levantar todos los suelos y ponerlo todo patas arriba.

Abro la boca para protestar muchas veces pero me silencia alzando una mano y cuando lo hace por quinta vez, estallo.

—Tú puedes pedir lo que te salga de las narices, pero hay cosas que no se pueden hacer por mucho que creas que sí. La profesional soy yo. Si me vuelves a mandar callar, me largo de aquí y te buscas a otro para hacer este trabajo.

—¡Pues lárgate! Seguro que mañana tengo a cientos mejores que tú que quieren enriquecerse y además adquirir más reconocimiento. Ya sabes dónde está la puerta. No creo que esperes que te acompañe.

—Cuando te conocí parecías perdido y un buen tipo, ahora me pregunto si en verdad solo fingías serlo para jugar conmigo. Viéndote como eres ahora, no me extrañaría. En ti sí me cuadra la imagen de jugar con una joven de dieciséis años solo para...

—¿Para qué? ¿Robarte un beso fugaz? Me he dado miles. Siento que te importara más a ti que a mí, y si te he olvidado, será por algo.

No lo puedo evitar y le doy el bofetón con el que he soñado todos estos años. Se toca la cara donde le he golpeado y me doy cuenta del error.

—Te pido perdón por olvidar que no está bien ir pegando a la gente. —Empiezo a irme—. Y por cierto, no vas a encontrar a nadie tan bueno como nosotros, así que el que se jode eres tú por no tener a los mejores en este proyecto tan ambicioso.

Salgo hacia mi coche casi corriendo. Estoy muy furiosa. Quiero gritar, llorar... Cientos de emociones bullen con fuerza dentro de mí con la misma intensidad que hace años lo hizo mi amor por Eros.

—Espera —me ordena este cerca de mi coche—. Lo siento por mandarte callar, pero soy el que dispone y tú la que lo ejecuta.

—¿Por qué me pides perdón? —pregunto al girarme.

—Tu empresa es la mejor y no soy estúpido. Capullo sí, pero no un idiota. ¿Podemos empezar de cero?

—Para ti es fácil decirlo, ya que no recuerdas nada. Ojalá yo consiguiera olvidarme de ti.

—No soy esa persona. No creo que te cueste mucho olvidar a ese niño de dieciocho años.

—No, no eres como él o como la parte que creí conocer de ti.

—Pues entonces, mejor. ¿Seguimos con la visita? Escucharé tus opiniones, pero antes de decirme a todo que no, quiero que lo intentes, que trates de hacer posibles mis ideas.

Lo miro sabiendo que debería irme, huir lejos, olvidarme de que lo he vuelto a ver... No lo hago porque pienso en mi familia y en lo que este proyecto significa para la empresa. Me trago mi orgullo, mi dolor y lo sigo dentro.

Me dice todo lo que quiere y tomo nota sin opinar. Si quiere que trate de hacer milagros, lo haré.

No puedo evitar mirarlo de reojo tratando de ver a mi chico gaviota, pero no queda nada de él. Es duro estar al lado de una persona que amaste y ver que, aunque se parezcan, ya no queda nada de lo que te enamoró.

Salimos hacia el lago artificial y andamos un buen tramo hasta llegar a la caseta donde antes se alquilaban barcas a los clientes. Todo está destrozado o hundido.

—Mi casa es aquella de allí. —Señala la única casa que hay en el lago aparte del complejo. Una antigua vivienda de un hombre con dinero que se la construyó a su gusto y luego no vivió nunca en ella—. Si no me localizas aquí, estaré allí. Puedes quedarte y verlo todo sola para apuntar lo que necesites y, cuando lo tengas, me llamas o me buscas en mi casa.

—Perfecto. Estoy deseando perderte de vista.

Sonríe de medio lado.

—Mucho te has mordido la lengua. Era raro que no me soltaras alguna.

—Hago esto por mi familia. Si fuera por mí, no lo haría. Que te quede claro que no quiero estar cerca de ti.

—Me queda claro cada vez que me miras como si quisieras hacerme tragar cada una de mis palabras.

—Me pones muy difícil que piense lo contrario.

No dice nada y se marcha mientras su perfume seductor se queda en el lugar mucho rato después de su partida.

Reviso el lugar preguntándome dónde ha quedado el chico que me abrazaba con fuerza y me decía que siempre estaría a mi lado.

¿Tanto puede cambiar una persona por un accidente y diez años de experiencias? Parece ser que sí.

Prefiero pensar que ha cambiado, en vez de creer que me engañó, porque si lo hizo, quiere decir que lo que viví no era más que una fantasía.



Capítulo 3

Valeria

Lena se queda alucinada cuando le cuento todo en mi estudio.

Vivo en un pequeño ático de una sola habitación con vistas al mar gracias al precioso y gran balcón. Ella no vive lejos. Mis padres viven en el edificio de al lado y mi hermano Gus a dos calles. Cole aún no se ha decidido dónde comprar su casa, y mientras vive con un amigo cerca de aquí, cuando está en la ciudad.

Cuando me quise independizar, lo hice en un sitio que me lo pudiera permitir y donde pudiera estar cerca de mi familia.

Lena da un largo trago a su copa de vino mientras asiente analizando todo lo que le he contado.

—Vamos, que estás perdida en su memoria.

—Sí, eso parece, y creo que es mejor así. Tal vez el accidente fuera una señal de que lo nuestro nunca debió existir. Era tan perfecto lo que vivimos, que debí darme cuenta de que no era real.

—También era tu primer amor y eso lo engrandece todo.

—Puede ser. Tengo que hacer lo imposible por no olvidar que lo que vivimos no fue real.

—¿Y sigue siendo tan guapo?

—Más sexi de lo que ya era.

—Voy a buscarlo en las redes sociales. —Coge su móvil y se pone a mi lado. Lo busca y no tardo en reconocerlo. Se lo señalo y pulsa sobre la foto—. Por suerte tiene el perfil abierto — comenta—. ¡Joder! Sí que ha madurado el niño. Está muy bueno.

—Sí, pero tiene una personalidad horrible.

—Con esa cara puede tener la personalidad que quiera.

—Me parecía más guapo antes.

—Pues ahora está como un queso... y menuda chocolatina. Dan ganas de lamerla enterita. — Lena me la muestra y sí, es increíble, pero no puedo olvidar su personalidad.

—Un capullo con buena cara.

—Sí, uno muy sexi. ¿Puedo ir contigo la próxima vez que vayas a trabajar? Quiero verlo de cerca.

—No.

—¿En serio? Tú sí que sabes cómo ser una aguafiestas —lo dice poniendo morritos—.
Le sonrío y le pido cambiar de tema.

He hablado de esto con mi familia, ahora con mi amiga y no me siento mejor. No dejo de ver el accidente de Eros y pensar en cómo pudo cambiar tanto tras este... o tal vez ya era así y, al no recordar ese verano, no cambió.

Recuerdo que me decía que no le agradaba la vida que llevaba, que siempre tenía que ser otra persona que no le gustaba. Los últimos días me confesó que iba a romper con todo, que iba a dejar de ser quien no era porque había sido más feliz en esos dos meses que en toda su vida. Si no lo recuerda, tal vez no se acuerde de lo feliz que fue.

O me engañó para reírse de mí... Una parte de mí sigue desconfiando de él.

Ya no soy esa persona que iba ciega ante la vida y le daba igual no saber nada de él con tal de que estuviera a su lado. Ahora lo quiero saber todo y no me fio de la gente por norma general. Ese verano a mí también me cambió.

Al día siguiente estudié todas las peticiones y regresé al complejo turístico para tomar más notas hacia el final del día. Llamé a Eros para indicarle que iría a primera hora, y me dijo que no había problema antes de colgarme. Un mensajero me trajo una copia de las llaves poco después.

La verdad es que el lugar da un poco de miedo. Es demasiado grande y ambicioso. Tiene tantas cosas que yo creo que ese fue el problema, ya que no pudieron abarcarlo todo.

Lo que Eros quiere es muy ambicioso y demasiado para este lugar.

Tomo medidas de varias habitaciones y voy hacia uno de los apartamentos con vistas al mar para seguir cogiendo medidas para los diseños.

Estoy en el balcón cuando escucho la puerta abrirse de manera siniestra, y veo moverse una sombra.

Grito sin saber muy bien la razón y, tal vez por eso, cuando Eros entra del todo en la estancia, me mira sorprendido.

—Dudo que hayas gritado por lo feo que soy.

—En la fealdad también entra la belleza interior y la tuya parece podrida.

—¿Y todo eso lo has descubierto en un solo día? Tienes que ser un cerebritito o alguien a quien le encanta prejuizar.

Tiene razón. Estoy siendo borde, pero compartimos un pasado que él ni recuerda ni quiere recordar.

—Tengo ese don.

—Ya, eso dices tú. ¿Has mirado todo lo que te pedí?

—Sí, y algunas cosas tal vez se puedan hacer. Otras son imposibles. Lo he consultado con el mejor arquitecto que conozco, que es mi hermano Cole, antes de negarme.

—Bueno, vamos avanzando. Tú las veías imposibles todas. No hay que cerrarse a nada en esta vida, señorita Callum.

—Prefiero ir sobre seguro y no hacer castillos en el aire, señorito Brown.

—¿Señorito? —me pregunta divertido.

—¿Señorita? —respondo—. Ni tú estás casado ni yo tampoco, así que, si yo soy señorita, siendo solo dos años menor que tú, tú eres señorito.

—Perfecto. ¿Y cómo sabes que no estoy casado? ¿Me has investigado?

—Un poco, para ver dónde se perdió el joven que conocí. Creo que nunca existió.

—Doy por hecho que nos conocimos en esta ciudad donde tuve el accidente. —Asiento—. ¿Algo memorable que contar?

—No. Nada —le indico decidida a no caer en su juego—. Ahora si me disculpas, quiero seguir tomando medidas sola y sin distracciones.

—Así que reconoces que soy una distracción para ti.

—Porque no te soporto —le replico.

—Lo que tú digas. Estaré cerca por si me necesitas.

—Lo dudo mucho, pero gracias por tu amabilidad; una que pensaba que no tenías.

—¿Ves como me has prejuizado?

—No eres el señorito capullo por nada.

—No, me lo he ganado a pulso. —Parece orgulloso de ello y eso me molesta.

Se marcha al fin y puedo dejar de estar tensa. Mi cuerpo sigue reaccionando a su presencia. Cada fibra de mi ser sigue erizándose cuando está cerca, y lo odio. Por eso me pongo a la defensiva con él.

Ojalá lo olvidara y no recordara lo mucho que lo quise.
Todo sería más fácil.

Por desgracia llego a una habitación donde no puedo mover unos muebles viejos para tomar bien unas medidas y me toca pedirle ayuda.

—Por tu cara preferirías morderte la lengua que pedirme algo.

—Es que tu presencia me crispa los nervios.

—Entonces tal vez no fuimos conocidos. ¿Nos liamos? Puede que no seas mi tipo para irnos a la cama, pero me suelo enrollar muchas veces con la primera que pasa por delante de mí.

—Mira..., ¿sabes qué? Ya puedo yo solita, don capullo integral.

—Era broma —me dice—. Lo de que nos liamos no. Empiezo a pensar que pasó algo entre los dos y por eso me miras como si te debiera la vida.

—¿Entonces tú piensas? Creía que solo usabas el músculo de tu cabeza para practicar cómo ser más insoportable. —Me mira con una media sonrisa.

Le digo lo que necesito y me ayuda a hacerlo todo.

Me sorprende que no le importe mancharse su ropa cara. Hay muchas cosas en él que me desconciertan, que no tienen sentido con la imagen que da.

Al acabar tomo medidas de todo.

Al ir a otro de los cuartos que necesitan reformarse, nos encontramos que está igual de destrozado por lo que, sin decir nada, Eros me ayuda a adecentarlo.

Movemos un mueble con la mala suerte de que, por la poca luz que hay, no veo una astilla y me la clavo.

—¡Joder!

—¿Qué ha pasado? —Eros viene hacia mí y me coge la mano—. Te has cortado.

—Me he clavado una astilla. Creo que sigue dentro. Voy a buscar agua...

Eros no me deja acabar. Alza mi mano y me chupa.

Noto como succiona la herida y luego escupe. Notar sus labios en mi piel me deja atontada y me revienta reaccionar así ante él, y más recordar cómo me gustaba que esos mismos labios vagaran por mi cuerpo.

—Limpia.

—No sé si darte las gracias o un bofetón.

—Ya me diste uno. Con ese vale. Y no seas tan quejica que te he curado.

Me toco la mano y compruebo que no tengo nada dentro. Me duele menos y, aunque sangra, es mucho menos.

—Eres un cochino o un imprudente. No se puede ir por ahí sorbiendo la sangre de desconocidos.

—Pero no lo somos. Tú y yo tenemos un pasado.

—Uno que no recuerdas.

—Pero tú sí, y cada vez que me miras, lo veo en tus ojos en cierta forma. Yo te gustaba y mucho.

—Ni loca pienso reconocer eso. Gracias por curarme y me marchó, que ya no hay luz para hacer nada.

Recogemos nuestras cosas y salimos hacia donde están nuestros coches; uno al lado del otro.

Por supuesto, su coche es de alta gama, negro y precioso. El mío, aunque es muy diferente, me

encanta porque lo he pagado con el sudor de mi frente.

—¿También te molesta mi coche?

—Es el típico de un niño rico.

—Ah, claro, das por hecho que no trabajo y mi padre me lo compra todo.

—Es evidente.

—Llevo trabajando desde que era un crío. Mi padre nunca me ha dado nada que no me mereciera, pero sigue juzgándome. Solo respóndeme a una cosa: ¿por qué estás molesta conmigo si no tuvimos nada?

—Porque no eres como te conocí. Creo que me engañaste.

—¿Te engañé o solo conociste cómo era contigo sin saber si era así con el resto de personas?

—¿Recuerdas algo?

—No, pero he preguntado a mi familia si te conoce y me han dicho que no. Que me fugué de casa y me vine aquí a vivir a una pensión huyendo de ellos. Hasta ahora no me ha importado mucho saber qué hacía en este lugar cuando tuve el accidente, pero como me reconociste, he estado investigando.

—¿Qué has investigado?

—Pues muchas cosas. Estuve dos meses en este lugar. El de la pensión me recuerda y me ha dicho que siempre iba con una chica rubia que parecía mi novia. Tienes redes sociales, así que se las enseñé y me ha dicho que sí, que eras tú.

Me pongo cada vez más y más nerviosa. No quería que supiera tanto. Esperaba que, ya que no recordaba nada, no indagara.

—No te pienso reconocer nada.

—No hace falta que lo hagas. Ya sé lo que necesitaba saber. Estuvimos juntos y seguramente, al no recordarte, te dejé tirada o plantada, y llevas diez años odiándome por ello. Pero no tengo la culpa de que mi mente decidiera que no eras importante para recordarte y que ni viéndote ahora tampoco lo haga. No me puedes culpar por eso.

—Eres un insensible sin corazón. Has descubierto lo suficiente para pensar que tal vez me dejaste destrozada y me echas en cara que tu mente no quiso recordarme porque tal vez lo que tuvimos fue una mierda sin sentido. Pues que te jodan, señorito Brown porque no te he prejuizado. Eres el capullo que creía.

Entro en mi coche y me alejo todo lo que puedo de él.

No voy a mi casa. Ahora mismo necesito seguir conduciendo y no parar hasta que este dolor en el pecho se detenga.



Capítulo 4

Eros

—Estás distraído esta mañana —me reprende Regina en mi casa.

—No, estoy como siempre. Es tu charla incesante que no me deja pensar con tranquilidad.

Regina es la encargada de las cuentas o la espía de mi madrastra. Informa a mis padres de todo lo que hago.

—Lo que digas. Este proyecto es muy ambicioso y una pérdida estúpida de tu dinero.

—Como tú has dicho, es mi dinero y lo he querido invertir aquí. ¿Algo más que tengas que decirme?

—No, esperemos a la señorita Callum para ver cuánto va a suponer la reforma de ese monstruoso complejo sin sentido.

—Así podrás pasarle a mi padre tus informes y tener al tanto a mi madrastra de todo.

—Es para lo que se me paga.

—Sí, para ser una chivata.

—Informadora como te he dicho tantas veces. Es su forma de cuidar de ti y de tus malas gestiones.

Llaman a la puerta y Regina va a abrir.

Al poco regresa con Valeria que me mira como si no supiera si arrancarme uno a uno los pelos de la cabeza o tragarse el orgullo y ser profesional. Al final, para mi aburrimiento, opta por lo segundo.

—Tras una larga semana de trabajo tengo todo los datos y os puedo decir el presupuesto final. Lo he engordado un poco por los imprevistos que puedan salir, así que es posible que al finalizar os tenga que devolver algo de ese dinero.

Me tiende la carpeta y la observo bajo su atenta mirada. Sus ojos grandes y marrones no pierden detalle de lo que hago.

Regina está a mi lado y mira todo con ojo crítico. Estoy deseando que se marche y me deje en paz con mi proyecto personal.

—Es demasiado —suelta Regina exponiendo una vez más que no es buena idea.

—Era lo que esperaba —respondo a su vez y cojo el bolígrafo para firmar los contratos. Me quedo una copia que ya está firmada por ella y sellada por su empresa—. Listo. Podéis empezar cuanto antes.

—Perfecto. Tengo los planos de algunas habitaciones en el despacho. Ya te los traeré para tu aprobación. —Coge su copia del contrato y se marcha sin despedirse.

—Es una maleducada.

—Sí —le indico a Regina sin más.

—No debiste firmar sin dejar que yo evaluara cómo va a quedar tu economía después de esto. Si no sale bien, lo perderás todo.

—Lo sé. ¿Algo más?

—No, voy a ir a mi hotel para revisar todo esto.

—Y no te olvides de contarles todo. —Ella ya sabe a quiénes me refiero.

Se marcha y dejo de fingir que todo me importa una mierda. Ser un capullo a tiempo completo no es tan fácil como la gente cree, pero es lo que tengo que hacer para que mi padre sea feliz.

No puedo evitar estar tenso o alerta. Es lo que tiene saber que alguien quiso acabar con tu vida.

Valeria

Aparco el coche en la puerta de la casa de Eros. Me ha llamado al poco de irme para pedirme los planos, que los quería ya. Los he recogido en mi despacho y he ido tan pronto como he podido... Bueno, en realidad no ha sido así. Me he dado una larga vuelta con el coche antes de hacerlo.

Toco el timbre y Eros me abre enseguida.

Va pulcramente vestido, como si en su propia casa no pudiera vestir cómodo. Cuando lo conocí llevaba ropas sencillas. No imaginaba que en verdad era un niño rico. Sabía que huía de algo, pero nunca quise saber la verdad. Creo que en realidad siempre tuve miedo de que saberla, rompería mi burbuja.

—Los planos —le digo en el salón desde el que se ve el lago.

—Gracias. ¿Me los puedes explicar?

—¿Acaso no tienes ojos que comprendan lo que ven?

—¿Podemos hacer una tregua? Vamos a pasar muchas horas juntos.

—Espero que no.

Eros me mira y casi parece que sonrío.

—Entonces nos acostamos y por eso estás tan tensa en mi presencia. ¿Acaso no puedes olvidarme?

—¡Ves! ¡Por cosas como esas no puedo firmar una tregua!

—Es que no entiendo por qué me miras con ese resentimiento por olvidarte, como si yo tuviera la culpa de tener un accidente de coche que casi me mató.

Lo pienso y tiene razón. No puedo culparle por olvidarme, porque no me recuerde, porque no viniera... Ni porque llevo años odiándole por dejarme plantada, cuando no recordaba que había quedado conmigo.

Nos miramos a los ojos. Esos en los que tantas veces me perdí pensando que lo nuestro era invencible y creo que ahí reside el problema. Pienso que de ser al revés, lo hubiera recordado y lo hubiera buscado.

Lo culpo porque creo que si no me recuerda, es porque no me quería tanto como me decía, y me hace pensar que me utilizó.

—No tienes la culpa. Si me olvidaste, fue por algo.

—Seguramente, ya que sí me he acordado de lugares. —Lo miro con mala cara—. No tengo la culpa de no recordarte. ¿Tan especial fui para ti? Supongo que sí porque me miras como si me perdonaras la vida a cada rato. Si te fuera indiferente, no me observarías así.

—Te miro como quiero.

—Bien. Eso confirma mis sospechas. Tú y yo tuvimos algo. Tal vez hasta te vi atractiva. ¿Qué años tienes?

—Veintiséis —le indico—. No necesito que me veas guapa o atractiva para saber que lo soy. Me encanta como soy y me encanta mi cuerpo. No necesito que nadie me levante el ego. Así que, siento que mi belleza no te guste, pero a mí me encanta.

—Eso es genial. Debes pensar así. Además, con dieciséis pudiste ser guapa y todo.

Le tiro los planos a la cara y se ríe.

—¿Esto te hace gracia?

—La verdad es que sí.

—Me marchó. Entiende los planos como quieras. Me da exactamente igual.

Viene hacia mí y me coge del brazo. Me quedo mirando su mano morena sobre mi chaqueta americana azul marino que llevo. No quiero sentir nada. No quiero notar como su calor traspasa la tela pero ahí está penetrando en mi piel y haciéndome recordar momentos donde no existía nada que nos separara, donde mi piel se fundía con la de él.

Espero que diga algo, pero no lo hace. Solo me suelta.

Me giro y lo observo; por un momento parece lejos de aquí.

—No, nada. No te recuerdo.

Lo miro con rabia y me marchó de nuevo. Antes de irme, me giro y le hablo:

—Tienes razón. No tienes la culpa de que no pudieras venir o de que no me recuerdes. Eso es cosa del pasado. Te prometo que en mi presente te trataré como un cliente y nada más.

—¿Con amabilidad?

—Por supuesto, señorito capullo Brown.

—¿A todos los clientes les llamas capullo? —me pregunta divertido.

—Cuenta a partir de mañana. Por cierto, yo también he debido sufrir algún tipo de amnesia en estos años, porque el chico que conocí no existe.

Esta vez sí que me marchó y lo hago sin mirar atrás sabiendo que no puedo cambiar el pasado, ni culpar a nadie de los entresijos del destino. Él no tiene la culpa de no recordarme, ni yo de no poder olvidarle.



Capítulo 5

Eros

—¿No te ha matado todavía? —me pregunta al otro lado del teléfono mi mejor amigo y confidente, Hector. Lo sabe todo de mí.

—No, supongo que poco le falta.

—Deberías decirle la verdad. Deberías decirle que la recuerdas, que todo es una actuación. Debería saber que...

—No —le corto.

Valeria

No he visto a Eros en toda la semana que llevo supervisando las obras en el complejo hotelero.

Regina sí ha estado cerca dejando claro lo poco que le gusta todo y lo caro que va a ser. Soporto poco a Eros, pero a esta mujer creo que la soporto aún menos.

Ahora estoy dentro de la piscina, viendo un problema que ha surgido y del que tengo que hacer un informe.

—¿No crees que es mejor bañarse con agua y a poder ser sin ropa?

Alzo la vista y veo a Eros tan guapo como siempre con ese traje chaqueta azul marino que seguro que está hecho a medida.

—Podrías seguir perdido por ahí e ignorarme.

—¿Dónde ha quedado lo de tratarme con educación?

Tiene razón y contestándole de esa manera, dejo claro que no me es tan indiferente como debería.

—Tiene razón, señorito Brown. ¿Qué desea?

—Solo comprobar por qué sigues trabajando cuando el resto ya se ha ido hace un rato.

Miro la hora y tiene razón. Hace media hora que se fue el último de nuestros trabajadores.

—Estoy haciendo un informe de un problema gordo que ha surgido con las tuberías. Están peor de lo que esperábamos.

Eros se mete en la piscina con un ágil salto.

—Si te caes, te puedes dar un golpe en la cabeza. Está llena de piedras y no precisamente pequeñas, quién sabe, pero lo mismo con eso me recuerdas.

—Lo dudo. Ahora explícame lo que pasa.

Voy hacia donde se ha caído una parte de la piscina y le muestro las tuberías.

—Están en muy mal estado. Hay que levantar la piscina entera y cambiarlas. Parece que invirtieron más en la apariencia exterior y el resto lo construyeron con materiales de dudosa calidad.

Toco un poco la tubería y siento que tiembla bajo mis manos, cuando de repente explota. Un gran chorro de agua nos golpea y acabamos empapados, incluso arrastrados de un lado para otro

por la fuerza del líquido.

El agua nos tira al suelo.

Eros me coge con rapidez y me saca del interior de la piscina que no para de llenarse de agua. Está llena de piedras que podrían lastimarnos si nos damos contra ellas.

Me ayuda a llegar hasta la escalera sin resbalarnos.

Subo y observo como Eros va hacia donde sale el agua a borbotones para tratar de tajarla con su chaqueta.

—¿Acaso estás loco?!

—Cierra el agua del complejo. —Lo miro quieta—. ¡Ya! —me apremia.

Voy hacia la llave de paso y la cierro. Esperaba que estuviera cerrada. Mi hermano me dijo esta mañana que las tuberías estaban muy mal y que hasta que no se revisaran todas, no se podía dar el agua por si alguna explotaba, para evitar que hubiera una fuga grande de agua. La que más le preocupaba era la de la piscina.

Empapada y, sin comprender por qué han abierto el paso del agua, regreso a la piscina de nuevo.

Eros está analizando la tubería.

—Ha reventado.

—Hasta eso he llegado sola.

Eros me observa y parece desconcertado.

—Sí, claro. ¿Por qué estaba el agua dada si las tuberías están en tan mal estado?

—Estaba cerrada. Hablaré con mi hermano Gus para ver qué ha sucedido.

—Vale, infórmame de lo que descubras.

—Claro.

Eros sale y empieza a irse.

Yo hago lo mismo pero, al llegar a mi coche, me doy cuenta de que si conduzco en estas condiciones, lo mojaré entero, por lo que decido irme andando. En vez de coger el camino largo que me lleva hacia mi casa, decido ir por el que pasa cerca del hostel donde se alojó Eros hace diez años. Lo llevo evitando todo este tiempo porque me dolía pasar por ahí.

Llego hasta él y veo al dueño en la puerta. Ha envejecido en este tiempo pero la barba y la cara de buenazo siguen ahí.

—Hola —le saludo.

—¿Nos conocemos?

—Sí, de hace años.

—Ah... Hola.

Empiezo a andar y recuerdo algo que me dijo Eros, que le enseñó una foto mía.

Me vuelvo hacia él, saco mi móvil y le muestro una foto de Eros.

—¿Sabes si se ha pasado por aquí?

—Sí, claro. Este joven ha estado por aquí. —Sonríe con cariño.

—Vale, es que me dijo que le hizo preguntas.

—Muchas, sí.

Me despido de él sintiéndome tonta por pensar por un segundo que Eros me mentía. Creo que soy masoquista. Llevo diez años anclada en el momento en el que él no acudió a la cita.

Tengo que hacer mi vida.

Tal vez por eso, escribo a mi amiga para quedar este sábado, para irnos de fiesta. Hace tiempo que no salgo y me lo merezco por todo lo vivido últimamente.

Tras darme una ducha y ponerme ropa cómoda, voy a casa de mi hermano Gus a contarle todo

lo que ha pasado en busca de una respuesta. Cuando se lo explico, alucina y no tarda en llamar a los encargados que había en ese momento para descubrir lo que ha podido pasar.

Tarda una hora en descubrir qué ha ocurrido.

—Entiendo. Vale, pues mañana hay que ver cómo arreglamos el desastre que ha causado. Buenas noches.

—¿Qué ha pasado?

—Uno de los peones de obra lo abrió para ver si había fugas y darles prioridad a esos lugares. Se le olvidó cerrarlo tras revisar algunas goteras. Todo indica que como llevaba abierto un rato el agua, se fue acumulando hasta que rompió. Ya te he dicho esta mañana que en la piscina y en el jardín están casi todos los conductos en muy mal estado. Hay que cambiar toda la instalación.

—Pues vaya. Bueno, no pasa nada. Solo ha sido un susto.

—Ya, pero ha pasado bajo mi vigilancia. Tendré más cuidado la próxima vez y lo revisaré todo personalmente. Si no llegáis a estar, el desastre hubiera sido peor mañana al estar toda la noche saliendo agua.

—Pero por suerte estábamos y no ha pasado nada. —Lo abrazo porque parece muy angustiado por lo sucedido—. Vamos, no seas tan duro contigo mismo.

Me quedo a cenar con ellos y regreso a mi casa sobre las diez y media pensando en ver una serie tirada en mi cama.

Es lo que hago tras ponerme el pijama, y como siempre ojeo el móvil mientras la serie empieza.

Veo que tengo un mensaje privado de Eros en mi Instagram. Eso me hace recordar que él sí me ha dado su número, pero yo lo he llamado siempre con el teléfono de la empresa y no con el personal. El móvil lo apago siempre cuando termino el trabajo.

Leo el mensaje:

[Redacted]

¿Has descubierto algo?

Le respondo:

[Redacted]

Sí, ha sido cosa de un peón de obra que se le ha olvidado cerrarlo tras unas pruebas que han hecho.

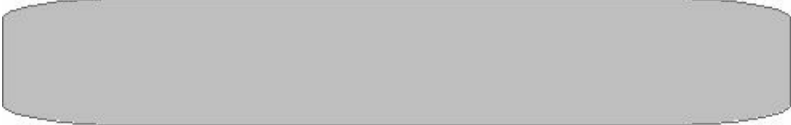
Misterio resuelto.

Espero que responda, pero no lo hace. Dejo el móvil a un lado y, cuando lo vuelvo a mirar al rato, hay un nuevo mensaje:

[Redacted]


Espero que no se repita. Podría haber pasado algo grave y que yo sepa estoy pagando a los mejores.

Le respondo algo enfadada:



*Somos los mejores y no, no volverá a pasar. No te preocupes.
Además, estos son temas laborales, así que déjame desconectar en mi tiempo libre.*

No espero que responda pero aun así miro el móvil y, cuando veo que escribe, siento una pequeña ansiedad por leer sus palabras:



*Tienes razón. Perdona.
Nos vemos mañana.
Descansa.*

Le deseo buenas noches sin más y trato de ver la serie como si nada, sabiendo que una parte de mí no podrá dejar de pensar en Eros. Algo que me molesta sobre manera porque debería ser capaz de no sentir nada, y sé que mientras sienta un ápice de rabia hacia él, es que no lo he olvidado del todo.

Solo cuando miras a una persona con absoluta indiferencia, el amor se ha apagado en ti.

Yo siento mil cosas al mirar a Eros. No quiero que sea amor, pero indiferente no lo es para mí.



Capítulo 6

Eros

Observo a Valeria trabajar. Ella no me ha visto y por eso su gesto es tranquilo y alegre. En cuanto me ve, se tensa y se pone alerta.

Lleva un traje de falda plisada y chaqueta negra con una formal camisa blanca. Está hablando en la entrada del complejo con el peón que cometió el error y no me gustaría estar en su pellejo. Cuando ve que se pone nervioso, pasa su mano por el hombro con firmeza y le dice que no se vuelva a repetir. Esta vez su gesto es más relajado y le sonrío.

Alza la cabeza y mira al centro vacacional.

Sé que no le gusta esta reforma, que piensa que es una pérdida de tiempo porque es tan grande y ambicioso el proyecto que está condenado a fracasar. Pero, aun así, toma aire y entra para seguir haciendo informes, planos, revisar cómo van las obras y los cambios que ha solicitado.

Escucho el rechinar de sus tacones acercarse a mí.

Cuando me ve, se detiene.

Me giro y nuestras miradas se entrelazan.

No puedo creer que me olvidara de ella durante diez años, que solo el miedo a morir me trajera de vuelta su recuerdo mientras perdía la conciencia.

Un accidente me la quitó y otro me la devolvió.

Valeria

Eros me mira de una forma que no sé bien cómo descifrar. Es solo un segundo antes de que la dureza en su mirada regrese.

—¿Todo arreglado con el peón? —me pregunta.

—Por supuesto. Y ahora voy a seguir con mi trabajo.

—He dejado cafés en una mesa en la entrada con algo de comer, por si te apetece.

—Ya he desayunado en casa. Gracias.

Parece que quiere decir algo más pero al final pasa por mi lado y se marcha.

Me quedo quieta un segundo antes de entrar al lugar donde se encontraba Eros. Tomo aire y es un gran error porque su perfume sigue anclado ahí.

Antes no olía así. Me encantaba como olía pero, si he de ser sincera, ahora altera más mis sentidos. Como si su esencia en estos años hubiera encontrado la fórmula de freír mis sentidos.

Sigo con mi trabajo revisando todo. Centrándome en que no quede nada al azar. El error de ayer podría haber sido peor.

Voy al jardín para ver cómo lo están repasando y veo a Eros cerca mirándolo todo con ojo crítico.

Mi hermano está viendo la fuga.

Al poco se le acerca Eros con un tubo roto algo más gordo de lo normal y Gus le dice algo que hace que su gesto se relaje.

«¡Qué chico más raro!», pienso al mismo tiempo que, con curiosidad, me acerco para ver qué

sucede.

—¿Qué es eso? —pregunto a mi hermano.

—La tubería que reventó. Estaba podrida y taponada. El agua empezó a concentrarse en esa zona hasta que explotó al no poder continuar con su camino —me explica mi hermano.

—Vaya —respondo—. ¿Hay que cambiar todas las tuberías?

—Sí, cuando lo construyeron se centraron más en lo visible que en lo que no se ve. Pusieron tuberías de mala calidad y con la electricidad pasa lo mismo. Hay que cambiarlo todo.

—Pues hay que empezar cuanto antes —le dice Eros.

Mi hermano asiente y se marcha para dar las órdenes pertinentes.

—Todo esto estaba previsto en mi informe. Contaba con que esto pudiera pasar. No te va a suponer más gastos. A nosotros más trabajo pero es lo que hacemos para que se quede perfecto —le informo.

—Me alegro.

Sin más se marcha y lo miro con rabia. Me gustaría decirle algo, pero no puedo. Debo ser profesional, como si trabajar con mi ex, el que no me recuerda, fuera fácil.

Sin darme cuenta llega el sábado y voy en un taxi al pub de moda donde he quedado con mi amiga. Estoy deseando bailar, beber y olvidarme de todo.

Cuesta mucho no cerrar los ojos y no recordar que con Eros hace años sentí que era capaz de acariciar el cielo.

Por suerte no lo he visto desde nuestra charla en la piscina. Eso me ha permitido centrarme más en el trabajo sin estar tensa por su presencia. Un detalle que no se me ha pasado por alto es que cada día Eros manda que lleven café y comida para los obreros. No me cuadra con la imagen que muestra.

Salgo del taxi tras pagar y voy hacia la entrada. Me pongo en la cola para pasar. Lena ya está dentro con un par de amigas de su trabajo que se han apuntado también a esta salida.

—¿Esperas que te dejen pasar por tu cara bonita? —me pregunta Eros al oído, que no sé de dónde narices ha salido.

Me giro y lo veo a mi lado vestido con unos vaqueros modernos, una camisa blanca y una chupa de cuero. Como siempre está impresionante y por su mirada, lo sabe.

—Espero pasar cuando me toque, como toda esta gente.

—Yo te lo puedo poner más fácil. —Me agarra del brazo y tira de mí hacia la puerta.

Me quejo pero no me suelta.

Saca de su cartera el carné y al ver de quien se trata, le dejan pasar.

Pienso en irme pero como me dejan entrar con él, prefiero perderle de vista dentro del local y no tener que hacer más cola. Mi amiga entró cuando no había tanta gente esperando, ni tantos enchufados a los que les gusta dar preferencia para las zonas VIP.

—Gracias por colarme. Ahora me voy con mi amiga.

—Voy contigo. Quiero conocerla.

—Ya la conoces... Ah... Es cierto. Lo has olvidado todo.

—Por eso, a ver si la veo y la recuerdo.

—Como la recuerdes a ella y no a mí, me marchó.

—¿Te pondrías celosa? —me dice al oído.

—Por supuesto que no.

Decido dejarle que venga conmigo para que así Lena me diga qué piensa de este Eros tan

seguro de sí mismo y chulito.

Llegamos donde se encuentra mi amiga y, al ver a Eros, lo saluda como si fueran grandes amigos.

Este se deja hacer y no pone mala cara, ni la mira mal como a mí. No puedo evitar que eso me moleste aunque es cierto que yo tampoco le puse las cosas fáciles. Para mí no fue fácil.

—Está mucho más bueno en persona —me indica Lena cuando Eros dice de ir a pedirnos una ronda de chupitos.

—Sí, eso ya lo sabías.

—Joder, pero es que estos diez años le han sentado muy bien. Y qué majo. Lo esperaba peor. Me lo habías pintado como un ogro.

—Dale tiempo. Seguro que saca a relucir su mal genio.

—Reconoce que tampoco se lo has puesto fácil. No tiene la culpa de no recordarte, y tú se lo echas en cara cuando casi perdió la vida. Si yo fuera tú, hablaría con él, le contaría lo que fuisteis y así tal vez eso te ayude a pasar página.

No le digo que no porque tal vez tenga razón y puedo estar anclada en ese instante.

Eros regresa con los chupitos y las amigas de Lena se ponen las botas. Yo solo me tomo un par. Mi cabeza es un hervidero de preguntas sin respuestas y me cuesta saber qué debo hacer.

Eros y Lena parecen amigos de toda la vida. No paran de hablar. Eso hace que en la siguiente ronda de chupitos sea la que más beba. Cuando tengo ese punto justo entre borracha y cuerda, me voy a bailar a la pista.

Se me acerca algún tío que piensa, que porque bailo sola, los estoy invitando para que me digan tonterías.

Después de Eros me he acostado con algún que otro hombre, pero ha sido cuando yo quería y con quién yo quería. No me he dejado llevar por alguien que me dijera cosas seductoras al oído. Siempre sé lo que quiero y cuando lo quiero con respecto al sexo. Tal vez porque siempre me quedo tremendamente insatisfecha y sin ganas de explicar al que está conmigo en la cama, cómo dar placer a una mujer.

Me cansa explicar algo tan básico como que, en la cama, el sexo es de dos personas y que la felicidad no acaba cuando el tío se corre.

Al final me desilusiono, pierdo el interés por esa persona, y más cuando emocionalmente desde Eros nunca nadie ha calado en mí. Ni yo les he dejado.

Esto me hace pensar que tal vez debería decirle cómo me siento, que tal vez así consiga ser feliz y aceptar que nuestro tiempo pasó, que se esfumó.

No hay culpables, sino solo un desafortunado accidente.

Una de las amigas de Lena se acerca y baila conmigo. No la llamo por su nombre en todo este rato porque son nuevas en el hospital y, aunque me las ha presentado, solo era capaz de pensar en Eros. Me sabe mal quedar como una tonta preguntándose otra vez.

Regresamos a donde se encuentra el resto del grupo, y observo que Lena y Eros no paran de hablar, de compartir cosas. No entiendo muy bien la actitud de mi amiga sabiendo lo borde que es conmigo. Tal vez por eso, cansada de todo, decido irme alegando estar muy cansada.

Me despido de todos con un genérico adiós. No me apetece dar besos y menos a Eros, por eso resuelvo así el problema.

Salgo del pub y me tapo con mi chaqueta fina. Estamos a finales de abril y, aunque hay días buenos, otros te quedas helado. Nunca sabes cómo atinar con la ropa en esta ciudad.

Veo un taxi y alzo la mano para echarle el alto.

—¿Pensabas irte sin más? —me pregunta Eros tras de mí.



Capítulo 7

Valeria

—La verdad es que sí.

—Compartamos taxi —me indica—. Me he enterado de muchas cosas esta noche.

Me recorre un escalofrío al saber que Lena se ha ido de la lengua. Mi amiga es así. Si no le haces prometer que no diga nada, piensa que lo que ella sabe, lo puede saber todo el mundo.

—No vivimos cerca.

—Puedo dar una vuelta. —Eros me sujeta la puerta y el taxista me mira con mala cara.

Al final, curiosa de todo lo que puede saber y deseando que esto cierre del todo nuestra historia, subo al coche.

Eros sube tras de mí y da al taxista la dirección de mi casa.

—No sabía que te la supieras.

—Tengo muy buena memoria —me dice y cuando abro la boca para protestar, me silencia alzando una mano—. Que no te recuerde, no me hace tener mala memoria.

No le rebato porque no me apetece discutir.

Llegamos a mi casa antes de que haya dicho todo lo que sabe de mí.

Saco dinero para pagar, pero Eros se adelanta.

—¿Dónde vas? —pregunto cuando observo que empieza a salir del vehículo.

No me responde y va hacia el portal de mi casa.

Lo sigo un poco molesta.

—Mejor lo hablamos en privado. Hay datos muy jugosos para los oídos de un taxista.

Se me acelera el corazón pensando en qué ha podido contarle mi amiga.

Abro el portal y vamos hacia el ascensor. Mi piso está en el ático. Lo mejor que tiene, es el balcón que es casi más grande que toda mi casa. Por eso me construí en él un despacho de madera y un cenador del mismo material.

Entramos al ascensor y se me hace muy pequeño con él dentro.

Me saca una cabeza con tacones y es muy ancho de hombros.

Recuerdo que antes me encantaba abrazarlo, dejar mi cabeza en el hueco de su cuello y sentir que así lo tenía todo.

Salimos del ascensor, y me doy cuenta de que yo voy casi corriendo hasta que me percato y disimulo un poco. Tengo las emociones a flor de piel, como si la herida que sufrí hace años sangrara de nuevo.

Entramos en mi piso y me parece más pequeño de lo que es. Tal vez por eso, salgo a la terraza, donde tengo la mesa y los sofás bajo el cenador.

—Ahora traigo algo para beber —le digo y vuelvo a entrar en la casa a por algo de beber, además de unas mantas.

Al regresar, Eros está mirando la ciudad apoyado en la barandilla de mi balcón.

—Se ve poco la playa.

—Si te fijas..., entre las calles sí se ve un poco —le explico tendiéndole una manta antes de irme hacia el sofá.

Eros me sigue y se sienta a mi lado.

Yo me he tapado con la manta, pero él no la utiliza.

—Te debo una disculpa. —Agrandando los ojos; de todo lo que esperaba que me dijera, esto no entraba entre mis planes—. Cuando te vi, me comporté como soy ante mi familia y dije cosas de las que no me siento orgulloso.

—¿Finges ante ellos?

Asiente.

—Hace años descubrí que si era un capullo, me dejaban en paz y puedo hacer lo que me dé la gana sin que se metan. Mi padre, por alguna extraña razón, se relaja cuando me parezco a él. Es un poco capullo.

—Pues te sale de manera muy natural.

—Llevo muchos años de práctica —señala con una medio sonrisa—. Regina es la que informa a mi familia. Aunque es verdad que tú me lo pusiste muy fácil.

—Normal. Te vi tras dejarme plantada hace diez años y descubro que tuviste un accidente. Eso me dejó tocada, pero tu forma de tratarme hizo que me enfadara contigo. Perdón también si te dije algo raro. No tienes la culpa de que no me recuerdes.

—Que no recuerde que fuimos novios ese verano.

—Lena se podía haber callado —rumio entre dientes.

—Me ha dicho que cuando no trabajabas poniendo helados, estábamos siempre juntos, aunque no sabías quién era yo en verdad. Me llamabas Gaviota —Eros se quita la chaqueta y se arremanga la camisa— por mi tatuaje.

Sigue ahí, aunque compruebo que tiene más tatuajes por el brazo. Siento la tentación de tocarlos como tantas veces hice.

—Estábamos juntos, sí.

—¿Y qué iba a pasar el día de mi accidente?

—¿Eso no te lo ha contado?

—No. Me ha dicho que nos acostamos un par de veces. —Agrandando los ojos—. Que fui tu primer amor y tu primera vez.

—Recuérdame que mate a Lena.

—Solo te quiere ayudar, quiere que pases página, que me olvides y que cuando te acuestes con alguien, no los compares conmigo.

—Me niego a creer que te haya dicho eso.

Asiente con una sonrisilla inocente.

Esa sonrisilla la ponía muchas veces y, por un segundo, me quedo perdida en ella, olvidándome de todo salvo de él.

—Dime qué iba a pasar ese día.

Lo pienso un segundo y al final decido no darle más vueltas para poder seguir con mi vida.

—No sabía nada de ti, ni tu nombre ni nada. Solo me contaste que huiste de tu familia y no querías regresar. Querías hacer las cosas bien y por eso decidiste volver a enfrentarte a ellos, para decirles todo lo que no te gustaba y lo que querías para tu vida. Habíamos quedado en la playa tres días después para que me contaras quién eras y saber todo de ti. Te fuiste en el autobús. Ni siquiera sabía que tuvieras carné de conducir y coche.

—Por lo que sé estaba cerca de aquí cuando tuve el accidente con mi coche.

—Yo no lo sabía y no sabes cómo te odié por no aparecer. Me quedé toda la noche esperando hasta que mi hermano Gus me llevó a casa. Si llego a saber que estabas en el hospital... Llevo diez años odiándote y de repente descubro que no sabías que quedaste conmigo, que no me

recuerdas.

Me pierdo en sus ojos verde azulados hasta que aparta la mirada.

—Siento no haberte recordado. No puedo cambiar el pasado.

—No, ni tienes que cambiarlo. Ahora lo sé. Creo que me culpo a mí misma por no saber que te pasaba algo malo, por no sentir que me necesitabas... Creo que me culpo por odiarte y por eso te odio.

—Es un poco enrevesado, pero puede ser. —Eros me observa serio—. Es hora de que me dejes ir. Ya no soy ese chico, pero al final sí he cumplido mi promesa y sabes quién soy.

—Es cierto. A ver si puedo. Llevo diez años desconfiando de todo y de todos. No creyendo en la palabra de la gente. Solo en los hechos.

—Eres una mujer increíble. Es hora de que cambies, pero no te culpes por todo lo que has logrado siendo como eras.

En eso tiene razón. Ser como era, me hizo centrarme en mi carrera y evolucionar en ella; querer ser la mejor en mi oficio porque era lo que más comprendía.

—Cierto. Estamos en paz. —Le tiendo la mano.

Eros la mira y al final acepta el apretón de manos.

Tarde me doy cuenta del gran error que he cometido. Sigue teniendo el poder de hacerme arder con solo una caricia.

Aparto la mano y Eros se levanta para irse.

—Nos vemos en el trabajo —me dice a modo de despedida.

Cierro la puerta de mi casa tras él, sabiendo que tengo que dar carpetazo al pasado y mirar al futuro, uno donde Eros y yo, por lo vivido en estos diez años, no somos tan parecidos. Él es mi pasado. Es hora de que busque mi presente.

Eros

—He hablado con ella del pasado —confieso a mi mejor amigo por teléfono.

—Bien, entonces sabe que la recuerdas.

—No, usé a su amiga para que me lo contara todo.

—¿Por qué?

—Tengo que estar seguro de que no corro peligro antes de descubrir si queda algo de lo que hubo entre los dos.

—Tú mismo, pero ya hace más de dos meses que atraparon a quien casi te mató por segunda vez. ¿No puedes pasar página?

—¿Podrías tú olvidar que alguien te quiso matar y que casi lo logra dos veces?

—No.



Capítulo 8

Valeria

Estoy en mi despacho haciendo unos trabajos. Hace poco más de una semana que Eros y yo enterramos el hacha de guerra o, más bien, exterioricé parte de lo que sentía.

Es más fácil pensar que se puede pasar página que pasarla, pero sí es cierto que he dejado de culparle por no acudir a nuestra cita, de dejar de pensar que me engañó con un fin. Pensar que me mintió, me dolía y me hizo desconfiar de todo el mundo.

No lo he visto desde entonces pero sí lo he buscado con la mirada cada vez que he ido al complejo turístico

Ahora que he aceptado la verdad, los recuerdos que tengo a su lado han regresado con más fuerza. En este tiempo nunca nadie me hizo sentir que era capaz de acariciar el cielo con solo una mirada, y cuesta olvidar que hubo un tiempo en el que supe lo que significaba amar.

—¿Dónde tienes la cabeza? —me pregunta Lena entrando en mi despacho.

—Sigo sin perdonarte.

Se ríe y me roba parte de mi almuerzo que está olvidado en la mesa.

—Me debes tener mejor color de cara y que parezcas un poco más feliz.

—No sé si ha sido lo mejor.

—¿Por?

—Porque ahora no paro de pensar en qué hubiera pasado si no hubiera tenido ese accidente.

—Pues que erais unos putos críos. Te hubiera hecho el amor un par de veces hasta partirte el corazón, porque tenía que seguir con su vida y tú con la tuya. Erais muy jóvenes para entender el amor para toda la vida. Ya es pasado, y esta noche tengo tu presente.

—¿Qué has hecho?

—Ha venido un médico muy sexi y le dije que tenía una amiga muy guapa... Te he conseguido una cita.

—¿Voy a quedar con tu compañero?

—Sí.

—¿Y tú qué sacas de todo esto?

—Va a traer un amigo para mí.

—Ahora lo entiendo todo y no sé si tengo ganas.

—¿Por culpa de Eros?

—No, claro que no...

—Entonces no quiero más excusas —me dice y decido no ponerlas, dejarme llevar.

Tal vez ahora todo sea diferente.

Me marcho a la peluquería para cortarme un poco el pelo y darme más reflejos rubios. Tengo el pelo rubio pero de pequeña era blanco y ahora, si no le pongo mechas, se oscurece. Por eso me gusta darle esos pequeños toques y ya me hacían falta.

Acudo a la cita tras vestirme a conciencia sabiendo que he sacado partido a mis virtudes y no,

no son mis pechos. Es mi espalda y mi trasero. Por eso llevo una camiseta atada al cuello con la espalda al aire bajo mi chaqueta y una falda de tubo negra.

Llego al restaurante donde hemos quedado y, al dar mi nombre, me conducen hasta el fondo del establecimiento, a una mesa en la que hay un atractivo hombre de ojos marrones. Se gira hacia mí y por su mirada sé que le gusta lo que ve. No soy creída pero hay miradas que hablan por sí solas.

—Hola, soy la amiga de Lena. Valeria.

—Yo soy Dorian.

Me tiende una mano y se la estrecho. Se nota los callos en su piel y me emociona que sea por salvar vidas. Es cierto que es muy guapo.

—¿Y mi amiga y tu amigo?

—Han decidido irse a cenar solos a otro lugar —me informa un poco cortado—. Espero que no te moleste la encerrona. Yo no sabía nada de ello.

—Yo tampoco, y es típico de mi amiga. Está un poco loca.

—Eso he visto, pero es especial.

—Muy especial, sí. —Sonrío con cariño y me siento a cenar—. ¿Has mirado la carta? —Asiente—. Este lugar es un poco caro, pero merece la pena. A mis padres les gusta traernos desde niños una vez al mes para hacer una salida en familia y así celebramos que estamos todos juntos. Mi madre también es enfermera como Lena.

—Lo sé. Tu madre me dijo que eras preciosa —dice con una sonrisa.

—Vaya par de dos.

—Se nota que te quieren.

—Y yo a ellas. Por la profesión de mi madre, siempre hemos sabido valorar la vida, y disfrutar de las salidas en familia.

—Cada instante cuenta. Perderlos es perder parte de tu vida. Y ahora que estamos vivos y muertos de hambre dime qué es lo que está bueno para disfrutar de esta cena.

Lo miro, y compruebo que es fácil perderse en sus ojos castaños, que es cierto que una parte de mí no es tan recelosa como hace unos días. Parece que sigo avanzando, que estoy dando pasos lejos de ese momento en el que me sentí tan rota... Es cierto, pero también comparo cada sonrisa, cada arruga, cada mirada... con Eros.

Pedimos la cena y me habla de su trabajo. Me cuenta sobre todo la parte positiva, la gente que conoce y que cuando les ayuda en esos momentos tan vulnerables, no lo olvidan. Es como mi madre. Tienen que quedarse con lo bueno para poder seguir viviendo y prestando su persona al cuidado de otros.

No todo el mundo vale para ello, y no deja de ser un trabajo por vocación. Se nota que a Dorian le gusta mucho.

—Has elegido seguir los pasos de tu padre al igual que tu hermano. ¿No se te pasó por la cabeza ser enfermera?

—Odio la sangre —le confieso—. Cuando la veo me paralizó y me cuesta reaccionar. Si es mía hasta pierdo el conocimiento. De niña, cuando me hacía una pequeña herida, gritaba que me moría o que me desangraba. Mi madre dice que supo desde bien pequeña que ese no sería mi camino. No sé mantener la calma.

—Si te haces una herida, me encantará curarte.

—Cuidado que eso parece una proposición íntima. —Se ríe y compruebo que su risa es ronca y sensual.

—No esperaba nada de esta cena, en verdad. Solo dije que sí para que tu amiga me dejara en

paz, pero ahora me alegro de que insistiera. Lo estoy pasando muy bien.

—Pues apenas me conoces. Yo tampoco lo estoy pasando tan mal como me ha pasado otras veces.

—¿Otras veces?

—Me cuesta abrirme a las relaciones. Me hicieron daño.... Ahora sé que no hice nada malo, ni él. Me costaba abrirme por miedo a que me lastimaran de nuevo.

—Eso siempre pasará. Cuando se rompe una historia siempre hay uno que sufre más que el otro. No existen algodones capaces de curar esa herida.

—Lo sé.

—Pero es lo bonito de vivir, que nunca sabes si la siguiente vez habrá herida o todo irá bien. Si te escondes, te pierdes la posibilidad de encontrar de nuevo el amor.

—Cierto. —Cojo mi copa y la choco con la de él—. Por los comienzos que dan tanto miedo.

—Por ellos, mi valiente nueva amiga.

Seguimos hablando y al terminar damos una vuelta por la playa.

Al llegar al sitio donde siempre nos sentábamos Eros y yo, me quedo callada. Hacía años que no venía por esta zona.

—¿Todo bien? —me pregunta Dorian.

—Está como siempre —digo—. Es solo un lugar. No hay magia, ni nada que lo haga especial.

Era nuestra historia la que dotaba a este sitio de esa magia que le hacía parecer que había salido de un cuento de hadas. Cualquier lugar habría sido perfecto al lado de Eros a esa edad.

—No te sigo.

—Nada. Tonterías mías. —Me giro y lo miro—. ¿Te apetece andar por la orilla descalzos?

—No... Me apetece pero me debo a mi trabajo. No quiero enfriarme y tener que dejar de ir.

—Lo entiendo. Era una locura. Hace fresco esta noche.

—Si fuera verano o estuviera de vacaciones, te diría que sí.

—Entonces me guardo la invitación para el verano.

—Perfecto.

Me acompaña a mi casa y, al despedirme, le tiendo una mano porque no sé si hacerlo con un par de besos o un abrazo. De momento solo puedo darle la mano, porque para mí el sexo por el sexo nunca fue una opción.

—Hasta pronto —me dice antes de alejarse.

—Hasta pronto —le indico a su espalda, sabiendo que, aunque lo compare con Eros, a una parte de mí le ha gustado este hombre.

Amé al Eros de dieciocho años, pero no conozco nada de cómo es el de veintiocho. Si todo lo que me gustó de él se ha perdido en el tiempo y lo que es ahora más que gustarme, me hace odiarle.

Tal vez debería dejar de evitarlo y así conocer todos sus defectos.



Capítulo 9

Valeria

Entro en mi despacho tras ir a por café y algo de comer, y veo a Eros mirando algo de mi escritorio. Noto que mi corazón late más deprisa y le ordeno mentalmente que se pare. Lo hago hasta que me recuerdo que le escribí para que viniera a primera hora para conocer todos sus defectos. No le llaman *el capullo* por nada, por mucho que él diga que solo finge.

—¿Dorian? —Miro lo que tiene en las manos y observo que es un ramo de rosas, junto a una tarjeta—. Gracias por una noche maravillosa. ¿Te lo estás tirando?

—¿No puedes pensar en otra cosa? Eres un bruto.

—Las cosas como son. Alguien no manda flores por nada.

—Lo mismo la gente es amable porque sí.

—O predecible. Ha tenido buen sexo contigo y te regala rosas o ha sido una mierda en la cama, y quiere que no pienses en eso.

—No ha habido cama. ¿No decías que solo fingías ser un poco capullo?

—No del todo.

—Antes no eras así. Eras más dulce...

—He cambiado. Son muchos años y ya no me conoces.

—Eso es genial, que hayas cambiado y que no me gusten cosas de ti.

—No te pillo —me dice dejando la nota y las rosas—. Pero me da igual. Dime para qué me necesitas, que tengo mucho trabajo.

—Podrías disimular un poco que no me soportas. Yo estoy haciendo el esfuerzo de conocerte, al que eres ahora, que seguro no tiene nada que ver con mi Gaviota... digo, tu yo de hace diez años.

Entorna los ojos y luego sonrío antes de sentarse.

—¿Quieres conocerme a fondo para que se rompa la burbuja que tienes de mí y así poder olvidarme del todo?

—Sí, la verdad, y cuanto antes mejor, que hay un tío muy bueno que quiero conocer sin obstáculos.

—¿Te das cuenta de que me estás reconociendo que te altero de alguna forma y no me puedes olvidar?

—Sí, de los dos, yo era la transparente, la sincera... Tú eras el que ocultaba cosas.

Se lo digo sin que note mi nerviosismo. Mi idea no era exponerme de esta forma.

—Genial, te lo pondré fácil. Recoge tus cosas. Hoy trabajarás a mi lado en mi casa. Así me podrás olvidar cuanto antes.

Dudo, pero al final pienso que es lo mejor. Cuanto antes conozca su horrible personalidad, mejor.

Vamos cada uno en su coche. Aparco tras él y salgo con mi ordenador y mis archivadores, siguiéndole a su casa de madera con vistas al lago.

El sitio es precioso.

Es raro que nadie lo comprara hasta ahora; tal vez por lo alejado que está de todo, aunque, si

te gusta la tranquilidad, es el lugar perfecto. Eso sí, hay muchas cosas de la fachada que cambiaría.

Entramos a la vivienda y vamos hacia la mesa del salón donde tiene un montón de papeles esparcidos por ella. Me fijo en el logo de la empresa de su padre y varios planos de coches de obra.

Un lugar perfecto para sacar partido a la vivienda y no lo han hecho.

Si fuera mi casa, todo estaría de manera diferente.

—¿Y esa mirada?

—Estoy pensando en que es una lástima que no sacaras más partido a este lugar —le explico.

—¿No te gusta la casa?

—Hay vigas que sobran, techos bajos donde deberían ser altos y los muebles están ordenados sin mimo. Es bonita, sí, pero yo no la hubiera construido así. Se nota que es la casa de un soltero. No se ve nada familiar en ella.

—Tiene dos habitaciones —me comenta divertido—. Y es la casa de un soltero, por ahora, yo. Para mí es ideal.

Me hace sitio en la mesa, al final del todo, y pongo mis cosas.

Las vistas al lago son espectaculares.

El centro vacacional no mira mucho hacia esta parte, ya que lo crearon buscando más temas de ocio.

Eros no me ha comentado qué quiere que hagamos con esta zona, cuestión de la que quería hablarle esta mañana.

—Antes de empezar, quiero preguntarte qué tienes pensando hacer con este lago.

—Nada. No quiero hacer actividades ni nada en él. Prefiero que siga siendo algo aparte del complejo.

—Podrías hacer un embarcadero y que la gente paseara con pequeñas barcas.

—No, lo quiero dejar tal cual está. ¿Alguna cosa más?

—No, eso que te ahorras.

—Entonces genial. Ahora a trabajar y calladita que tengo muchas cosas que hacer.

—Va a ser muy fácil —digo feliz.

—¿El qué?

—Aceptar que mi chico gaviota no eres tú.

—Tal vez no sea como era, pero puede que como soy ahora, no te disguste. Estás jugando con fuego.

—Para nada.

—Y por cierto, el chico de las flores no te gusta.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, ni has mirado la nota, ni olido las flores. No había emoción en tu mirada porque no le has dedicado ni un segundo al detalle. Siento que eres de las que, cuando te enamoras, pones cara de tontita.

—No la pongo o sí..., pero es algo que no recuerdas. Y ha sido un detalle pero...

—¿Que te regalen flores? —pregunta cortándome.

No lo puedo engañar.

—Es lo típico —digo sin dar más vueltas, dándole la razón—, pero el detalle es lo que cuenta.

—¿Te hice algún regalo cuando estuvimos juntos? —Asiento—. ¿El qué?

—Un collar de plata con una golondrina. —Me mira sin entender por qué ese animal—. Tengo un tatuaje de golondrinas en la espalda. Yo sí te dije mi nombre y sabías mucho de mí, pero al

principio era tu chica golondrina.

—Entiendo. ¿Y lo tiraste?

—No. Lo escondí con tus otras cosas en una caja que está perdida en el trastero.

—Así que, aunque estabas enfadada, no pudiste tirar mis cosas.

—No. Ya ves. ¿No tenías mucho que trabajar y no podías perder el tiempo? Porque no paras de darle a la sin hueso.

—Bien. Trabajemos.

Asiento y me pongo a trabajar.

Eros se va a hacer algunas llamadas a una de las habitaciones de abajo. La casa tiene dos plantas y supongo que arriba estará el dormitorio. Yo tengo que hacer algunas llamadas, pero me salgo afuera, al pequeño balcón de madera con vistas al lago.

No muy lejos hay un pequeño embarcadero con un par de barcos anclados.

Ahora mismo estoy apoyada en la barandilla de madera mirando el lago.

—Entonces tu padre te paga por perder el tiempo —me dice Eros al ponerse a mi lado.

Lo miro y está sonriendo.

—No, pero en mis horas libres hago lo que me da la gana. Es la hora de comer y me marcho a mi casa.

Tocan al timbre.

—Justo a tiempo. He pedido comida para comer juntos. Ya sabes por eso de odiar mi personalidad.

—Cierto —acepto.

Abrimos al muchacho que nos trae comida, que casualmente es de mi restaurante preferido de la ciudad. Al dejar la comida en la mesa, abro todo los paquetes y cuando veo que ha pedido mi plato favorito, casi hago una fiesta.

—¿Lo has recordado? —pregunto señalando mi carne empanada con queso y tomate por encima, con guarnición de patatas.

—¿Qué? Ese es mío. El tuyo son las verduritas.

—¿De verdad esperas que coma verduritas y nada más?

—Claro, lo hago por tu culo, para que no engorde demasiado.

Lo miro a los ojos para enfrenarlo y me doy cuenta de que se está riendo.

—Pues te las comes tú porque yo me pienso meter este pedazo filete entre pecho y espalda.

—Hay otro igual. —Eros saca un paquete tras su espalda que había escondido aposta.

—¿Lo recuerdas? Fuimos a cenar allí una vez.

—No, he llamado a Lena para preguntarle por tu comida preferida y me ha dicho que era esta. He pedido dos por probarla yo también. Me dio su número la otra noche.

—Ah..., entiendo. Has hecho trampas.

—Y yo que esperaba agradarte.

—Pues no lo hagas. Espero todo lo contrario.

—Eso no es cierto. Esperas saber cómo soy ahora, y con mis amigos no soy un capullo.

—No somos amigos.

—Eres mi ex novia, una que no recuerdo.

—¿Te llevas bien con tus ex?

—No he tenido ninguna. Soy más de líos de una noche y odio las relaciones serias. Tal vez por eso sienta curiosidad por saber por qué contigo sí empecé algo. A menos que me estéis engañando tú y tu amiga.

—No te miento, pero cree lo que quieras.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Has tenido más relaciones después de mí?

—¿Si por relación se entiende a varias citas y acostarme con ellos un par de veces? Sí, alguna que otra.

—No. Eso no se entiende por relación. Yo he tenido varias de esas y no las considero mis ex nada.

—Pues entonces, no. Pero eso no te hace más especial.

—Si tú lo dices —me pica.

—Mejor comamos que esto se enfría.

Lo preparamos todo para comer en una mesa de centro que hay frente a la chimenea, y sobre esta una televisión plana. Espero que la ponga para así no estar en silencio y poder ignorarme, pero no lo hace. Se sienta en el suelo en la mullida alfombra tras quitarse los zapatos. Yo hago lo mismo. Estoy un poco harta de los tacones.

Empiezo a comer y hago lo imposible para no mirarlo de reojo, para no recordar nuestras comidas en su pequeño cuarto del hostel. Para no recordar cómo le tiraba comida en plan juguetón y luego me perseguía por toda la habitación para mancharme la nariz de comida.

Era más fácil vivir odiándolo, que recordar cuánto lo amé.

Al final no puedo evitar mirarlo y me sorprende que esté observándome.

—Pareces una cerdita comiendo —me pica.

—¡Como con mucha elegancia!

—No, para nada. Haces ruiditos.

—¡Eso es mentira! —Le tiro una patata y la coge al vuelo.

Tarde me arrepiento y me recuerdo que todo es diferente, al mismo tiempo que noto como en mi estómago una mariposa solitaria danza por mi tripa despertando tras un largo letargo.

Sigo comiendo hasta que noto una patata cargada de salsa estrellarse en mi cara. La veo caer sobre mi camisa blanca y quedarse sobre mi pecho.

Lo miro, me observa divertido y, sin cortarse, la agarra tocando levemente mi pecho para comérsela.

—¡Eres un cerdo y has invadido mi intimidad!

—Ya quisieras que te hubiera tocado. En estos años he aprendido muchas cosas.

—Pues yo muchas más. El sexo contigo fue demasiado simple. El misionero las dos veces. Nada del otro mundo.

—El misionero si se hace bien, es algo de otro mundo, y yo lo hago muy bien.

—Eras un adolescente. No tenías mucha práctica en el sexo.

—No era mi primera vez. Lo hice antes con diecisiete.

—Ya, me lo dijiste —respondo.

—Entonces has tenido relaciones donde has experimentado un sinfín de guarradas.

—No te importa. —Sus ojos me observan como si tratara de leer mi mente—. Sé mucho más de lo que sabía. No soy esa niña tonta que pensaba que si había amor, todo era maravilloso.

Lo cierto es que tras él, el sexo sin amor ha sido una mierda. Primero porque no sabían cómo darme placer sin ser egoístas; pensaban que porque ellos disfrutaban, todo estaba bien. Y segundo, porque tras tener sexo con amor, el resto siempre carece de esa magia. El amor eleva un simple roce a un nivel que el placer solo trata de fingir que lo ha alcanzado. La realidad siempre se ve clara cuando se disipa la pasión.

—¿Te dije que te quería alguna vez? —me pregunta serio.

—Sí.

Se queda callado.

—Nunca se lo he dicho a nadie, que yo recuerde, claro. Eso hace que no sepa si creerte o no.

—Es tu problema.

—Te creo, pero que no se te suba a la cabeza.

—¿Tanto te cuesta ser simpático?

—Soy adorable. A la gente le encanta lamerme el culo.

—Por estar muy bueno y ser rico. Lo digo por si no lo sabes.

—Que estoy bueno y soy rico, lo sé desde que nací. Siempre he sido adorable y rico.

—¿Y no te cansas de los pelotas?

—Sí, pero los uso para mis fines. Ellos quieren creerse mis amigos y yo los utilizo para conseguir nuevos contratos o mayor visibilidad en el mercado.

—Pues vaya.

—Es mi trabajo. ¿Por qué crees que he comprado el complejo turístico?

—Para ser adorado por cientos de clientes.

—No, no voy a quedarme en él. Es una inversión. Lo estoy arreglando para venderlo. Por eso me da igual lo que pueda pasar con el lago. No entra en mis planes y no es lo que peor está. El que lo compre que decida si quiere o no barquitas.

—Podrías haber construido otro mejor. Este es demasiado ambicioso.

—Por eso me gustó cuando lo vi en un reportaje.

—¿Hay un reportaje del complejo?

—Sí, es un poco macabro.

—¿Macabro?

—Ah, olvidaba que ese vídeo nunca se emitió porque el alcalde de la ciudad pagó mucho dinero para que no se supiera la verdad o eso me dijo el chico que lo puso.

—¿Y tú cómo lo viste?

—Un amigo de mi mejor amigo trabaja en la televisión.

Siento que se calla algo importante.

—¿Y qué pasó para que no quisieran emitirlo?

—Que la hija de los dueños se mató y los dueños consumidos por la pena dejaron que se echara a perder hasta que murieron en un accidente de coche poco después. —Me recorre un escalofrío—. Como el centro vacacional pasó a ser parte del Ayuntamiento, no querían que se supiera por si perdían futuros compradores.

—¿Murió en el complejo?

—No.

—¿Y a ti te gustó por eso?

—No. Bueno... En el reportaje se vio una foto de cómo era antes, donde salían los dueños y la hija. Había también vídeos de personas que se habían quedado donde se veía la grandiosidad del lugar. El que lo hizo hablaba de la ilusión con la que lo crearon. Era ambicioso. Me gustó ese poder y, aunque tenga una historia triste, una parte de mí quiso volver para darle vida. Lo vi un reto.

—Lo que se sabe por aquí es que los dueños no pudieron con las deudas. Yo era muy pequeña cuando se cerró y no se habló mucho porque no gustó el proyecto entre los de la ciudad.

—Cosas de la vida.

—Qué triste todo.

—Sí, pero hay cientos de edificios antiguos que guardan historias tristes. Algunos de guerras

pasadas, y la gente los mira con admiración como si todo lo que hubiera habido tras sus paredes hubiera sido hermoso porque hace cientos de años que se libraron esas batallas. Todo parece más cruel y menos llamativo si ha pasado poco tiempo, pero una muerte duele siempre. Sea en la época que sea.

—Es cierto. Soy fan de los castillos y han visto muchas desgracias.

—Pues sí. La guerra por el poder. A la hora de la verdad la gente siempre mira por uno mismo. El egoísmo sale a la luz.

—¿Has tenido mucho de eso en tu vida?

—Sí, pero no me digas que por eso soy tan capullo. Lo soy a veces porque quiero. Yo elijo cómo quiero ser y cómo me afectan las cosas que vivo. Igual que tú.

—Eso es cierto, pero no podemos evitar que lo vivido nos defina como personas.

—¿Piensas que de recordar nuestra historia hubiera sido diferente?

—No lo sé. Cuando nos conocimos parecías perdido, triste...

—¿Y no sabes por qué? —Niego con la cabeza—. Lo mismo era una táctica de conquista, porque me veías más accesible. Si me hubieras visto como soy ahora, no te hubieras acercado.

—Seguramente no.

—Lo mismo solo fingía.

—Posiblemente, pero lo dudo.

—Lo que sí recuerdo de antes de ese verano es que era un niño mimado y sin aspiraciones en la vida. Trabajaba para mi padre y era el primero en irse de una fiesta a otra. Mi primera borrachera fue con doce años. Probé las drogas con poco más. Nunca tenía suficiente. Siempre quería más.

—¡Qué partidazo! —señalo dándome cuenta de que no sabía nada de eso, que lo idealicé en su momento—. Sigue contándome lo genial que eras —digo con ironía.

—Odiaba estudiar y siempre hacía pellas, trampas en los exámenes...

—Yo nunca he copiado en un examen. Me gusta saber que todo lo que tengo me lo merezco.

—Claro, por eso tu padre te contrató, porque te lo mereces y no por ser su hija.

—Por supuesto. Empecé desde cero y solo me dio este puesto cuando me lo merecí. No me gusta que me regalen nada.

—Pues yo te he invitado a comer y no has puesto pegas.

—Sabes a lo que me refiero. —Asiente con una media sonrisa—. Cuando te conocí, no te gustaba beber ni fumar. Se me hace raro pensar que, antes de ese momento, eras así.

—Ya ves. Lo mismo fumaba a escondidas.

—Lo dudo. Estabas siempre cerca de mí.

—Durmiendo y haciendo cochinas —dice jugueteón—. ¿Quieres que nos acostemos y así le des carpetazo del todo?

Estaba comiendo y casi me atraganto.

—Ni de coña.

Se acerca.

—Sé lo suficiente de mujeres para saber que me deseas.

—Puedo desearte, pero no me acostaría contigo.

—Podría ser una mierda y así me olvidarías del todo.

—A ti te he olvidado. Es tu recuerdo el que sigue ahí.

—Pues piensa que no fue real o que lo fue, pero con una persona que no existe.

—Debería porque, cuando te miro, no veo al chico que conocí en ti. Cuánto más tiempo paso contigo, más me pasa.

Eros asiente y parece triste por un segundo antes de apartar la mirada.

—Así es la vida.

—¿Y tras el accidente? —le pregunto curiosa.

—Me trasladaron al hospital privado de mi ciudad. Cuando me recuperé, traté de hacer una vida normal.

—¿Volver a las fiestas y todo lo demás poco saludable?

—No, no bebo mucho ni tomo nada raro desde hace tiempo. Salgo de fiesta, me gusta estar con mujeres y viajar, pero siempre controlando lo que hago.

—Bueno, has madurado.

—Sí.

—Pero me has dicho varias veces que finges el papel de capullo.

—Tras el accidente quise cambiar, pero mi padre me empezó a dejar fuera de sus empresas, al igual que mi madrastra. Por eso ante ellos me presenté como era antes. Cuanto más me parecía a mi padre, más tranquilos estaban.

—A lo mejor cambiaste por mí.

—No, por lo que me cuentas cuando llegué a ti, ya era alguien que quería cambiar.

—No me quieras dar tanto mérito.

Se ríe.

—No es eso. Es la realidad. Pero yo fui más listo. Hice de mi vida un circo del que puedo sacar provecho.

—¿Y te compensa ser así por tener dinero?

—Sí. Me compensa mucho.

—Otra cosa diferente de cuando te conocí. No tenías mucho dinero pero eras feliz.

—Bien para ti, y ahora vamos a recoger esto para buscar algo de postre en el congelador. Tengo helado de chocolate con menta. —Lo miro y sonrío—. Lena. No te he recordado.

—Mejor, tampoco fue para tanto lo nuestro. Cada vez tengo más claro que te idealicé.

—Tuviste suerte de amar. Hay personas que en toda su vida no saben lo que es sentir algo así. Ya solo por eso deberías estar feliz y no siempre enfadada por sentir amor.

—¿Cómo sabes que te amé?

—Lena. ¿Acaso no es evidente?

—Hablas mucho con ella.

—Es buena gente.

Vamos a por el helado pero al ver a Eros comerlo, me trae demasiados recuerdos.

Me marcho sabiendo que tengo que aceptar que fue bonito, que ya no existe y que debo dejar de sentir esta conexión con él porque este hombre no es el chico del que me enamoré, por mucho que compartan la misma alma.

Eros

—Deberías decirle la verdad y no andar con ese juego, a menos que quieras que pase de ti —me dice Hector al teléfono.

—Se merece a alguien que no arrastre tanta mierda sobre sus hombros. Cuanto más la conozco ahora, más quiero que sea feliz. No puedo darle esa felicidad.

—No sé por qué. A mí no me has perdido como amigo y mira que has hecho idioteces.

—Sé de lo que hablo.

—Ese lugar te está afectando. No deberías haber ido, y menos para andar con esos juegos.

—Quería estar cerca de ella antes de destaparlo todo.

—¿Todo sigue adelante?

—Sí, por eso no puede estar conmigo, porque ya me perdió una vez y le marcó. No puedo dejar que sufra por perderme de nuevo. Sabes tan bien como yo, que ese puede ser mi final cuando destape la verdad. Tal vez no pueda con ella...



Capítulo 10

Valeria

Estoy en el jardín del complejo hotelero, cerca de la piscina, viendo las obras por la tarde. Llevo un casco porque han empezado a trabajar a fondo. He quedado con Eros para una reunión, y no lo veo desde hace una semana. Desde nuestra comida.

Al llegar lo escucho hablar con mucha prepotencia a un trabajador. Se aparta un poco a un lado y veo que Regina ha vuelto.

—Buenos días —les saludo al acercarme.

—Que no se vuelva a repetir —dice Eros y me parece ver a Regina asentir como si le gustara su actitud.

Eso me da credibilidad a lo que me dijo, que en realidad fingía. Es cierto que, cuando no está la mujer, se relaja, aunque una parte de él se cree el ombligo de mundo.

—Señor, aquí está la señorita Callum —le avisa Regina.

—Hola, señorita Regina. —Sé que no es lo propio, que le diga señorita, pero que a Eros le llame señor siendo solo dos años mayor que yo, me revienta y por eso de mi comportamiento.

—Señora —me corrige.

—Entonces espero el mismo trato, porque ni él está casado ni yo tampoco. Y por lo que sé, usted tampoco.

—Se llama respeto.

—Se llama exigir lo mismo. A él le has dicho señor, y yo no me merezco menos.

Me mira a la defensiva y luego asiente.

—Señora Callum, encantada de verla de nuevo.

—Lo mismo digo señora Regina. —No sé su apellido porque siempre se nos ha presentado por su nombre y por eso la llamo así.

Hablamos de cómo van las cosas y Regina se aleja.

—¿Te gusta el peligro? —me pregunta Eros y lo miro sin comprender—. Regina es dura de roer; cuanto más la jodes, más te jode ella. Mejor no darle motivos para ir contra ti.

—Vale, no ha sido propio de mí. No soy así. Es tu culpa. Sacas lo peor de mí.

—Pues ya sabes... aléjate todo lo que puedas. —Me guiña un ojo y se marcha.

Lo veo irse con esos pasos tan seguros que siempre da.

Sigo con mi trabajo y al acabar me marchó a la playa. Me quito los zapatos y voy hacia el lugar en el que siempre acabábamos nuestros paseos. Donde hay unas rocas en el mar que se cayeron de la ladera hace tiempo.

Me siento sobre ellas y miro todo lo que me rodea. Era el lugar en el que lo esperé tantas horas. No he venido en diez años.

Mientras el atardecer se abre paso, recuerdo a Eros sentado a mi lado pasando su brazo por mi cintura.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —me dijo la última tarde que pasamos juntos—. Algunas de las que me avergüenzo, otras que quiero olvidar, y pocas de las que me sienta orgulloso. Pero si de algo sí me alegro, es de haber elegido este lugar para huir y encontrarme

contigo. Tú me has enseñado que no estaba huyendo, sino buscando mi hogar. Ahora sé que es a tu lado. Te quiero.

Me secó las lágrimas y me besó con tanto amor que sentí como si algo se desbordara dentro de mí.

—Te quiero mi chico gaviota y me da igual tu pasado.

—Te lo contaré todo cuando regrese. Antes tengo que hacer algo. ¿Me esperarás aquí a esta misma hora en tres días?

—Lo haré.

Me besó una vez más antes de marcharse.

Lo miré hasta que lo perdí de vista. Si hubiera sabido lo que pasaría después, tal vez me hubiera aferrado a él con fuerza.

Ahora sé que tengo que dejarlo ir, que tengo que mirar al futuro y recordar esos momentos como bellos, como únicos, porque fueron míos.

—Hola.

Me giro y veo a Dorian venir hacia mí con ropa de deporte.

—Hola —respondo.

En estos días, desde que nos conocimos, solo hemos quedado un día para tomar café en la cafetería del hospital. Ha estado muy liado haciendo guardias y no hemos podido vernos más. Hoy me dijo que tenía libre, pero no quise quedar.

Que aparezca justo en este momento, lo veo como una señal.

—¿Contemplando cómo cae la noche?

—Sí, esperando un nuevo comienzo.

—Puedes hablar conmigo. Me gusta escuchar. —Me pierdo en sus ojos oscuros y por primera vez le cuento todo lo que siento sobre Eros a alguien que no lo sabe.

—Por lo que dices ha cambiado y como es ahora no te gusta. —Asiento—. Creo que no debes de forzarte y hacer que te guste como antes. Las personas cambian... Al igual que alguien te enamora de repente sin comprender la razón, si lo conoces de toda la vida, otras personas dejan de gustarte.

—Eso es cierto. Tengo que hacer algo y luego, si quieres, podemos pedir algo de cenar en mi casa.

—Perfecto, así me da tiempo a darme una ducha y a cambiarme. ¿Quieres que vaya a por algo de cena?

—Perfecto. Ahora te mando la dirección al móvil.

Vamos hacia fuera de la playa y al separarnos le digo que no tenga prisa.

Voy a mi casa y cojo el coche para conducir hasta la casa de Eros.

Veo luz y aparco, para a continuación llamar al timbre.

Eros me abre desconcertado. Lleva ropa cómoda, un chándal pero no suda, como si acabara de ponérselo para hacer ejercicio y lo haya interrumpido.

Es guapo, atractivo y tiene un aura que me atrapa, pero cuanto más lo conozco, menos veo a quien fue, y esta nueva versión no me gusta. Me quedo con la que fue mía, la que no regresará.

—¿Quieres pasar?

—No, tengo una cena.

—¿Una cita con rosas perfectas? —Asiento—. ¿Y qué haces aquí? ¿De verdad que no quieres pasar?

—No, en la puerta estoy bien. He venido a decirte algo.

—Soy todo oídos.

—Quiero decirte que te perdono. Sé que no tengo que perdonarte por no recordarme, pero no me importa. Ya no. Una parte de mí siempre será tuya, aunque yo esté perdida en tu mente, y una parte de ti será mía, aunque no la recuerdes. Lo que vivimos fue real y maravilloso. No me da miedo reconocerlo ante ti. Te quise como a nadie hasta ahora, pero es parte del pasado. Solo quería decirte que gracias porque a tu lado supe lo que era amar.

Eros se queda callado y siento que no sabe qué decir. Al final noto como su mirada se endurece.

—De nada. Sé muy feliz, Valeria. Te lo mereces.

Me pierdo en sus ojos y, aunque está todo dicho, me cuesta decirle adiós; me cuesta romper el contacto y dejar de verme reflejada en su mirada.

Saco del bolsillo la cadena que me dio.

—Para cuando encuentres a tu golondrina. Está claro que no soy yo.

Eros coge el collar, lo observa, y me da la sensación de que parece triste.

Lo miro a la espera de que diga algo, como si sintiera que hay palabras que se mueren por ser expulsadas por su boca, pero al final solo me regala su silencio.

Ando hacia mi coche y esta vez no me giro para mirar atrás, porque ya es hora de mirar hacia delante.

Eros

Veo por la ventana a Valeria irse con su coche. Parece relajada y más feliz que estos días. Saber que es porque ha decidido olvidarme del todo y dar por hecho que no hay nada en mí que merezca ser amado, me duele, pero es lo mejor.

No estoy aquí solo por el complejo hotelero. Todo el mundo piensa que hace unos meses atraparon al que intentó atentar contra mi vida, que está en la cárcel, pero yo sigo sintiendo que alguien entre las sombras me observa.

Todo comenzó cuando estuve en esta ciudad. Algo pasó aquí que lo cambió todo y no tengo claro que no vuelva a suceder.

Cuesta olvidar que durante diez años he vivido sintiendo que alguien me observaba entre las sombras, esperando el mejor momento para matarme sin saber por qué .

Lo mejor para Valeria es que esté con alguien que no tenga tantos frentes abiertos, aunque yo me muera por ser como soy ante ella sin tonterías y saber si lo que tuvimos, fue cosa del pasado o sigue estando ahí.

Tal vez por eso planeo regresar a mi casa unos días. Tengo que ser fuerte para aceptar que la he dejado para que se vaya con otro.

Saber que es por su felicidad, no hace que duela menos, porque desde que la recordé, no ha habido día que olvide cuánto la amo.



Capítulo 11

Valeria

Llego a mi casa y lo preparo todo para cuando llegue Dorian con la cena. Como se ha quedado buena noche, lo preparo todo en el balcón de mi ático y mientras trato de no pensar en Eros, alejarlo de mi mente. Olvidar esa mirada que parecía triste y que, al mirar de reojo hacia su casa, antes de poner en marcha mi coche, lo vi escondido entre las sombras.

Dorian no tarda en llegar.

—Espero que te guste la cena.

—Seguro que sí —digo abriendo los paquetes y esperando hamburguesas o bocatas. No es eso. Son verduras a la plancha y pescado al vapor.

—Me gusta cuidarme —me dice a modo de excusa.

—Yo paso un poco de las dietas, pero trato de comer lo mejor que puedo. Así que me viene genial esta cena saludable.

Dorian sonrío más relajado y lo ponemos todo en los platos.

—Me ha hablado Lena de su miedo a las pandemias —me comenta a media cena—. Estudió mucho sobre eso en su trabajo de fin de grado y acabó por asustarnos a todos porque asegura que en caso de pasar, no estamos preparados para hacer frente a ello.

—Yo estoy con ella. Esperemos que eso nunca suceda, si no estaré para luchar esa guerra.

—Es muy meritorio vuestro trabajo. ¿Siempre quisiste ser médico?

—Creo que sí, porque de niño siempre me inventaba excusas para vendar a mis abuelos. Los traía fritos y siempre se iban de mi casa llenos de vendas o tiritas.

No puedo evitar sonreír al imaginarme a un Dorian pequeño ejerciendo de médico.

—¿Y tú siempre quisiste ser diseñadora de interiores y llevar la contabilidad de las obras?

—Sí, la verdad es que siempre he sentido pasión por el trabajo de mi padre y cada vez me gusta más.

—Tenemos suerte de trabajar en lo que nos gusta. No todo el mundo puede decir lo mismo. Esas personas son a las que yo admiro, por sacar fuerzas cada día para ir a trabajar cuando les supone mentalmente un gran desgaste.

—Es cierto. Mi cuñada trabaja en un supermercado y lo que más le gusta son sus compañeros, pero se le hace muy duro el trabajo. La gente no es consciente de lo maleducados que pueden ser. A veces la tratan como si fuera un robot en vez de una persona.

—Cierto.

Seguimos hablando de temas triviales mientras terminamos de cenar. Estoy muy cómoda con él. Tal vez un poco demasiado, pero no me obligo a sentir nada porque de momento solo somos amigos.

Al día siguiente, voy al complejo turístico a primera hora porque mi hermano me ha mandado un mensaje para decirme que tengo que revisar unas cosas. Paso por el despacho y me marcho

hacia allí. La fachada ya está totalmente tapada y con andamios. También han puesto varios andamios dentro del edificio.

Como siempre, me pongo un casco que me da un amable obrero en la entrada y busco a mi hermano.

Encuentro a Gus al lado de Regina en una de las *suites* del complejo. Al verme me sonrío con cariño.

—Tenemos unos problemas con los diseños tras estar tirando paredes y quitando los suelos de casi todo el sitio.

—Vale, cuéntame todo y paso el informe de cambios al señor Brown.

—Se lo mandas por correo que ha regresado con su familia unos días —me informa Regina.

Asiento, pero saber que no lo veré en unos días, no me alegra tanto como debería.

Hago el informe de todo con la ayuda de mi hermano, y me doy cuenta de que hay que hacer muchos cambios con respecto al diseño inicial.

—Este lugar está peor de lo que pensábamos —comenta mi hermano mientras tomamos un café cerca de la mesa donde se preparan y hay algo para comer.

—Sí, dejé bastante margen en el presupuesto pero nos estamos comiendo poco a poco ese dinero extra.

—Esperemos que no salga nada más.

—Yo creo que si lo hubieran tirando, habrían salido ganando a pesar de tener que esperar los permisos del Ayuntamiento.

—Sí, pero es lo que hay y nosotros podemos con este reto.

—Por supuesto que sí, hermanita.

Terminamos el café y seguimos trabajando.

Al llegar a mi despacho me pongo con los planos. Tardo dos días en rehacerlos antes de enviárselos a Eros. Pienso en decirle algo menos profesional, pero al final no lo hago y el correo electrónico es frío y conciso.

Escribo a mi amiga un mensaje para saber si puede salir a tomar unas cervezas y me responde que sí enseguida.

Quedamos en nuestro bar de siempre.

Soy la primera en llegar, aunque Lena no tarda en aparecer.

—He venido tan pronto como he podido.

—¿Y de dónde vienes así vestida? —Va arreglada y maquillada como si nos fuéramos de fiesta.

—Estaba aburrida en casa y me ha dado por ver tutoriales de maquillaje. Cuando has llamado, no me daba tiempo a quitármelo, y por eso me he vestido en consonancia con mi cara.

—Eso es nuevo. Lo de vestirse según el maquillaje de tu cara... y yo haciéndolo al revés toda la vida.

Se ríe.

Pedimos unas cervezas y algo de picar.

—Ponme al día de todo, que solo sé que Dorian cenó contigo el otro día, y por él. Tú no sueltas prenda.

—Estabas de guardia. No quería escribirte con tonterías.

—No lo son y ahora cuéntame todo. —Lo hago mientras cenamos—. Bien, ya era hora de que avanzaras. Ahora a disfrutar del cuerpo de Dorian.

—¡Qué loca!

—Ya que tú no te has imaginado lamiendo su chocolatina... ¡Joder! Creo que llevo

demasiados meses sin sexo. Estoy por volver con mi ex solo por ello. Un polvo rápido y pasar de él.

—Como siempre... Siempre es el sexo lo que os une de nuevo y cuando se te pasan las ganas, acabas por dejarlo porque no te satisface en todos los sentidos.

—Ya, eso es cierto. Entonces necesito bajarme esa aplicación para conocer a tíos que quieran sexo y nada más. Si no te funciona lo de Dorian, deberías hacer lo mismo.

—No, gracias. Todo para ti. —Se ríe.

Tras cenar nos vamos a dar una vuelta a la zona de fiesta de la ciudad.

Lena llama mucho la atención. Es muy guapa, alta y con el pelo negro. Lo mejor de ella es su sonrisa, lo que atrae a los hombres como a las moscas.

A mí me cuesta más sonreír.

Entramos a nuestro *pub* favorito y bailamos cerca de la barra mientras tomamos chupitos.

Este sitio nos ha visto crecer y, de tantas veces que vamos, ya reconoces a muchas personas de las que entran a este lugar. Fotos nuestras están en la pared con el resto de clientes en varias etapas de nuestra vida.

Se nos acercan un par de hombres muy guapos y mi amiga decide ir a saco a por uno de ellos. Me despido de ella y me marcho en taxi a mi casa.

Cuando me tiro sobre la cama y estoy a punto de dormirme, mi mente deja de luchar y pienso en Eros. Algo que sé que no reconoceré cuando me despierte.



Capítulo 12

Eros

Hector entra a mi despacho y se sienta enfrente de mí.

Es detective de policía y somos amigos desde la guardería. Somos como hermanos y es la persona en la que más confío.

Me mira con sus sagaces ojos verdes y espera a que le diga cómo estoy o que le cuente por qué estoy aquí en la empresa de mi padre, y no en el complejo.

—¿Has perdido los modales? —le pico al ver que no dice nada.

—Hola, ¿qué narices haces aquí?

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le pregunto divertido sin mirarlo a los ojos.

—Soy detective. Me ofende esa pregunta.

—Ya, y también adivino. —Lo miro y sonrío.

—Se te ve desde la calle. Tú y tu manía de tener todos los estores subidos.

—Me gusta la luz.

—No me has respondido. ¿Qué haces aquí?

Nos miramos a los ojos.

—Ella me ha perdonado por no acudir a la cita y me ha dicho que no siente nada por la persona que soy ahora. Eso la pone feliz y va a salir con otro.

—¿Y cómo te sientes?

—Mal.

—Pues haz algo para que te conozca de verdad.

—No, sigo pensando que no está todo cerrado.

—Ya deberías dejar de sentir esa diana sobre tu cabeza. Tu agresor está entre rejas. Lo pillé hace dos meses. Sigue tu vida de una vez.

—¿Y por qué siento que alguien me observa?

—Porque llevas diez años tratando de saber quién se chocó contigo en ese accidente y se dio a la fuga. Deberías aceptar que todo está bien, a no ser que haya algo más.

—Hay algo más. Algo que nunca te he contado.

Compruebo que todo esté bien cerrado y corro las cortinas antes de contarle la verdad que descubrí hace años y la que nunca he contado a nadie. La razón por la que fui a la ciudad de Valeria. No fue una elección al azar.

Valeria

—Quiero que vayáis los dos —nos dice mi padre pasándonos unas invitaciones a mi hermano y a mí para una fiesta—. Sé que os gustaría ir con otras personas, pero quiero que mis hijos estén ahí captando clientes y relacionándose con esa gente.

—Si no hay más remedio —dice mi hermano Gus queriendo parecer enfadado, pero al final se le escapa una sonrisa—. A mí no me importa ir con una de las mujeres de mi vida.

—Yo voy encantada. Tampoco es que tenga nada serio con Dorian y quiera que venga a un

evento así.

—Lleváis dos semanas de citas. ¿No ha pasado nada serio?

—Cenas y te recuerdo que es médico, trabaja mucho. Nos hemos visto solo dos veces en dos semanas. Necesito más tiempo para querer algo más.

—Tú a tu ritmo, hija —me indica mi padre—. Sobre todo no fuerces las cosas. Si no quieres dar un paso más, tal vez sea por algo.

—Lo sé.

Regreso a mi despacho y miro el correo. No he recibido respuesta de Eros a los planos que le envié hace dos semanas y mi hermano antes de empezar la reunión, me ha preguntado si pueden o no usarlos. No me queda más remedio que coger el teléfono y llamarlo.

Me atiende al primer tono y no puedo evitar que eso me sorprenda teniendo en cuenta cómo ha pasado de mí.

—Hola, ¿no puedes vivir sin mí? —dice al reconocer mi número.

—Claro que puedo y estamos muy tranquilos sin tu presencia. —Cosa que no es cierta del todo.

Es cierto que saber que no está, me da tranquilidad porque no me pongo nerviosa cada vez que voy al complejo hotelero, pero, al mismo tiempo, saber que de estar él esos nervios me inundarían, es lo que me inquieta. No lo he olvidado tanto como esperaba tras lo que hice la última vez que lo vi. Hay páginas de tu vida que por alguna razón que desconozco se niegan a terminar de cerrarse.

—¿Qué necesitas de mí?

—Te mandé unos nuevos planos con informes y lo mismo se te ha olvidado responderme.

—No que yo sepa. —Escucho como teclea en su ordenador—. Vale. No te puse en el correo que envié a Regina para enseñárselos y decirle que diera el visto bueno a todo. ¿No te dijo nada?

—Pues no. Hemos seguido las obras por otras partes del complejo, pero mi hermano ya necesitaba saber si se aprobaban o no los cambios.

—Pues te confirmo que sí. ¿Alguna cosa más?

—No. Puedes seguir con tu trabajo.

—No estaba haciendo nada especial —responde—. ¿Qué tal te va todo?

—¿Y esa pregunta? ¿Ahora quieres ser mi amigo?

—Bueno, no veo nada de malo en ello, a menos que a ti te moleste estar cerca de mí, por eso de que una parte de ti no me ha olvidado.

—Claro que te he olvidado, por eso no me importa ser tu amiga o tratarte de forma cordial y madura.

Una parte de mí se retuerce. Esto no va a ser buena idea y así lo siento, pero me dejo llevar.

—Entonces responde a mi pregunta sin miedo.

—No tengo miedo. Es una pregunta inocente.

—No, no lo es. No quiero que me digas «bien» como a todo el mundo, quiero que me digas la verdad de cómo estás.

Lo pienso antes de responder.

—Estoy bien. En el trabajo me va todo muy bien.

—Ya hemos hablado de trabajo. Ahora quiero saber cómo estás fuera de este. Pero vamos, si no quieres hablar porque te mueres por mis huesos, lo entendería.

—Va bien también. Normal. Tampoco ha pasado nada especial.

—¿Donde las rosas perfectas no es nada especial?

—Es especial, sí —respondo al darme cuenta de que por un segundo lo olvidé—. Está muy

ocupado en el hospital. Casi no lo he visto. Por eso no ha pasado nada especial fuera del trabajo.

—Entiendo.

—¿Y tú qué tal estás? Y no me digas solo «bien» —digo repitiendo sus palabras.

—Pues esto es una mierda. Mi padre está cerca y tengo que parecer un capullo constantemente para que me deje en paz.

—Eso es algo que nunca he entendido.

—Yo tampoco muy bien. Pero cuando soy como él, se relaja su mirada; si ve que cambio, se pone nervioso y cuando era un niño me mandaba con la psicóloga para que le contara a qué se debía el cambio.

—Lo de tu padre es para estudiarlo a él, no a ti.

—Ya, pero como no lo entiendo y paso de contar mi vida a un psicólogo, por eso me inventé este papel.

—Un día deberás romper con todo.

—Lo sé, pero no deja de ser mi padre y lo quiero a pesar de como es. A mi madrastra también.

—Es comprensible. ¿Y tu madre?

La puerta del despacho se abre y aparece mi hermano.

—Un segundo —le digo a Eros—. ¿Qué necesitas?

—Nada. Solo decirte que para la fiesta de los Malory podrías comentarle a mi mujer que te ayude a elegir el vestido. Sé que le hará ilusión ir de compras contigo.

—Lo haré encantada. Luego la llamo.

—Perfecto.

Mi hermano se va y cojo el móvil que he dejado en la mesa.

—Así que de fiesta... —me dice Eros dando por sentado que lo ha escuchado todo.

—Sí.

—¿Con don rosas?

—No, con mi hermano Gus. Mi padre solo tiene dos invitaciones y quiere que vayamos juntos. Por cierto, se llama Dorian, aunque seguro que lo sabes.

—Ya, bueno, pero yo lo llamo como quiero. Tengo ese don para los nombres.

—Ya veo. No me has respondido a lo de tu madre.

—No hay mucho que contar. Murió cuando yo era un bebé. —Siento una gran tristeza—. Hablo poco de ella, porque tampoco sé qué decir. Mi padre no la recuerda. Solo se acostaron una noche.

—Lo siento, Eros.

—No se puede cambiar el pasado. No quiero hablar de ese tema.

—Vale, como quieras. —Se queda callado y siento que ha llegado el momento de colgar—. Bueno, te dejo que tengo que seguir trabajando. No me pagan por estar de charla con los clientes.

—Sabes que sí te pagan por hablar con los clientes y más con los buenos como yo, ¿verdad? Pero te dejo que yo también tengo cosas que hacer. Cuídate.

—Tú también.

Cuelgo y miro el móvil apagado un rato pensando en la conversación hasta que decido seguir trabajando.



Eros me manda un mensaje de

whatsapp antes de acabar el día:

Eros:

Sé que te da igual lo que te diga, pero recuerda que la felicidad no se fuerza.

O lo eres o no.

Es así de simple.

Hay demasiadas cosas en la vida complicadas como para que compliquemos las sencillas.

Aunque no te lo creas, quiero que seas feliz.

Su mensaje me desconcierta y me hace recordar al chico del que me enamoré. Siempre sabía qué decir en cada momento.

Sé que tiene razón, pero también que no estoy forzando nada. Solo estoy dejando que las cosas fluyan y dando una oportunidad a tener algo con alguien sin cerrarme en banda. No siempre cuando miras a alguien sientes la magia recorrierte las venas. Algunas historias empiezan de forma lenta y pausada.



Capítulo 13

Valeria

Mayte, la mujer de mi hermano Gus, mira varios vestidos en la tienda que me ha recomendado una amiga.

—Este negro con la espalda al aire y solo cogido al cuello es espectacular —me dice.

—Es muy ajustado.

—Tienes tipazo y aprovéchate que luego te quedas embarazada, y tu cuerpo empieza a cambiar. ¿Has visto cómo me han crecido las tetas?

—Estás preciosa —respondo—. Me lo pruebo pero voy a mirar algunos más.

—Todos los que quieras. Me he traído provisiones —indica sacando de su bolso galletas saladas y chocolate.

—Buena mezcla —le señalo antes de coger varios vestidos y llevarlos al probador.

Me pruebo el que me ha dicho primero. Me queda genial y eso hace que el resto no estén a su altura. Al final no me queda más remedio que reconocer que es el mejor.

—Vale, lo acepto. El negro me queda muy bien.

—Te lo dije —afirma con la boca llena—. Ahora paga y me invitas a tomar algo por aquí cerca que tengo hambre.

No le digo nada de que no ha parado de comer en todo el rato.

Pago el vestido y quedo en recogerlo cuando me suban el bajo a medida.

Nos vamos a tomar algo donde ella elige.

Tras pedir en la barra, nos sentamos dentro aunque hace muy buen día para estar en la terraza. El problema es que están fumando mucho y mi cuñada embarazada no quiere tragarse el humo por disfrutar del airecito.

—¿Qué tal te va con Dorian?

—Bien. Hemos quedado para vernos tras el baile en su casa.

—Eso suena a noche loca de sexo desenfrenado.

—Puede ser —respondo.

—¿Te puedes creer que no tengo ganas de sexo? Me sabe mal por tu hermano, pero mis ganas de acostarme con él se han anulado. Lo quiero más que nunca, pero no siento la libido de antes.

—Supongo que será por todos los cambios que estás teniendo.

—Sí, eso me ha dicho mi madre.

—¿Hablas de sexo con tu madre?

—Claro, ¿acaso tú no? —me pregunta.

—Sí, bueno..., no le escondo lo que hago. Es que tu madre parece muy seria.

—Ya, pero es todo fachada. Es mi mejor amiga.

—Pues hazle caso. Ella ha tenido cinco hijos. Lo tiene que saber bien.

Mayte se ríe.

—Pues eso. A hacerle caso.

—Sí. Tengo muchas ganas de ver a mi bebé y me invade el miedo de todo lo que pueda pasar hasta entonces.

—Yo también estoy deseando verlo. Ya lo quiero y no lo conozco.

—Pues imagínate cuando nazca.

—Lo vamos a malcriar.

—Yo la primera, y Gus va de duro, pero es un blandito. En cuanto le pongo morritos, cede.

Me río porque sé que es verdad. De pequeña me aprovechaba de eso. Si te ve cara de pena cede porque no soporta ver a nadie triste.

La dejo en su casa antes de irme a la mía.

Me tiro sobre la cama cuando me doy una ducha y me pongo el pijama.

Cojo el móvil y veo un whatsapp de Eros:

¿Ahora quién no responde a quien?

Valeria:

No pensaba que te debía responder.

Eros:

Me conformaba con un Ok.

Valeria:

Ok.

Eros:

Y luego me acusas de frío.

Valeria:

¿Va todo bien, Eros?

Has pasado de mí durante días y ahora de repente sé de ti casi a cada hora.

Eros:

Las cosas cambian.

Bueno, te dejo descansar.

Nos vemos pronto.



Valeria:

Buenas noches, Eros.

Dejo el móvil sobre la cama entre nerviosa y emocionada. Un millar de sentimientos afloran en mí. Eros no me es tan indiferente como desearía.

Mi hermano me recoge en su coche para ir a la fiesta.

Al entrar en el automóvil me mira de manera reprobatoria. Llego cinco minutos tarde y odia la impuntualidad, por eso paso de él. Ya se le pasará.

Llegamos al lugar de la fiesta, un reservado en el restaurante del campo de golf que hay cerca de la ciudad.

Dejamos el vehículo al aparcacoches y vamos hacia la carpa donde nos han indicado que es la fiesta.

Entramos al lugar y me quito la capa que llevaba para resguardarme del frío con la ayuda de mi hermano.

Vamos a dejarla al ropero. Si por mí fuera, dejaría el bolso también. Siempre me pasa en las fiestas que me paso todo el rato pendiente del bolso de no perderlo y me es muy incómodo comer o beber con él en la mano. Porque la cena no es de estar sentados, sino se trata de un picoteo en mesas altas.

Es una fiesta para que la gente se relacione y hagan la pelota al que la ha organizado. Todos los años es igual.

Siempre vienen mis padres y luego nos cuentan cómo ha ido, por eso ya sabemos la dinámica de otros años.

—El vestido me queda tan ajustado que me da miedo comer y que reviente.

Mi hermano sonrío.

—Pues si crees que eso fuera a pasar, me lo dices para grabarlo en vídeo para que lo vean los papás.

—Ni de coña.

Nos presentamos a algunos invitados que mi padre nos ha dicho. Hemos visto sus fotos por internet.

Tras hablar con varios, me disculpo para ir a por algo de beber. Tengo la boca seca ahora mismo y necesito algo, además de comer aun a riesgo de que me explote el vestido.

Estoy esperando a que me sirvan una copa cuando noto que alguien acaricia el tatuaje de mis golondrinas que llevo en la parte izquierda de la espalda desde la paletilla hasta el hombro.

Noto como mi piel reacciona ante la caricia del extraño y me giro con la copa que me acaban de servir, dispuesta a tirársela en la cara si no se detiene.

Me quedo de piedra al ver que es Eros, que, al ver mis intenciones, me quita la copa y la deja sobre la barra.

—No me quiero mojar.

—No deberías haberme tocado sin mi permiso.

—No pude evitarlo. Lo siento. —Asiento—. Hola.

—Hola. Veo que has vuelto.

—Te dije que nos veríamos pronto.

—Ya, pero contigo nunca se sabe.

Sonríe de medio lado.

—Estás preciosa. Este vestido parece hecho a medida.

—No. Ha sido la suerte de encontrar uno que me quedara perfecto.

—¿Te has fijado que más de uno no puede parar de mirarte? Eres la estrella esta noche.

Eros me señala disimuladamente un par de ellos y me fijo que es cierto. Sus miradas son oscuras y se nota interés en ellas.

—No me había fijado. Estaba más pendiente de hablar con los clientes que nos ha encargado mi padre y poder comer algo.

—Llamas la atención por donde vayas, Valeria. Tal vez por eso deberías no conformarte con nada que no te apasione en la vida.

—Si lo dices por Dorian, te gustará saber que he quedado con él tras el baile para ir un paso más allá en nuestra relación. Así que disfruta de la fiesta sin pensar tanto en mí.

Noto en la mirada de Eros un cambio. Es imposible pero por un segundo me ha parecido ver dolor en ella antes de sonreír y asentir.

Eros se disculpa y se va hacia un hombre que lo está llamando para que se acerque.

Lo veo irse. No puedo dejar de mirarlo, de admirar como anda, de sentir que desde que se ha alejado es como si el frío se hubiera posado en mí de golpe.

—¿Todo bien? —me pregunta mi hermano.

—No. Todo es una mierda.

—Porque te sigue gustando.

—No debería gustarme ni un poco.

—¿Por qué? No tiene la culpa de lo que pasó.

—Pero no me gusta cómo es ahora.

—Pues date tiempo para olvidarlo, pero no lo harás si luchas contra lo evidente.

—¿Y qué es?

—Que tal como miras a Eros, nunca has mirado a otro.

—Es un asco que tengas razón. He intentado avanzar. Dejar de cuestionar tantas cosas para empezar algo con alguien.

—Creo que en verdad no es que lo cuestionaras todo antes, es que no habías encontrado lo que sentías por Eros en otra persona. Cuando conoces lo que es el amor, es complicado conformarse con menos. Te lo digo por experiencia.

Él y Mayte se conocieron en el instituto, se enamoraron y empezaron a salir hasta que mi hermano se fue a trabajar fuera para aprender. Al final la distancia se hizo pesada entre los dos, y decidieron dejarlo.

Al volver, años más tarde, mi hermano buscaba mil excusas para verla, para estar con ella, hasta que le confesó que, aunque lo había intentado, no había podido olvidarla. A ella le pasó lo mismo.

—Tengo algo que hacer. No puedo engañarme más.

Mi hermano asiente y me marcho hacia el jardín para llamar a Dorian.

—Hola, preciosa —me dice nada más descolgar.

—Eres tan perfecto, tan bueno, tan maravilloso... que quería de verdad sentirlo todo por ti.

Se hace un silencio y me doy cuenta tarde de que he ido muy a saco.

—Entiendo —dice—. Siempre podemos ser amigos.

—Sí... pero de verdad, me hubiera encantado poder ser otra cosa.

—El amor no se fuerza, Valeria. Yo no estoy enamorado de ti, aunque me gustas mucho. Mejor

dejarlo ahora en este punto que cuando sí lo esté. Tampoco sería eso justo para mí.

—No.

—Gracias por ser sincera.

—A ti por todo. No quiero perderte como amigo. Solo dame tiempo.

—No me vas a perder. Pásalo bien en la fiesta.

—Gracias.

Cuelgo y regreso a la fiesta al lado de mi hermano. Mentiría si no dijera que no paro de buscar con la mirada a Eros sin querer. Su magnetismo me atrae.

Pillo alguna que otra vez a Eros observándome también, pero enseguida aparta la mirada.

Tras el primer baile con mi hermano, le digo que me marchó a casa. Ya sabe que he hablado con Dorian y que lo he dejado, sin saber qué hubiera pasado de seguir intentando algo que a primera vista no produce fuegos artificiales.

—Si quieres, te llevo —me indica.

—No, tienes que seguir hablando con unos cuantos.

—Cierto, y no te voy a pedir que te quedes. Sé que necesitas estar sola.

Asiento, le doy un abrazo y me marchó a por mi capa. Dudo si despedirme o no de Eros, pero como no lo veo de camino a la puerta, para buscar un taxi, no quiero buscarlo adrede.

Estoy esperando un taxi cuando un coche sale del garaje.

Se detiene ante mí y reconozco el vehículo negro de Eros.

—¿Te puedo llevar?

Miro alrededor para ver si veo algún taxi, pero no hay ninguno. Podría llamar y pedir uno, cosa que por alguna razón aún no había hecho.

Miro a Eros, que se ha quitado la pajarita y se ha desabrochado los primeros botones de la camisa y asiento porque me apetece estar a su lado. Negarlo es engañarme un poco más.

—¿Adónde te llevo?

—A mi casa.

Mueve la cabeza de manera afirmativa y conduce.

Lo miro de reojo, y me percato de que parece muy tenso, como si liberara una batalla interior que no comprendo.

Al detenerse delante de mi casa, me mira y siento que quiere decir algo.

—Buenas noches, Eros. Gracias por traerme.

—De nada —dice casi sin mirarme.

Salgo de su coche y voy hacia mi portal.

Estoy a punto de abrir la puerta, cuando escucho la puerta de un coche cerrarse como con rabia, lo que me sobresalta.

Alzo las llaves y se caen al suelo cuando alguien me coge por detrás, para girarme con ímpetu.

Lo siguiente que siento son los labios de Eros sobre los míos antes de que pueda ser capaz de verlo.

No necesito verlo para saber que es él. Mi cuerpo solo responde así por su persona.

Me quedo quieta y abro los ojos un segundo antes de cerrarlos para dejarme llevar.

No puedo negar más que llevo diez años buscando lo que siento, cuando es él quien me besa, y ahora que esto se repite entre sus brazos, no puedo hacer más que dejarme llevar para saborear un segundo lo que es besar a quien se amó.



Capítulo 14

Eros

Llevo días inventando excusas para hablar con ella, para saber si estaba bien. Al final, saber que iba a ir a esta fiesta, a la que yo también había sido invitado, fue la excusa para regresar.

Verla ahí plantada tan guapa, sexi y hermosa, y saber que estaba así para otro ha sido una tortura.

Quiero que sea feliz pero ¿y si fuera cierto que no corro peligro? ¿Que todo acabó? ¿Que estar aquí y sufrir ese accidente, solo fue una casualidad?

Ha sido verla salir del coche y saber que iba a estar con él, que las ganas de retenerla fueron más fuertes que mis excusas para dejarla ir.

¿Y ahora qué?

Ahora solo quiero un beso más. Por un momento solo quiero estar con la mujer que se perdió en mi recuerdo para aparecer cuando estaba a punto de morir y tu mente recuerda lo más bello de tu vida.

Y es, y siempre será, ella.

Valeria

Eros cierra la puerta de mi casa y mira la estancia en busca de algo o de alguien, y recuerdo dónde esperaba acabar la noche.

—No está. No va a venir. Ha acabado todo —le anuncio.

Su mirada se suaviza.

—Esto es un error.

—Totalmente —respondo.

Eros se quita la chaqueta y yo me quito la capa, dejándola caer.

—Puedo irme.

—No quiero que te vayas.

—No sé qué futuro nos espera.

—Tal vez solo sea una noche de despedida. Esa que no tuvimos.

Eros coge mi cara entre sus manos.

Cierro los ojos por las emociones. El pasado y el presente parecen unidos por un lazo tan fuerte como es lo que siento por él.

—Es posible que cuanto más me conozcas, más lejos estés de mí. No soy ese chico —me dice.

—Lo sé.

—Hay cosas que hablar.

—Muchas.

—Si no llego a tener ese accidente, sé que nada me hubiera impedido acudir a nuestra cita.

Los ojos se me llenan de lágrimas, que son tan rápidas, que no puedo retener antes de que caigan por mis mejillas.

—Nos debemos esta noche —digo creyendo de verdad que mañana podré dejarlo ir, seguir

con mi vida.

Eros sonrío antes de besarme de nuevo.

Quiero convencerme de que es una despedida, pero me cuesta no besarlo sintiendo que esto es un nuevo comienzo.

Noto las manos de Eros vagar por mi espalda, acariciando cada centímetro desnudo de mi piel, tentándolo...

Poso mis manos en su pecho y me alzo para adentrar mi lengua en su boca. Cuando Eros me devuelve el gesto y su boca me devora.

Bajo mis manos por su cuello y tiro de los botones de su camisa blanca cuando no soy capaz de atinar para quitárselos.

Eros se ríe cuando me enfado con ellos y se aparta para quitársela.

—Cualquiera diría que tienes prisa. Tenemos toda la noche.

—El segundo será más lento.

—¿Esperas un segundo asalto? —Me quedo un poco cortada hasta que se desabrocha la camisa del todo y se la quita antes de venir hacia mí con una mirada lobuna—. Yo también lo espero.

Nos volvemos a besar y lleva sus manos al cierre de mi vestido en el cuello. Este cae enseguida sobre mis pechos desnudos.

—Tú lo tenías más fácil.

—Es la suerte que he tenido.

Eros me mira de forma ardiente. Sus ojos recorren cada parte desnuda de mi cuerpo, así como mis piernas adornadas por unas medias atadas al muslo.

Acerca sus manos a mi cuerpo y me acaricia con los nudillos.

Noto como mi piel se eriza, como la respiración se me acelera y como el deseo aumenta hasta un punto que todo lo demás se evade y me siento como en una neblina.

Es como si hiciera magia.

Me coge en brazos.

Enredo mis piernas alrededor de su cintura, al mismo tiempo que nuestras bocas se enredan de nuevo en besos más feroces y fogosos que nunca. Como si, al ser conscientes de la realidad, nos hiciera valorar más cada segundo sabiendo que esto tiene fecha de caducidad.

Me deja sobre la cama y se separa un poco para quitarse el resto de la ropa antes de hacer lo mismo conmigo.

Su cuerpo ha cambiado en estos años. Es más fornido, más moreno y el brazo tiene más tatuajes que llegan hasta el hombro.

Mi ropa desaparece ante sus hábiles manos y es por eso que cuando nuestros cuerpos se juntan de nuevo, no hay nada que los separe.

Su piel reconoce mi piel...

Mi cuerpo vibra como nunca por tenerlo así, entre mis brazos.

Nos besamos con un hambre voraz.

Mis manos y las suyas se mueven sin descanso sobre la piel del otro.

Quiero ir lenta, disfrutar de cada instante, pero tengo las emociones tan a flor de piel que dudo que pueda aguantar mucho con este tormento tan adictivo.

Eros lo nota porque se aleja para buscar un condón.

Se lo pone y regresa a la cama.

Me besa y nos mueve de forma que yo quede sobre él.

—Para que luego no me acuses de hacer solo el misionero. —Me río—. Soy todo tuyo. Toma

el control, preciosa.

No puedo negar que tener el control sobre este hombre, me excita mucho más de lo que ya estoy.

Me alzo para introducir su miembro dentro de mí.

Cuando caigo sobre él y lo noto por entero dentro de mi cavidad, me tomo un segundo para respirar y poder sobrellevar esta sensación tan intensa.

Apoyo mis manos en su duro torso.

Él pone las suyas, grandes y morenas, en mi cintura.

Juntos nos movemos y noto como entra y sale de mi cuerpo.

Quiero ir lenta, pero al final la pasión domina mis movimientos.

Cada vez que lo noto entrar por entero en mí, me siento morir de placer.

Eros lleva sus manos a mis pechos y los acaricia de forma preciosa haciendo que aumente el placer en mi sexo.

El orgasmo llega antes que mis ganas de acabar con este tormento.

Estallo en cientos de pedazos arrancando a Eros el suyo.

Al acabar me tiro sobre su pecho y me abraza con fuerza.

Una vez más, el pasado y el presente se dan la mano porque lo que siento, y el gesto, me recuerda mucho a lo vivido hace diez años. Es como si el tiempo no hubiera transcurrido.

Eros se separa un segundo para ir al servicio y cuando regresa a la cama nos tapa antes de abrazarme. Me besa en el cuello donde está mi última golondrina. El gesto me altera porque es lo que hizo las otras dos veces que yacimos juntos.

Me acurruco entre sus brazos pensando si tal vez su mente no empieza a recordar.

Ojalá, porque que no lo haga, me hace sentir que lo vivido no fue tan real como yo creía.

Eros

Valeria está dormida entre mis brazos. Yo no puedo dormir. No dejo de pensar en ella, en nosotros y en la cantidad de secretos que nos separan.

Sé que cuando le cuente la verdad de que sí la recordaba se alejará.

Yo sé que he decidido creer que en realidad ya no corro peligro, pero tengo claro que la verdad en vez de libre, me hará pagar la condena de mis decisiones; y este precio será perderla.

La abrazo con fuerza sabiendo que cuando estaba con otras, en verdad era a ella a quien buscaba sin recordarlo. Tal vez por eso, cuando el amanecer se cuele por su ventana, se despierta. Al mirarme a los ojos, feliz porque siga a su lado, la beso y le hago el amor por miedo a lo que pasará cuando le cuente la verdad.

Valeria

Termino de preparar el desayuno y lo llevo al balcón.

Me he dado una ducha mientras Eros dormía tras nuestro encuentro al amanecer.

Mi piel sigue vibrando por sus atenciones.

Entro en la casa y veo a Eros salir solo con la toalla anudada en la cintura. Es imposible desearlo de nuevo, pero así es.

Me fijo entonces en su espalda desnuda y mi vista va hacia las golondrinas que tiene tatuadas en el brazo, donde tiene tantos tatuajes en la espalda sobre la paletilla. Voy hacia ellas y las toco sin entender muy bien por qué están aquí si no me recordaba.

—¿Te gustan las golondrinas? —le pregunto necesitando una explicación lógica.

—Es un tatuaje común —me responde.

—Has visto mi único tatuaje. No es tan común.

—Vamos a desayunar primero.

Me recorre un escalofrío por su tono de voz, sabiendo que lo que me va a decir, no me va a gustar.

Eros se va a cambiar. Se pone el pantalón y la camisa abierta.

Lo veo vestirse, queriendo creer que es un tatuaje común, una coincidencia. Nada más. Él no me recuerda.

Entonces mi mente recuerda el beso que me dio, como el de hace diez años y no paro de dar vueltas a todo.

—¿No vas a comer? —me pregunta al ver que no toco mi café.

—No puedo. Siento que algo va mal.

—No va mal. Es solo que no te he sido sincero.

En ese instante es como si un jarro de agua me cayera de la cabeza a los pies.

—¿En qué no me has sido sincero exactamente?

Eros me mira a los ojos y estoy tan nerviosa que no sé identificar sus emociones en ellos.

—En que sí recuerdo lo que pasó hace diez años. Te recuerdo a ti. Nos recuerdo a nosotros.



Capítulo 15

Valeria

Intento procesar sus palabras al mismo tiempo que recuerdo cómo me trató cuando me vio.

Eros intenta tocarme y lo aparto de un manotazo.

—¿Me estás diciendo que me has engañado todo este tiempo porque te ha dado la gana?

—No es porque me haya dado la gana... No exactamente.

—Vamos, soy toda oídos. Estoy deseando escuchar tu excusa para hacerme sentir idiota.

—Lo de hace diez años no fue un accidente. Alguien vino derecho hacia mí. Se chocó conmigo adrede. Después se dio a la fuga. Me estaba esperando en un cruce y, cuando me divisó, salió para investirme con su pequeño camión.

Me recorre un escalofrío por lo que me cuenta.

—¿Y dieron con él?

—No, pero no han cesado de buscarlo. Mi padre contrató a los mejores detectives para dar con él y estaban cerca. Por eso actuó sin pensar hace dos meses.

Se queda callado.

—¿Eros?

—Hace más de tres meses hizo lo mismo. Me esperó al volver a mi casa y me embistió. Esta vez no pudo huir porque mi mejor amigo me vigilaba muy de cerca. Tras parar su vehículo para que su compañero bajara y se hiciera cargo de mí, salió en su busca. Mi amigo es detective de policía, uno de los mejores. Lo detuvo y al registrar su casa, encontraron todo lo que lo incriminaba en los dos accidentes. Era el hijo de un empresario que perdió todos sus negocios, cuando las empresas de mi padre se hicieron más fuertes. Quería destruirnos. En ese accidente me golpeé con el airbag y perdí el conocimiento, por suerte mi coche era más seguro que el de la primera vez y todo quedó en un susto.

Lo miro y siento terror por lo que le pasó, pero saber que vino a mí con mentiras, ahora mismo me enfada.

—Me alegro que lo pillaran, pero sigo sin entender por qué esto hace que me mereciera ser engañada.

Hablo casi sin voz porque de imaginar a Eros en ese estado estoy temblando. Saber que alguien quiso matarlo, ha hecho que sienta un frío aterrador corriendo por mi cuerpo, y por eso me centro en lo otro, para no hundirme.

—Antes de perder el conocimiento tras el accidente, te recordé... —Siento que se calla algo—. Me curé y me dijeron que todo había acabado, pero tras tantos años sintiendo que alguien iba tras de mí, no conseguí dejar de sentir esa soga en el cuello. Y luego estabas tú... Te había recordado y quería buscarte. La idea de hacerlo sin más, no entraba en mi cabeza tras diez años sin saber de mí y sabiendo que debías estar enfadada por dejarte plantada. Por eso busqué algo en lo que tu familia pudiera trabajar y se me ocurrió comprar el centro vacacional, para reformarlo y venderlo. —Una vez más percibo que se calla algo y tal vez por eso mi enfado aumenta porque noto que me cuenta lo que quiere, como ha hecho desde que vino—. No entra en mis planes trabajar allí.

—¿Y tantas molestias solo para verme? —pregunto con ironía, ya que algo me oculta. Lo siento.

O tal vez es que ya no confío en él.

Me doy cuenta de que es eso. Hace diez años creía ciegamente en él, pero ahora no. Ya no soy esa chica. No soy capaz de saltar sin más.

—Sí, y por si seguía corriendo peligro y por si tú no eras como recordaba. Preferí no decirte la verdad. Por eso cuando te interesaste por Dorian, pensé que él no tenía tantos secretos y era mejor que yo. Me fui porque quería ser bueno y hacerme a un lado. Me he acercado porque no puedo estar al margen de tu vida.

—No confío en ti —digo con tristeza—. Me has contado todo esto y estoy temblando porque alguien haya tratado de matarte, pero aun así, te miro y siento que hay más y que no puedo ser la chica que era hace diez años a la que no le importaba nada mientras estuvieras a mi lado. En este tiempo he cambiado. Ahora lo quiero todo en la vida o nada. Sin confianza no queda nada.

—Lo sé —afirma—. Y sí, he callado cosas. No te voy a mentir. Tal vez porque nunca las he hablado con nadie. Y sí, sigo temiendo que alguien me mate, por eso sé que te alejarás de mí, y hasta lo celebro, para que toda mi mierda no te salpique.

—O porque no te importo más allá de un recuerdo bonito y una noche de sexo. Cuando se quiere a alguien se está ahí en los buenos y malos momentos. Si inventas excusas para no hacer algo, es porque tal vez no te importaba tanto como querías y tenías que buscar algo que justificara que no puedes serlo todo.

—Puede ser. No lo sé.

—Quiero que te vayas, Eros.

—Lo sé. —Se levanta y empieza a irse hacia la casa—. El tatuaje de la pareja de golondrinas, me lo hice por ti. Por nuestro recuerdo.

No lo miro porque no quiero que me vea llorar. Por eso me quedo mirando hacia la calle con las lágrimas corriendo por mis mejillas y tratando de fingir que con cada paso que da lejos de mí, no me rompo en cientos de pedazos.

Hoy me pregunto cómo es posible que un corazón roto se rompa más. Tal vez lo haga hasta que solo sea polvo y no quede nada de lo que fue.

Eros

Llego a la casa destrozado. Sé que había buscado mil excusas para no estar a su lado, pero al final me arrepentí de todas ellas cuando la tuve entre mis brazos y supe que el pasado no se puede cambiar por mucho que te arrepientas.

Somos esclavos de las decisiones que tomamos.

Cuando tuve el primer accidente y me desperté, me agobié mucho al no recordar nada. Mi familia me dijo que, tras una discusión fuerte con mi padre, cogí mis cosas y me fui de casa. No me explicaron de qué discutimos, y no le di importancia. Había regresado para decirles que estaba bien, que había cambiado y que quería hacer cambios en mi vida. No supieron a qué cambios me refería. Se lo iba a contar todo a mi vuelta. Iba a volver con Valeria.

Pero entonces el accidente lo complicó todo.

Me esforcé por recordar a qué me refería, ya que sentía que había olvidado algo muy importante.

Esto me creó mucha ansiedad y mi padre me llevó a los mejores psicólogos. Le ponía tan nervioso cada visita que tenía con ellos que al final les dije que no me importaba no recordar. Lo siguiente fue descubrir que mi padre no me perdía de vista, al menos que notara que era el mismo.

Cuánto más capullo era, más libertad me dejaba.

En soledad no podía engañar a nadie y a mi amigo Hector tampoco.

Me centré en el trabajo de mi padre y me hice el mejor. He estudiado para ello y tengo mejor cabeza para los negocios que mi progenitor.

Ver la admiración en los ojos de mi padre ha sido mi aliciente.

Salir de fiesta mi olvido, y estar con mujeres mi intento desesperado de llenar ese vacío que sentía en el pecho.

No fue hasta hace más de tres meses, en mi último accidente de coche, cuando descubrí que, durante estos diez años, la he buscado a ella sin saberlo, a Valeria. De golpe, me vinieron a la mente todos nuestros recuerdos juntos mientras me recuperaba.

Valeria sí me lo había contado todo de ella. Sabía dónde trabajaba su padre y nada más recordarla, empecé a buscarla. Primero en el hospital donde me hicieron cientos de pruebas por recomendación de mi madrastra. Por suerte, esta vez mi coche era mucho mejor y más seguro, y el accidente solo me dio un buen susto cuando el airbag me dejó sin sentido.

Tras salir del hospital lo preparé todo. Quería regresar al lado de Valeria, saber de ella, aun siendo consciente de que no era el mismo y de que me había convertido en un capullo, en alguien que seguía temiendo a su sombra.

Todavía sigo sintiendo que alguien me observa entre las sombras. Me pregunto si alguna vez podré dejar de tener ese miedo.

Tal vez Valeria tiene razón y solo busco excusas porque me aterra que me conozca, que descubra que tal como soy ahora, haga que me odie.

Me paso el día perdido en mis recuerdos hasta que suena mi móvil y veo que se trata de Hector. Si alguien me preguntara qué somos, le diría que amigos, pero si me preguntara qué es para mí, le diría que es como un hermano.

—Hola, no sé nada de ti desde que te fuiste —me dice al descolgar.

—Y no puedes vivir sin mí.

—Claro que puedo, pero tu vida es una telenovela y quiero saber si dejaste que ella se fuera con él. Estaba preciosa con ese vestido.

—¿La has visto?

—Han subido fotos de la fiesta, y soy cotilla. Quise veros.

—Y ver si estábamos juntos y no la había dejado irse con él... Como si no te conociera. —Se ríe—. No la dejé irse con él. Hemos pasado la noche juntos.

—Tu voz no parece de alguien muy feliz.

—Le he contado la verdad.

—¿Todo?

—No.

—Me extrañaba.

—Ya me tiene por un idiota que ha jugado con sus sentimientos. Si le cuento el resto, lo mismo me toma por loco.

—No lo creo, pero tu historia tiene poco de verídico y mira que yo no paro de investigar tus corazonadas. ¿Has dado con la caja?

—No, pero siguen levantando el suelo. Es cuestión de tiempo que den con ella.

—Eso seguro. Entre las tuberías y tus exigencias para levantar todo el suelo, darán con ello.

—Ya saben que todo lo que encuentren me lo tienen que hacer llegar.

—Genial. Por cierto, llego en media hora. No puedo ayudarte a investigar estando lejos. Me he pedido una excedencia y visto que estás jodido por amor, llego en el mejor momento.

—Genial. Te preparo un cuarto...

—Ya he reservado habitación en un hotel —me corta—. Por si te arreglas con ella y me toca ser el aguanta velas. Pero mientras tanto, estaré en tu casa todo el tiempo que me soportes.

Cuelgo y quedamos en que viene para mi casa ahora.

En verdad lo necesito. No quiero estar solo con mis recuerdos, con todos y cada uno de mis errores.

—El lugar está patas arriba —me dice Hector el lunes al entrar al complejo.

Nos han dado un par de cascos los obreros en la entrada y le enseño el sitio al completo.

—Quedará bien y sacaré mucho dinero por él.

—Y todo esto por una corazonada.

—Si no lo vendo, me tocará aprender sobre hostelería para capear el temporal y no generar más gastos a mi padre. Hasta ahora todo sale de mis ahorros.

Llevo trabajando desde bien joven y mi sueldo lo he invertido, asesorado por los mejores. Mi capital se fue duplicando y triplicando con los años. Cuando le dije a mi padre lo que quería hacer, puso el grito en el cielo pero se calmó cuando le informé que solo era una inversión para conseguir duplicar mi patrimonio. Si queda bien, me saldrá bien la jugada; si no, es una locura enorme y todo por una corazonada.

Cuando me acordé de Valeria también recordé lo que me trajo a este lugar.

—Tu chica —dice Hector desde la mesa de cafés donde nos estamos tomando uno.

No hace falta que me diga que se trata de Valeria. Ella siempre ha sido y será mi única chica.

Me giro y la veo venir con esos pasos firmes y seguros. Solo cuando nuestras miradas se cruzan, compruebo que no está tan tranquila como quiere aparentar, que sigue dolida por mis mentiras. Ahora que lo pienso, no sé bien si la alejé por este miedo que siento a que me pase algo o porque me asusta todo lo que siento por ella.

No puedo evitar arrepentirme al ver lo lejos que estamos aun estando tan cerca.

—Hola, buenos días —saluda mirando a Hector—. Necesito que firmes unas cosas —me dice sin mirarme.

—Ahora mismo.

—Hola, soy Hector. Amigo de Eros —se presenta.

—Yo soy Valeria, la jefa de diseño de este complejo hotelero —indica dejando claro que no es nada mío.

—Sé quién eres. Eros me ha hablado de ti.

—Ah... ¿Sí? Y eso que no me recordaba.

—Bueno, desde hace poco más de tres meses, sí —le informa.

—Sí, un detalle que se olvidó comunicarme porque prefirió hacerme pasar por tonta. Pero mejor, así cada uno por su lado.

—Estoy delante —comento y le cojo la carpeta molesto por su forma fría de hablar de mí—. ¿Qué tengo que firmar?

—Te he puesto una x donde es necesaria tu firma. Te lo dejo para que lo leas por si acaso me vengo de ti y te engaño con los contratos. No quiero que luego me acuses de nada.

—Claro.

—Aunque el mentiroso eres tú.

Se marcha tras decirle adiós a Hector y este me mira divertido.

—Lo tienes muy jodido con ella.

—¿Puedes decir algo que no sepa? —Se ríe por mi cabreo—. Nos marchamos a mi casa para leer y firmar todo esto.

—Dale tiempo.

—¿Más? Lleva diez años odiándome y ahora que he vuelto, al no ir con la verdad por delante, ha hecho que lo poco que avancé con ella, se estropeará y el odio regresará.

—Bueno, ya sabes que te dije que le contarás la verdad.

—Lo sé. Te encanta recordármelo cuando tienes razón.

—No lo sabes tú bien —me dice alegre porque no le hice caso.

—A veces no sé cómo te soporto.

—Porque soy tu único amigo.

No le respondo y nos marchamos hacia mi coche. Antes de irnos, Valeria sale del complejo y me mira. Saber que soy el causante de su pesar, me destroza y me hace darme cuenta de que me equivoqué con ella.

Al final si no me acerqué, es solo porque preferí buscar excusas, en vez de aceptar que quizás me había dejado de querer.



Capítulo 16

Valeria

Junio llega y, aunque llevo un mes evitando a Eros, al final no puedo seguir haciéndolo por más tiempo. Mi padre ha convocado una reunión con él y quiere que asistamos todos, y más ahora que Cole ha regresado y nos va a ayudar con el resto del proyecto.

Tocan a la puerta, alzo la vista y lo veo pasar a mi despacho. Sigue con las gafas puestas, lo que me impide ver sus ojos verdes. Se las quita y las deja sobre su pelo rubio.

—No tienes buena cara, hermanita.

—Eso es porque tiene que ver a Eros tras llevar un mes evitándolo —le informa Gus entrando al despacho.

—¡Qué bien! Mis tres hijos juntos —dice mi padre que ha venido a sumarse a esta improvisada reunión.

—Anoche cuando regresó Cole, ya nos tuviste juntos —le indico a mi padre—. Y tú ya viste mi cara —le replico a Cole.

—Anoche recibí demasiada información y Gus no me había puesto al día.

Gus se ríe.

—Me invitó a desayunar —se defiende Gus.

—Estoy bien, pero si no tuviera que verlo, mejor.

—Si no quieres verlo, es porque te sigue importando —apunta mi padre—. Y por si lo has olvidado, los problemas se afrontan de cara.

—Lo sé —digo entre dientes—. Por eso voy a ir, pero no pienso ponerle buena cara. Sigo enfadada con él por ocultarme ese detalle.

—Bueno..., para el chico tampoco fue fácil cuando te recordó. Había pasado mucho tiempo. Llevaba años temiendo que quien fue a por él, regresara para rematar la faena —le excusa mi padre.

—No lo defiendas —respondo.

—Solo digo que todo en esta vida no es blanco y negro, y que es fácil decir cómo hubieras actuado de saber las cosas. Ahora todos a la sala de reuniones —nos ordena mi padre.

Me hago la remolona hasta que Cole tira de mí y me lleva casi a rastras. Antes de llegar, huelo el perfume de Eros y mi mente evoca lo feliz que fui entre sus brazos sin saber que me había engañado. Creí que era más madura y una vez más me dejé llevar por ese cosquilleo que siento a su lado, por todas esas emociones que me hacen sentir tan viva.

Tomo aire y entro a la sala.

Lo miro de reojo.

Eros está cerca de la ventana. Me está mirando sin cortarse un pelo y en sus ojos observo tristeza.

Va tan elegante y atractivo como siempre con ese pantalón azul marino, la americana en tonos crudos y una camisa blanca. Se me seca la boca solo de verlo y mis ganas de correr a su lado son tan grandes como mi deseo de alejarme de él.

Voy al lado de mis hermanos y me pongo entre ellos.

Eros se pone al otro lado y espera a que lleguen todas las personas invitadas a esta reunión.

Trato de prestar atención, pero no puedo evitar buscarlo con la mirada cuando espero que no se dé cuenta.

No tengo esa suerte. Me pilla todas las veces como si un hilo invisible tirara entre los dos.

Miro al frente lo que queda de reunión y lo hago recordando momentos de nuestro pasado, como si viera una película de mi vida ante mí y no pudiera detener las imágenes.

Nuestro primer beso llegó una noche plagada de estrellas. Cogió mi cara entre sus manos y me besó tras una dulce sonrisa por la que yo lo hubiera dado todo.

Y lo di.

Mi familia me decía que tuviera cuidado porque parecía buen chico, pero nadie es nada sin su pasado, sin su identidad.

A mí me daba todo igual. Lo creía con los ojos cerrados.

Me regaló el mejor verano de mi vida. Cada instante a su lado fue un tesoro que me sabía amargo, pero que ahora, sabiendo la verdad, no puedo evitar revivirlo como esa chica enamorada.

Lo amé con la creencia de que el amor era para toda la vida, y ahora pienso que tal vez se ame para siempre, pero no al lado de esa persona que amas.

La reunión acaba y recojo mis cosas para ser de los primeros en marcharme. Cuando llego a mi despacho, sin encontrarme con Eros y sin volverlo a ver, respiro aliviada hasta que la puerta, que acabo de cerrar, se abre y aparece ocupando este espacio que de golpe se me antoja tan pequeño.

—Tenemos que hablar —me dice—. No puedes seguir evitándome.

—No te des tanta importancia. No te evito. —Me pongo tras la mesa de mi escritorio.

—Te debo una conversación, la que no pude tener. Esta noche te espero donde me esperaste aquel día. Es hora de que te cuente todo lo que quieras saber de mí. Sin ocultarte nada.

Se marcha sin decirme la hora, sin saber si iré, como si no le importara pasarse toda la noche esperándome. He visto decisión en su mirada y siento que sería capaz de hacerlo.

Aún no tengo claro si iré, si estoy preparada para escucharlo y saber qué queda de mí después.

—Entonces, Eros te espera al caer la noche y tú has decidido llamarme para tomar unas cañas —dice Lena.

—Sí. Bueno... es mientras decido qué quiero hacer.

—Las dos sabemos que irás a verle aunque te estés haciendo la dura.

Doy un trago a mi cerveza y picoteo algo distraída.

—¿Algo interesante en tu vida? —le pregunto.

—Si te cuento que me pasó, flipas —me dice.

—Ponme al día y así me distraigo.

—Me bajé una aplicación de esas de ligoteo, aunque todos sabemos que son para follar cuando te pican. —Agrandando los ojos y el hombre de al lado casi se atraganta—. Tranquilo. Soy enfermera y le puedo hacer los primeros auxilios.

—Todo bien —dice el hombre rojo, pero ya está mejor.

—Bueno —continúa Lena más flojo—. A veces se me olvida que no estoy sola hablando. —Yo ya la conozco y sé, que todo lo que tiene de buena, lo tiene de bruta—. El caso es que puse una foto falsa, porque no pensaba tomármelo en serio. En verdad no quería quedar con nadie, pero entonces le di por error a una foto que me gustaba, y antes de que pudiera borrarla, él me dio me

gusta también... Entonces te conectan o algo así. Empezamos a hablar y parecía majo. No me pidió para quedar, ni para tener sexo, lo que me relajó. Nos tiramos toda la noche hablando y me invitó a un café a la mañana siguiente. Acepté, fui y...

—¿Y?

—Era el amigo de Eros. Hector.

Agrando los ojos.

—¿También tenía foto falsa?

—Solo se veía su brazo musculado en la suya. En la mía había puesto una de mi prima, que me dio permiso. Ya sabes..., la que es un poco creída. No quiere usar este tipo de aplicaciones, pero sí quiere saber si tendría muchos corazones de hacerlo. Como lleva gafas de sol, no se le ven los ojos, pero sí el cuerpazo que tiene.

—Sé cómo es tu prima de creída, pero sigo en el punto que has dicho que era Hector. ¿Tú cómo sabes quién es Hector?

—Ah, no te conté que me encontré con Eros y Hector hace unas dos semanas y me presentó a su amigo.

—Eso lo explica todo. ¿Y por qué no te acercaste?

—Porque me parecía buen tío y yo le había mentido. No soy la tía buena de la foto. Mis dos tetas caben en una copa de mi prima. Me quité de la aplicación y no me despedí. No esperaba que fuera él. En verdad no sé qué esperaba cuando fui a la cafetería, tal vez que fuera alguien que se mereciera mi pequeña mentira. No sé. Mejor dejarlo estar.

—Como quieras...

—A ver si te vas con Eros, lo arreglas y quedamos los cuatro para una salida.

—No sé qué pasará.

—¿Qué es lo que te inquieta?

—Que se acostara conmigo sin contarme la verdad. No confío en él. He pasado de confiar ciegamente en él, a no confiar nada. Hace que lo mire y vea a un extraño.

—Cuando se pierde la confianza en alguien, cuesta mucho recuperarla.

—Sí. También me siento tonta por lo que ocurrió hace años. No ser de otra forma y exigirle saber más. Me miro y me veo tonta por creer tan ciegamente en él.

—No es lo mismo el amor con dieciséis años que con veintiséis. A los dieciséis te piensas que el amor es para toda la vida, ahora dudas hasta de que exista.

—Sí.

—¿Qué sientes cuando lo miras?

—Me siento dividida por la razón y el corazón. A mi corazón le importa una mierda que haya cambiado y no sepa cómo es, solo piensa en estar cerca de él.

—Eso es porque, pese a todo lo que pasó, no lo olvidaste. Por eso nunca te ha gustado nadie más que Eros.

—Hablando de eso. ¿Cómo está Dorian?

—Muy bien, hablamos y me pregunta por ti, por cómo vas con Eros y siempre le digo que fatal. Es un buen tío.

—Sí, tiene todo lo que yo quisiera amar en una persona. Lástima que no sea cuestión de lo que quieres, sino de lo que sientes.

—Es una mierda, sí. Ahora mueve tu culo y vete a ver a Eros o se va a congelar. Parece que hasta va a llover esta noche.

—No, aún no. Mejor pedimos otra ronda.

—¿Haces esto para castigarlo o porque te da miedo lo que te vaya a decir?

—Creo que ambas cosas.

Mi amiga se ríe y va a por otra ronda.

Miro mi móvil y no veo mensajes de Eros. En verdad me pregunto si será capaz de esperarme el tiempo que haga falta.



Capítulo 17

Eros

Miro el mar que está cada vez más picado por la tormenta que se avecina. Veo y escucho un trueno en la distancia, y al poco siento la lluvia caer sobre mí.

Algunos al verme pensarán que estoy loco, aquí quieto, mojándome. Otros, si supieran mi historia, pensarían que es mi penitencia por lo que le oculté.

Yo solo sé que la espero a ella y que siento que vendrá. Lo que no sé es el cuándo.

Noto como me empiezo a empapar la ropa y llega un momento que pienso que ella no vendrá hasta que la escucho gritarme.

No puedo negar que respiro aliviado al verla acercarse, sabiendo que ha venido al fin para tener la conversación que nos faltó.

Valeria

—¿¿Acaso estás loco?! ¿Te estás calando!

La veo acercarse con esa lluvia y llegar a mi lado empapada.

—Tú no estás mucho mejor que yo.

—Por tu culpa. Te he llamado al móvil.

—No lo llevo encima. ¿Quieres escucharme?

—Sí, claro. A eso he venido, pero no aquí.

—Vamos a mi casa. Pasamos por tu casa y te cambias primero si quieres.

—O nos quedamos en mi casa.

—No. En la mía que me quiero cambiar de ropa.

—¿Te das cuenta de que no tienes que exigirme nada?

—Yo solo quiero ser como soy contigo, sin mentiras.

—Vale, a tu casa pero, cuando hablemos, me traes de vuelta. Iría en mi coche, pero me he tomado unas cuantas cervezas mientras me decidía a venir. Cuando escuché el trueno, salí corriendo del bar por si seguías aquí pese a la tormenta.

—Ya ves que sí.

Corremos hacia el coche de Eros y empapados entramos en él.

Conduce hacia mi casa y subo para cambiarme.

Me doy una ducha con cientos de preguntas en mi cabeza y la que más resuena es la de si debería o no ir a su casa. Tal vez sea bueno hablar en un lugar donde no existen recuerdos de los dos.

Miro mi cama mientras me visto y, como me pasa estos días, soy incapaz de no recordar a Eros en ella. A los dos enredados sin pensar en nada más que en el deseo que movía nuestros hilos.

Bajo ya lista con un paraguas porque está lloviendo mucho más fuerte que antes y entro en el coche de Eros, que conduce hasta su casa.

Al llegar aparca y salimos corriendo hacia la vivienda.

Dentro la tormenta se escucha como si estuviéramos en la calle.

—Ahora me pregunto si tiene goteras esta casa —comenta Eros.

—No lo parece, pero sí parece que se fuera a ir volando con esta tormenta.

—Esperemos que no. Ponte cómoda, que voy a darte una ducha.

Me lo tomo al pie de la letra y busco un par de copas y una botella de vino para relajarme. Me siento en el sofá y espero a Eros mientras escucho la lluvia caer.

Siento ansiedad ante lo que pueda decirme porque no sé qué pasará después.

Eros

Bajo después de darme una ducha con ropa cómoda, un chándal gris con sudadera, y busco a Valeria. La encuentro cerca de la gran cristalera, en unos sofás que hay puestos hacia ella, mirando la tormenta caer sobre el lago con una copa de vino.

—Veo que te has puesto cómoda.

—Muy bueno el vino. Te he traído una copa.

—No puedo beber. Después tengo que llevarte a casa.

—Cierto —responde sin mirarme antes de dar un largo trago a su copa—. Quiero saber tu historia pero no sé si luego no será suficiente para tu engaño.

—No creo que sea suficiente, pero al menos sabrás la verdad de por qué vine a este lugar hace años.

Me siento a su lado y miro hacia fuera.

—Estoy lista para escucharte.

—Estoy pensando por dónde empezar.

—Por el principio de todo.

—El principio de todo empieza cuando llamaron a la puerta de mi padre con un niño pequeño de casi un año y le dijeron que era su hijo, que no tenía a nadie más y lo dejaron sin más ahí. Ese niño era yo. Mis familiares directos estaban muertos y por eso sé que mi madre murió.

—Tu padre debió de flipar un poco.

—Pues imagínate. Él y su mujer, mi madrastra, me acogieron. Se hizo las pruebas de paternidad y confirmaron que era su hijo. Eso agilizó todos los papeles. Solo sabían el día de mi cumpleaños porque lo tenía escrito en una nota junto con mi nombre. Ni apellidos ni nada.

—¡Cuánto misterio!

—Demasiado. Mi padre hizo cálculos y solo había estado con una chica que encajara con la edad que yo tenía. Antes de conocer a mi madrastra y casarse con ella, en un matrimonio exprés. De ella solo recordaba que tenía una marca de nacimiento en la mejilla igual que la que yo tengo en el brazo. —Me señaló las alas de la gaviota—. Si te fijas se nota el cambio de color.

Valeria pasa los dedos por mi piel.

—¿Te lo hiciste por ella?

—Era lo único que sabía de mi madre. Poco antes de venir aquí la primera vez, con un amigo del instituto fui al trabajo de su padre, tras robarle las llaves. Se dedicaba a montar vídeos en la televisión. Nos emborrachamos mientras poníamos los descartados, pensando que encontraríamos algo oscuro y por eso habían sido eliminados sin emitirse. Nos estuvimos riendo con esos reportajes hasta que hablaron del complejo hotelero.

»Era de los primeros reportajes de su padre. Salía este complejo y decía que querían venderlo por algo tenebroso que había sucedido en él. Contaba que, tras cerrarse, fue saqueado y sus paredes las pintarrajearon. Parece ser que, tras la muerte de la hija de los dueños, en un accidente de tráfico, estos cayeron en una depresión hasta que, al regresar a su casa, se salieron de la carretera y murieron. Al no tener familiares ni descendientes, el centro vacacional pasó a ser del Ayuntamiento. En el reportaje de fondo pusieron la única foto que habían encontrado de la familia. En ella salían los tres y la hija tenía una marca en la cara como la mía.

—¿Y pensaste que era tu madre? —dice adivinando por dónde voy.

—No lo sé. Me llevé el vídeo a mi casa y mi padre me dijo que podría ser, que tras dieciocho años, ni se acordaba de ella. Solo se acordaba de la marca porque no podía dejar de mirarla. Me enfadé porque no la recordara y se lo tomara hasta como de cachondeo. Discutimos y cogí mis cosas para venirme aquí.

—A investigar.

Asiento.

—No encontré nada. En el Ayuntamiento no tenían mucha información. Me colé en el complejo y escarbé un poco en busca de la primera piedra, porque en ella la gente suele meter cosas personales que hablan de ellos, del momento en el que construyen los edificios o cualquier otra obra, por si un día la gente la encuentra. Por si en ella se escondía algo más que los nombres, cosas de su vida o de dónde nacieron.

—Eso es lo que hacías cuando no estabas conmigo.

Asiento.

—Cuando regresé a mi casa le dije a mi padre que quería comprar el complejo hotelero, que estaba a buen precio y que me ayudara a buscar la primera piedra por si ahí estaba mi pasado. Mi padre me dijo que sí a regañadientes. Regresaba para contarte todo cuando tuve el accidente y te olvidé... y todo esto. Mi padre escondió toda mi investigación y yo no supe nada de mis pistas.

—Hasta que me recordaste.

—Sí, cuando tuve el último accidente de coche, el airbag me dio un gran golpe en la cabeza. Perdí el conocimiento y en los últimos segundos de lo que yo creía que era mi muerte, te vi. Al despertar lo fui recordando todo.

—Y decidiste comprar el complejo para ponerlo patas arriba y encontrar la primera piedra.

—Mi idea era comprarlo y no hacer nada, pero tras discutir con mi padre por ocultarme todo esto, quedamos en que invirtiera mi dinero pero solo para venderlo tras encontrar la primera piedra y así recuperarlo después. Me pareció también una gran forma de tenerte cerca, de saber de ti. Tener una excusa para verte. Le dije que sí por eso y porque, aunque discutimos, sé que mi

padre solo quería protegerme de lo que pudiera encontrar. No es normal cómo se enteró de que era su hijo. Teme que lo que pueda encontrar, solo me haga daño.

—Entiendo.

—Por eso regresé y porque quería saber de ti. Para estar a tu lado contraté a tu empresa, como te dije. Mi padre habló con ellos como si fuera cosa suya. Aunque sois los mejores como sabemos. —Asiento—. No te conté la verdad, porque en esos diez años había cambiado. Me avergonzaba no haberte recordado. De haber estado con otras. De haberme convertido en un capullo para tener contento a mi padre.

—Lo de tu padre sigue sorprendiéndome, lo de que sea feliz si piensa que eres un borde.

—Por alguna extraña razón eso le tranquiliza, como ya te comenté, y Regina es amiga de la familia desde hace años y le informa de todo. Al tener el primer accidente, cuando supe que había sido intencionado, me agobié mucho. No recordaba nada y eso me creó ansiedad. Fui a un especialista y mi padre, en cada reunión que tenía con él, se tensaba. Al final lo dejé de lado y aprendí a vivir con el miedo de que alguien sin saber por qué, me deseara muerto.

—Tiene que ser duro.

—Es complicado vivir con ese miedo. Tal vez por eso, cuando todo pasó y lo atraparon, seguí sin sentir que todo había terminado y me daba miedo acercarme a ti, por si corrías peligro a mi lado... Como todo empezó al venir a este lugar. Me aterraba que fuera por algo más. Todo apunta que no, pero al principio se me juntó un poco todo.

—Me querías proteger.

Asiento.

—Y a mí, porque siempre es más fácil pensar que la mujer que acabas de recordar y que te hizo sentir lo que nadie en toda tu vida, te odia porque no te acuerdas de ella, por lo que te has convertido... Creo que, de haber sabido de ti, todo hubiera sido diferente. No sé si hubiéramos durado, pero yo cambié a tu lado. Me hice más fuerte. Al no recordarte, fui en parte ese muchacho alocao que evita los problemas pasando de ellos o buscando el camino más fácil.

»Y esta es mi historia, una que supongo que te sabrá a poco, porque nada justifica mis decisiones.

—Tengo una pregunta: ¿por qué no me dijiste quién eras cuando nos conocimos la primera vez?

—Primero porque no quería que nadie supiera mi nombre por aquí. Ese nombre me lo puso mi familia materna. No tenía claro que quisiera delatarme en caso de que mi corazonada fuera cierta y segundo porque quería que para ti fuera más que el hijo de mi padre. Siempre he sido un niño rico mimado por todos con tal de sacar algo de mí. Con todos menos con Hector. Él nunca aplaudía mis tonterías, ni se dejaba llevar. Discutimos un montón antes de hacernos amigos. En el fondo sabía que él sí era de confianza y el resto no.

Valeria me mira a los ojos.

—No ha debido de ser fácil vivir con ese miedo. Creo que lo que más miedo te daba era mi rechazo.

—Seguramente. Para ti habían pasado diez años, para mí no. Yo tenía todo lo vivido a flor de piel y sentía que te había fallado. Por eso hice lo fácil, ser un capullo.

—Se te da muy bien. —Me río—. Merecía toda esta verdad antes de acostarnos Eros.

—Lo sé, pero pensé que no tendríamos más de esa noche. Quería un recuerdo más contigo.

—Puedo entenderte. Entenderlo todo. No sé qué hubiera hecho en tu lugar. No sé qué camino hubiera tomado, pero el que tú has tomado ha hecho que no confíe en ti ahora. Pero, pese a lo que me has contado y que se me han puesto los pelos de punta, al pensar si confío en ti como antes, sé

que no.

—Sé lo que es vivir con miedo, así que te entiendo. No te voy a ocultar nada más; por eso, aun sabiendo que no es el mejor momento y que de nada sirve, quiero que sepas que lo que sentí ese verano...

—Es mejor que no sigas —me dice inquieta—. No estoy preparada para escuchar qué sientes por mí. Por favor, dame más tiempo para procesarlo todo.

Asiento con tristeza.

—Será mejor que me marche. Voy a pedir un taxi —me indica dejando claro que no quiere alargar más el tiempo conmigo.

—Como quieras —respondo sin mirarla.

Se queda mirándome un segundo antes de irse para llamar al taxi y no tarda en marcharse tras un frío adiós.

No sé qué esperaba cuando me abriera en canal ante ella... Tal vez esto, pero es más duro vivirlo que imaginarlo.

Me moría por abrazarla, por decirle que, aunque hay mil partes de mí que cambiaría, estoy deseando que me conozca y pueda querer cada una de ellas.

Yo no necesito mil años a su lado para saber que la quiero en mi vida, que es y siempre será mi único amor.



Capítulo 18

Valeria

Estoy agotada de no dormir, dando vueltas a todo lo que me contó Eros, a no poder confiar en él sin más... En no poder ser quién fui.

Me fui ayer de su lado porque Eros me pedía, cada vez que lo miraba, un abrazo y yo no me sentía preparada para dárselo, para olvidarlo todo.

Ahora mismo no sé si me odio a mí misma por no ser de otra forma.

Al fin y al cabo nadie puede cambiar el pasado. Solo si lo olvidas, eres libre de tus errores; si no, lo vivido marca para bien o para mal los pasos que das desde el instante que las cosas suceden y las superas.

Pero, aunque no estoy preparada para olvidar o confiar, sí lo estoy para darle esa caja que desea, la primera piedra de ese lugar. Tal vez por eso he despertado a Gus y Cole a primera hora, para decirles que debían venir al complejo hotelero, aunque hoy es sábado y no se trabaja.

—Ya puede ser bueno —me dice Cole tras aparcar su coche cerca del mío. Va con las gafas de sol puestas y lleva un termo de café.

Al llegar se lo quito y le pego un largo trago.

—Es bueno, pero mejor esperamos a Gus.

Este no tarda en llegar.

Entramos con los cascos puestos y les cuento toda la historia de Eros. No me ha dicho si la pueden o no saber, pero con mi familia no tengo secretos. Sé que son de fiar.

—¿Dónde dirías tú que escondieron la primera piedra? —le pregunto a Cole.

—He puesto varias primeras piedras, pero este lugar antes era solo arena con árboles salvajes. Cuesta imaginarlo sin nada y saber dónde pusieron esa primera piedra.

—Eso si la pusieron —señala Gus—. Lo mismo no les iban esas cosas. Si Eros casi no ha encontrado nada de ellos, tal vez sea por algo.

—Bueno, pero hay que intentarlo.

—¿Por qué quieres centrarte en encontrar esa caja cuando no lo has perdonado? —me pregunta Cole.

—Lo perdonaré. Solo necesito tiempo. Podemos ser amigos.

—Ya, claro. Lo miras como si fuera tu amigo —comenta Gus—. Se nota que lo que hubo entre los dos, sigue ahí.

—No hemos hablado de amor. Compartimos un pasado precioso, una historia de amor, pero este es el presente. No somos esas personas.

—No, tú antes eras más alegre —dice Cole—. Ahora pareces doña rectitud. El amor es una mierda.

—No lo es. Yo soy feliz con Mayte. Vosotros es que sois los raros de la familia y ahora a trabajar —nos ordena Gus.

Cole nos indica varios sitios dónde podría estar la piedra.

El primero es la entrada.

Como todo, el suelo está patas arriba y no es difícil indagar para ver si se encuentra allí, pero

aún así, hay mucho terreno por mirar y con todo lo que se ha levantado, no se ha encontrado nada.

—Yo sabía que Eros quería esa caja, pero no que fuera tan especial —nos informa Gus—. Tengo un amigo en el periódico que podría buscar a ver si hay una foto de cuando pusieron la primera piedra y podemos ver dónde estaría.

—Pues sí, porque esto parece una tarea imposible —respondo.

Regresamos a nuestras casas y quedamos en vernos en la comida, en la casa de nuestros padres. Mi madre hoy libra y quiere tenernos a todos allí comiendo.

Como con ellos y me quedo hasta que llega la hora de irme a mi casa para arreglarme. Esta noche Lena la tenía libre y quería salir de fiesta. No tengo muchas ganas, pero así no pienso en Eros y lo mucho que deseo, pese a todo, estar a su lado.

Me pongo un vestido de tirantes azul marino y voy al *pub* donde he quedado con mi amiga. Iba a decírselo a algunas compañeras del trabajo y me esperaban ya dentro. No sé si serán las mismas que el otro día.

Entro y las busco, y cuando las localizo, casi me marchó.

Eros y Hector están con Lena y sus amigas, que son otras que no conozco.

Eros se gira y me mira, y en sus ojos me parece leer una disculpa por estar todos juntos.

Ando hacia ellos y los saludo a todos con dos besos hasta que llego a la altura de Eros. Lo miro sin saber si darle dos besos o no, y al final se los doy.

—No esperaba encontrarte y cortarte el rollo —me indica antes de que me separe—. Ahora nos vamos.

Lo miro y me pierdo en su mirada que parece sincera.

—No hace falta.

Asiente y se va con Hector a por nuestras bebidas.

—¡Qué majo es! —me dice Lena y sé que se refiere a Hector—. Demasiado perfecto para mí, que siempre me siento atraída por idiotas.

—Pues sí. Podrías cambiar y fijarte en alguien bueno.

Se ríe.

—Y tú perdonar al pobre Eros. Cuánto más cerca estés de él o te enamoras más o te desenamoras. Si lo evitas, solo seguirás enamorada de un recuerdo que tal vez se haya difuminado con los años y no sea tan real.

Lo pienso y tiene razón. Al haber pasado tanto tiempo, quizás lo vivido fue magnificado por mi mente e idealicé a Eros.

Solo hay una solución: conocerlo y dejar de huir.

Eros

Al regresar con las bebidas me fijo en que Valeria parece haber cambiado el gesto. Tal vez por eso me acerco a ella con una de las copas y se la ofrezco.

—¿Y esa mirada?

—Sigo asimilando todo, pero prefiero conocerte a idealizarte.

—Es lo mejor. Al final, cuánto más conoces a alguien o lo vuelves en algo cotidiano y parte de tu vida, o lo odias.

—Pues ya veremos qué pasa.

—También puedes volver a enamorarte de mí —le digo al oído.

—Eso es imposible, Eros —me responde.

Me muero por preguntar por qué, pero no lo hago por si la respuesta no me gusta, por si esta

me destroza ahora que su mirada me ha dado esta tregua.

Valeria se va junto a su amiga a la pista de baile.

—La amiga de Valeria es peculiar.

—¿Por qué?

—He sentido que le atraigo, pero entonces ha salido huyendo.

—Pues ya van dos veces que se escapa de ti —le digo.

—Lo del café... Ella no sabe que la vi con el vestido rojo y el libro que había acordado llevar.

Piensa que no sé que se puso una foto falsa.

—Olvida que está jugando con el mejor detective —indico—. Tal vez no le gustes.

—Seguramente. Lo que sí sé es que no tengo tiempo para tonterías.

—Es cierto. Se me olvidaba que eres un viejo —lo pico.

—Idiota. No es por eso. Me marchó en quince días.

—¿Y qué haré yo sin ti?

—Tal vez dejar de cagarla con Valeria.

—No la cago. Solo soy yo mismo.

—Por eso, la estás cagando —me pincha esta vez él a mí.

Miro hacia Valeria y la veo bailar con su amiga mientras cantan las canciones. Esta era su noche y me da miedo estropeársela. Por eso, cuando una de las amigas enfermeras de Lena regresa, le decimos que nos vamos y las dejamos en su fiesta privada.

Estamos saliendo cuando alguien entrelaza sus dedos con los míos.

—No os vayáis —me pide Valeria.

—No quiero estropear la noche.

—Bueno, puedo soportar ver tu cara un poco más.

—Tal vez es que no estoy preparado para que me conozcas —le digo y entonces tira de mí.

—Es lo que hay.

La miro a los ojos y entrelazo mis dedos con los suyos.

—A veces es mejor lo imaginado que lo conocido.

—Puede ser, por eso mejor vivirlo.

Tira de mí y miro a Hector, que asiente y nos sigue.

Pedimos algo para beber y disfrutamos con ellas.

Mis miradas son todas para Valeria. No puedo dejar de mirarla, de enamorarme cada segundo un poco más de ella.

Aún no me he perdonado olvidarla y buscarla en otras.

En parte quiero que ella me odie tanto como yo me odio, por dejarla perdida en mi mente.

Nos marchamos del pub y nos despedimos en la puerta.

—Nos vemos el lunes en el trabajo —le digo.

—Eso será si voy al complejo turístico —me indica—. Tengo una agenda muy apretada. —Me guiña un ojo y se aleja con sus amigas.

—Menuda cara de tonto —me dice mi amigo.

—Cuando te enamores pienso hacerte lo mismo.

—Perfecto. Eso significará que alguien me soporta.

—Sí, algo casi imposible. —Hector se ríe—. Lo mismo si fueras menos sincero y más amable, te costaría menos.

—Ya, claro, ser más como tú. Ahh... no, que tú eres «Eros el capullo».

No le replico porque tiene razón, pero tal vez haya llegado el momento de dejarlo de lado. Si mi padre no soporta verme siendo amable, tendrá que acostumbrarse.



Capítulo 19

Valeria

—Tengo una buena noticia y una mala —me dice Gus nada más verme el lunes por la mañana tras un domingo donde me ha costado un mundo no ir a casa de Eros o llamarlo.

Es media mañana y me consta que Gus acaba de entrar a la oficina, y ha venido derecho a buscarme.

—Primero la buena —le indico.

—Se dice primero la mala, así le quitas la emoción.

—Pues dilo sin más.

—Mi amigo del periódico me deja hojear los archivos antiguos. Lo malo es que sabemos cuándo se inauguró el complejo hotelero, pero no cuándo se puso la primera piedra, y esos archivos no están digitalizados. Quieren hacerlo, pero de momento tienes las copias antiguas.

—Pues habrá que mirar uno a uno.

Mi hermano asiente.

—Sí, díselo a Eros y así, entre todos, vamos más rápidos.

Muevo la cabeza de manera afirmativa.

Realizo unos trabajos y me marcho para hablar con un cliente. Cuando termino, llamo a Eros para ver dónde está.

—Hola. ¿Qué tal? —me pregunta nada más descolgar.

—Bien, quería hablar contigo de algo. Era para ver dónde estabas.

—En mi casa. Puedes venir, si quieres.

—Perfecto, voy para allá.

—Aquí te espero.

Cojo mi coche y me marcho a casa de Eros.

No tardo en llegar.

Aparco tras su automóvil con un nudo de nervios en la tripa y un fuerte deseo de verlo.

Cuando toco al timbre, casi no lo escucho por el fuerte resonar de mis latidos.

Abre la puerta con el móvil en la oreja y me hace señas para que pase.

Va vestido con ropa elegante. La chaqueta se la ha quitado pero la camisa azul se le pega como una segunda piel a su cuerpo y hace que sus ojos parezcan más azules que verdes.

Nunca entenderé por qué los hombres en camisa me gustan tanto. Aunque, si soy sincera conmigo misma, Eros me gusta se vista como se vista. Esa es la triste verdad de alguien que espera olvidarlo, cuando no me gusta cómo es por dentro.

Me siento en el sofá tras quitarme la chaqueta americana.

Eros viene y se detiene frente a mí.

—¿Quieres algo de beber?

—Luego tal vez. Ahora no tengo sed.

—Como quieras. ¿Qué querías?

—¿Te vas a quedar de pie?

—No, claro.

Va a buscar una silla pero toco el sofá con unos toquecitos, invitándole a sentarse a mi lado.

—No me molesta estar cerca de ti.

—De momento, no. Y ahora dime.

Le cuento que mis hermanos lo saben todo y que estamos buscando la primera piedra. También le informo de lo de los periódicos.

—Espero que no te importe que lo sepan —le digo al terminar.

—No, ya sé que no tienes secretos con tu familia.

—Los secretos separan. —Asiente—. ¿Qué te parece? Yo creo que entre todos podremos dar con ello.

—Seguro que sí. Mandaré a Hector para que revise los periódicos. Seguro que si alguien da pronto con esa noticia, es él.

—Sería genial.

—¿Algo más?

—No. Te dejo que trabajes.

—O te quedas a comer... Podemos hacer algo y comer juntos. A menos que tengas que regresar al trabajo.

—Puedo trabajar desde aquí. Llevo el ordenador en el coche y el móvil en el bolsillo.

—¿Entonces te quedas? —me pregunta con una sonrisa.

Asiento y me levanto para ir a por mis cosas al coche.

Al regresar al salón, Eros está con una llamada. No tiene buena cara y, mientras me hago un sitio en su mesa, lo observo preocupada. Solo dice sí y entiendo, y con eso no puedo deducir mucho de lo que le sucede.

Acaba y voy hacia él.

—¿Todo bien?

—Era Regina para hablarme de que las obras van lentas, que no consigue un comprador interesado para cuando todo termine y que sigue pensando que es un gran error.

—¿Ella sabe que estás buscando pistas de tu familia?

—No. Yo por lo menos no se lo he dicho. No confío en ella, salvo para lo que son las cuentas. Es muy buena en su trabajo y ha conseguido duplicar mi dinero con facilidad muchas veces, pero, fuera de ahí, no me inspira confianza porque sé que informa a mi padre y a su mujer de todo.

—Pues vaya.

—Por suerte ahora no está cerca y solo la tengo que soportar al teléfono.

—Es una suerte, sí.

Eros sigue trabajando y yo hago lo mismo.

Cuando lo dejo todo resuelto, mientras él hace otra llamada, me marcho a su cocina para investigar qué tiene para comer. En su nevera hay casi de todo, y apenas hay comida precocinada, lo que me hace pensar que Eros sabe cocinar.

Abro el congelador por curiosidad y veo dos tarrinas de helado de menta con chocolate. Una de ellas está empezada.

—Nunca supe por qué ese sabor era mi preferido hasta que te recordé —me dice desde la puerta.

—Yo desde entonces no lo pruebo. Me recordaba a ti.

—Hay de vainilla en el cajón de abajo por si lo prefieres de postre.

—Este está bien. —Lo miro y asiente—. ¿Sabes cocinar?

—Me defiendo.

—Lo hacemos entre los dos. Seguro que nos sale algo rico.

—Eso seguro. Ya no tengo nada que hacer en todo el día, así que desde ahora soy todo tuyo.

—Por la forma en que lo dice, me recorre un escalofrío.

—Genial.

—¿Te dejo ropa cómoda? —me pregunta al mirar mis tacones y mi falda de tubo.

—Mejor, porque estoy un poco cansada de los tacones.

Eros me lleva hasta su cuarto y me abre el armario para que elija lo que quiera.

Me cojo la sudadera que llevaba el otro día, unos pantalones cortos de chándal y me deja una de sus zapatillas de estar por casa antes de irse a cambiar.

Entro al servicio para cambiarme y la sudadera me queda tan grande que no me pongo los pantalones, pero las zapatillas, que parecen barcas en mis pies, sí.

—Te queda mejor que a mí —me dice al verme cuando llego a la cocina.

Asiento y voy hacia su lado. Se ha puesto un chándal de sudadera azul marino, y le queda también de forma espectacular. Todo lo que lleva, me seca la boca. La atracción entre los dos es cada vez más y más fuerte. Cuesta resistirse a ese hilo que tira de mí hacia su cuerpo.

Tal vez por eso cocinar, se convierte en un intercambio de caricias robadas. Cuando le doy la lechuga, la cojo rozando sus dedos. Si pasa tras de mí, su mano se desliza con delicadeza por mi espalda. Yo hago lo mismo cuando tengo que coger algo. Acaricio su antebrazo en más de una ocasión.

No hay palabras, solo un sinfín de caricias que dicen más de lo que deberían.

Ahora mismo, lo único claro que tengo, es que lo deseo pero quiero algo más.

Al acabar de cocinar, no sé si tengo más hambre de comida o de él.

Sé que de lo segundo, pero me hago la despistada y pongo la mesa como si no me muriera por darle un beso, por abrazarlo o por dejar bajar mis manos por todo su cuerpo.

Nos sentamos a comer en una mesa de dos plazas que hay cerca del gran ventanal.

—¿Has estado con muchas mujeres? —le pregunto sin filtro y Eros casi se atraganta—. ¡Lo siento!

—Joder... Esa pregunta la temía desde hace tiempo y la haces cuando estoy comiendo —me lo dice con una sonrisa que luego pasa a otra de disculpa—. Sí. Más de las que me gustaría.

—No me recordabas y no estábamos juntos.

—Ya, pero de alguna forma te buscaba en ellas o buscaba llenar ese vacío que tenía en el pecho. No entiendo por qué no te recordé antes. Lo de que no eres mi tipo, era broma.

—Me alegra saberlo, y el resto es pasado. Yo también he estado con otros. Algo que solo me hacía daño, porque con cada beso, quería uno más para ver si era mejor y te olvidaba por unos segundos. Al acostarme con ellos, era todo tan frío que me alejaba tras varias citas sin poder pasar a ser algo más.

Nos miramos a los ojos.

—Aunque hubiera vuelto, tampoco sabemos si hubiera sido para siempre —comenta—. Era fácil cuando todo era un escape a mi realidad, pero, cuando esta hubiera entrado en juego, más la distancia, tal vez hubiéramos acabado rompiendo.

—¿Por qué quieres creer eso?

—Porque necesito pensar que nuestro momento no era hace años. Fue solo un primer contacto del que sería nuestro para siempre.

Sus palabras aceleran los latidos de mi corazón.

—¿No crees que cuando te conozca, huiré?

—Sí, pero una cosa es lo que creo y otra lo que quiero.

El corazón se me hincha más en el pecho.

No le digo que yo también deseo lo mismo, por lo que cambio de tema y le pregunto por cosas de su vida.

Me cuenta anécdotas de la universidad y me acabo riendo por ellas.

—¿Cómo eras en la universidad? —me pregunta.

—Muy aburrida. Solo pensaba en estudiar. Si salía de fiesta, era cuando me juntaba con Lena.

—Yo no me perdía una fiesta.

—Para haberte visto.

Se ríe.

—Pero ya no me emborrachaba o me drogaba. Esa fase pasó.

—Mejor, por tu salud y eso... ¿Y nunca quisiste ser otra cosa que el sucesor de tu padre en la empresa?

—No, he estado a su lado en el despacho desde pequeño y me gusta. Siempre quise aprender para ser el mejor en la empresa.

—En eso nos parecemos. No en lo de ser el mejor, pero sí en lo de que seguimos los pasos de nuestros progenitores con gusto. No por obligación.

—¿Y ninguno de los tres ha querido seguir los de tu madre?

—Cole lo intentó cuando era niño pero, tras hacer algunos cursillos, se interesó más por la arquitectura. Le gusta dibujar y hace unos diseños increíbles. A mí la sangre me paraliza y a Gus igual. El trabajo de mi madre es maravilloso y vocacional. Ella siempre va a trabajar con una sonrisa que regala a sus pacientes. No todos tienen alma de enfermero o de médico. La que siguió sus pasos fue Lena. Desde niña venía a mi casa y jugaba con las batas de mi madre. Le contaba todo lo que ella quería saber. Por eso a nadie le sorprendió cuando dijo que quería ser enfermera. Es muy buena. No creo que tarde mucho en ascender en su puesto.

»Lena vive sola con su padre. Su madre se casó hace años con otro hombre y se desentendió de ellos. La llama para lo justo..., cumpleaños y Navidad. Por eso Lena siempre andaba conmigo para no estar sola esperando a que su padre volviera de trabajar. Ya nos hemos acostumbrado a ella. Es una mandona y le encanta organizarlo todo —digo con cariño.

—Entonces mejor que se aleje de Hector porque le encanta mandar y odia que le manden.

Me río.

—Es demasiado bueno para ella. Acabará por salir con un nuevo idiota antes de estar con alguien que la merezca. Es pésima para las relaciones. Su ex sigue escribiéndole porque ella no quiere ser mala y dejarlo de malas formas.

—Ya lo hará cuando esté lista para decirle adiós. Voy a por el postre.

Asiento y le ayudo a recoger los platos que hemos vaciado entre charla y charla.

Eros me pregunta qué helado quiero y le digo que el de menta y chocolate.

Regresamos a la mesa y abre la tarrina para dejarla en medio.

Meto la cuchara y la observo recordando al Eros que conocí hace años, ese chico guapo que me hacía volar tan lejos.

Me la llevo a la boca sin dejar de mirarlo.

Una cucharada tan dulce como los recuerdos que danzan por mi mente.

La degusto y cierro los ojos al sentir que viajo en el tiempo. Me veo corriendo tras él por la playa y que cuando lo cogía, nos caíamos entre risas. Me veo en su pecho dormida compartiendo risas y sintiendo sus caricias en mi espalda. Reflejada en sus ojos, sintiendo que el mundo era más bonito ahora que lo había conocido.

Abro los ojos y me pierdo en su mirada.

Todo es demasiado intenso. Demasiado real. Noto las lágrimas correr por mis mejillas.
Eros acerca su mano y coge la mía. Tira de mí.
Me levanto y caigo entre sus brazos.
—Ojalá nunca hubieras tenido ese accidente.
—Yo siento lo mismo.
Acaricia mi espalda.
—Tengo miedo de aceptar lo que siento y perderte —reconozco al fin con el alma rota.
—Si todavía no conoces cada parte de mí...
—Hay sentimientos inexplicables. El amor es uno de ellos. A veces solo necesitas una sonrisa para caer locamente enamorado de una persona.
—No quiero irme de tu lado. Nunca quise, Val —me llama de la misma manera que antes—. Créeme, pero yo también tengo miedo.
—¿A qué?
—A que te des cuenta de que tras la bruma, llega la realidad. Todo parece mágico al principio, pero luego solo quedan los defectos... o los amas o los odias.
—Yo tengo cientos.
—Seguro que sí. Los quiero conocer todos.
Lo abrazo más fuerte.
—No sé qué quiero, pero sí sé qué siento —le digo.
—Yo llevo días queriéndote decir qué siento pero no lo quieres escuchar.
—Necesito más tiempo.
Me separo y me pierdo en sus ojos. Alzo la mano y la enredo en su pelo como antes hice miles de veces. No puedo evitar alzarle y besarle en los labios lentamente.
El beso cada vez es más intenso y por eso me separo, y apoyo mi cabeza en la suya.
—Tú marcas el ritmo. Yo bailo tu música.
Me río por sus palabras y me emocionan porque me las dijo hace años antes de nuestra primera noche juntos.
Lo beso de nuevo.
Me giro y veo el helado derritiéndose.
Cojo su cuchara y le doy un poco antes de comerme el resto.
—Me quieres matar —dice al ver el helado derretirse en mi boca.
—¿Me marchó?
—No, la muerte nunca me pareció tan dulce.
—¿Sigues sintiendo que corres peligro? —Asiente—. ¿Por qué?
—A veces siento que me observan. Cuando miro no hay nadie. Sé que solo es mi miedo, pero no consigo pasar página.
Noto el miedo en su mirada y cojo su cara entre mis manos.
—Yo te protegeré —se lo digo para que se relaje, pero se tensa todavía más.
—Si te pasa algo por mi culpa, me muero.
—Eros, ya ha acabado todo. Solo es tu miedo por lo vivido durante diez años.
—¿Sabes por qué me gustaba tanto ir de fiesta y hacer locuras? —Niego con la cabeza—. Porque no sabía cuándo sería mi último segundo de vida.
—No tiene que ser fácil sentir que eres la diana de un asesino.
—Ahora que te he recordado, que estamos cerca, sé que mi último segundo lo quiero a tu lado y también que no deseo que nadie me arrebatase ni un instante junto a ti.
Lo beso porque no puedo hacer más que amarlo.



Capítulo 20

Eros

—¿Y después de ese pedazo beso se fue? —Muevo la cabeza de manera afirmativa sin apartar los ojos de Hector—. Dale tiempo.

—Eso hago. Ya viene Gus.

Valeria se fue tras un beso que me hizo creer que me amaba. Recogió sus cosas y me dijo que llamaría a su hermano para quedar para ver los periódicos esa tarde.

La dejé ir porque notaba que era lo que quería, pero sabiendo que no era lo que yo deseaba.

—Hola, chicos. ¿Listos para mirar cientos de periódicos? —nos dice tratando de parecer animado.

—Es mi trabajo. Vosotros podéis ir —responde Hector.

—Esta tarde no —le señalo.

—Puede que no encontremos lo que buscas —me dice Gus.

—Lo sé, pero necesito encontrar a la que fue mi madre o al menos vivir buscándola.

Gus asiente.

Entramos en el local donde tienen los archivos del periódico y Gus nos indica dónde están los periódicos archivados y plastificados más viejos.

Sabemos en qué año se inauguró el complejo y por eso vamos directos a todo lo que se publicó anteriormente.

Se pasa la tarde antes de que encontremos nada.

—Mañana sigo yo —afirma Hector—. Seguro que pronto tenemos algo —me dice para animarme.

—Espero —respondo.

Gus se marcha y nos vamos a tomar algo cerca. Estamos entrando cuando casi me choco con Valeria que sale de la cervecería con mala cara. Al verme le cambia el gesto.

—Hola, casi me choco contigo —me dice con una sonrisa.

—¿Y por qué salías corriendo y con mala cara?

—Por Lena y sus tonterías. Ha quedado con su ex para que tomara algo con nosotras. Hola, Hector —saluda a mi amigo.

—¿Y te vas por eso?

—No me apetece hacer de aguanta velas cuando me parece que mi amiga se está equivocando.

—Te puedes quedar con nosotros —le indica Hector.

Valeria me mira.

—No quiero molestar.

—Tu nunca moletas —respondo y entonces asiente.

Entramos al bar y saludamos desde lejos a Lena que nos ve a los tres entrar. No hace por acercarse, pero su cara es un poema. No parece feliz por estar volviendo con su ex, y no se me pasa desapercibida la mirada que le echa a Hector como si le pidiera perdón.

Este se sienta de espaldas para no mirarla.

—Su ex tiene pinta de gilipollas —comenta Hector que no ha necesitado más para catalogarlo.

—Lo es —afirma Valeria—. Estar con alguien nunca debería suponer anularte a ti misma, ni aguantar tonterías que en otras ocasiones no harías. Mi amiga se anula cuando está con él y a él eso le encanta porque piensa que cuanto más la cambie, más le quiere. No cambia a mejor.

—Entonces pierde su tiempo —le digo—. Pero no puedes hacer nada. Si ella quiere estar con él, lo que le digas caerá en saco roto y cuanto más te metas en la relación, más se alejará de ti.

—Sí, eso ha pasado las otras dos veces que volvieron. Esta es la tercera. No quiero hablar más de ella. Es mayorcita; que haga lo que le dé la gana. ¿Quién va a por unas cervezas bien frías?

—Yo —responde Hector.

Valeria me observa de reojo y sus mejillas se sonrojan cuando mira mis labios.

—No me quería ir —me confiesa.

—Bien, porque no quería que te fueras.

—¿Habéis encontrado algo interesante en los periódicos? —Niego con la cabeza—. No te agobies.

—No lo hago. Llevo toda mi vida queriendo saber más de mi madre. Esto solo es un paso más. Hector regresa con las cervezas y algo para picar.

—¿Hablando de nuestra búsqueda? —pregunta y Valeria asiente—. Mañana me iré temprano y seguro que pronto tenemos algo. Daremos con esa caja o el complejo hotelero no se terminará.

—Esa es la idea —afirmo.

—El tiempo va en nuestra contra. No sería bueno atrasarlo todo, pero entiendo que lo quieras hacer —me dice—. Solo te pido que no te ciegues y nos escuches si tenemos que ir cerrando lugares que ya han sido examinados.

Asiento porque sé que tiene razón.

—Los dueños murieron en un accidente de coche y no hay nada de ellos en el centro vacacional —le cuento a Valeria—. Lo examiné hace diez años cuando me colé. Es como si alguien, tras su muerte, eliminara todo rastro de ellos.

—Ya lo descubriremos. Cuanto más sé de esta historia, más quiero descubrir —nos indica Valeria que no puede evitar mirar de reojo a su amiga.

Por como agranda los ojos, sé que acaba de ver algo que no le ha gustado ni un pelo. Miro disimuladamente y veo a Lena besando a su ex.

—Yo esperaba que le quedara un poco de cordura y no olvidara lo que es estar con él. El sexo no merece la pena por todo lo que renuncias por él —comenta Valeria y acaricio su mano bajo la mesa.

—Vamos, que es muy bueno en la cama —digo.

—Eso dice Lena, pero yo creo que como siempre ha dado con payasos, el mejor destaca entre tanto hombre poco acertado.

Hector se gira y lo observa todo con sus sagaces ojos verdes.

—La gente tiene lo que se busca —señala—. Y ahora hablemos de otra cosa o nos van a tachar de cotillas los tres girados mirándolos.

—O de mirones —indica Valeria—. Mejor cambiar de tema, sí.

Hablamos del trabajo de Hector mientras pedimos otra ronda, cuando recuerdo algo:

—¿Vais a ir a la fiesta de este viernes en la casa de campo? —pregunto a Valeria.

—Sí, mi padre ahora me hace ir con Cole. Ha decidido ceder sus invitaciones en sus hijos. A mí no me apetece, pero habrá que ir.

—¿Vosotros iréis? —se interesa mirándome a los ojos.

—Sí, he invitado a Hector como acompañante, y le ha costado aceptar.

—Sabes que odio ir trajeado.

—Pues te fastidias que yo he ido a tus fiestas de departamento de policía. La última por tu medallita.

—Pero podías ir en vaqueros. Yo fui en vaqueros. —Suspira—. En fin, ya te dije que iría e iré.

—¿Te dieron una medalla? —pregunta Valeria y Hector asiente algo cortado.

—Por detener a mi asesino —le explico yo.

—Solo hice mi trabajo. No merecía una puñetera medalla por hacerlo. Mucha gente hace su trabajo mejor que yo y no le van poniendo medallitas —comenta Hector como si estuviera de mal humor.

—No le gusta que le adulen —le digo a Valeria al oído, pero sin ocultar que quiero que lo escuche Hector.

—Yo lo entiendo —indica Valeria.

Hector le guiña un ojo.

Terminamos la ronda de cervezas y, como es tarde, decidimos irnos. Lena y su ex novio siguen allí liándose como dos adolescentes cuando nos vamos.

—¿Te acercamos a casa? —pregunto a Valeria.

—No, pero me puedes escribir cuando estés en tu casa para saber que has llegado bien. —Asiento.

Nos despedimos de ella y vamos hacia mi coche.

Dejo a Hector en su hotel y voy hacia mi casa, deseando hablar con Valeria.

Salgo de mi coche y miro hacia las sombras, sintiendo que alguien me observa. Se me acelera la respiración y noto la sangre helarse en mi cuerpo. El miedo a que me maten, me congela las venas, que me cuesta mucho asimilar la realidad.

No hay nadie.

Todo está en mi imaginación.

Entro a la casa angustiado y temblando, preguntándome si alguna vez dejaré de tener miedo.

El hombre que trató de matarme, no lo logró, pero sí me quitó la libertad. Es imposible ser el mismo cuando pasas por algo así. De alguna forma me arrebató una parte de mi vida.



Capítulo 21

Valeria

Toco al timbre de la casa de Eros preocupada, aunque al ver su coche en la puerta, lo estoy un poco menos.

Quedó en escribirme y me extraña que no lo haya hecho después de una hora y media. Tal vez si no tuviera sobre sus hombros un pasado donde alguien atentó contra su vida, no estaría tan nerviosa, pero me ha traspasado su miedo y por eso no he podido evitar pedir un taxi para que me trajera. Aún tengo algo de alcohol en la sangre y, junto a los nervios, paso de jugármela al volante.

Eros me abre y me mira extrañado.

Sigue con la misma ropa puesta y tiene el rostro pálido.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta antes de que pase y lo abrace—. Estoy bien —dice al ver la fuerza con la que lo hago.

—Hace más de una hora y media que te fuiste y no me has llamado... Tal vez sea una exagerada...

Eros coge mi cara entre sus manos y me da un ligero beso.

—Me he dejado el móvil en el coche y cuando vine, me pareció ver a alguien entre las sombras. Me he quedado sentado observando el coche tras la ventana, odiando sentir miedo sin ser consciente del paso del tiempo. Lo siento. Creo que te he pegado mi miedo.

—No quiero que te pase nada —afirmo—. Pero esto me ha hecho pensar.

—¿En qué?

—Que solo tenemos el ahora, y no me puedo pasar la vida buscando el momento perfecto o queriendo conocer cada parte de ti antes de dar el paso de estar a tu lado. Vivir es arriesgarse y cuando empiezas algo, lo haces con la ilusión de que todo salga bien, pero sabiendo que tal vez no sea así. No puedo esperar a que todo esté bien. Quiero conocer cada parte de ti, pero estando a tu lado.

—¿Y todo eso porque temes que me maten? —bromea acariciando mi espalda—. Es broma. Me alegra que quieras estar conmigo, y que te arriesgues a enamorarte de mí de nuevo.

—Ya te dije que eso era imposible, Eros. —Su gesto se torna serio—. Nunca he dejado de estarlo.

Eros me sonrío comprendiendo que solo se puede uno volver a enamorar, si se ha desenamorado pero que, para bien o para mal, una parte de mí nunca ha dejado de estar enamorada de él. Por eso nunca he podido estar con otra persona.

—Me alegro, porque yo estoy loco por ti.

Tras decir eso, me besa en lo que pretende ser un beso dulce pero que es reemplazado por uno cargado de pasión.

Andamos a tientas hacia su dormitorio.

Pensé que, al revelar lo que siento, me sentiría más expuesta pero no ha sido así. Me he liberado y me siento más fuerte que nunca.

No se puede huir de la verdad.

Eros

Tras dejar un reguero de ropa por la casa, tumbo a Valeria desnuda en mi cama.

No puedo hacer más que mirar, que dejar vagar mi vista por cada rincón expuesto de su piel.

Es preciosa, es como una diosa que ha venido a la tierra. Por eso nunca fue suficiente con nadie, porque había sido tocado por la mano de la mujer más maravillosa de este universo.

Mi mente no la recordaba, pero mi cuerpo sí.

Me tumbo sobre ella sin nada más que el condón que me acabo de poner.

Busco su mirada y me pierdo en esos ojos marrones. En cada matiz de su mirada y me pregunto cómo pude olvidarme de alguien a quien amo tanto; cómo fue capaz mi mente de hacerme olvidar a la única mujer que he amado y amaré en toda mi vida.

Aún no he sido capaz de perdonarme por ello.

Me cuesta hasta entender por qué ella lo ha hecho, cuando yo me sigo culpando.

La beso devorando sus labios al mismo tiempo que mis manos y las suyas vagan por nuestros cuerpos.

Noto como mi piel se eriza al contacto de sus dedos.

Bajo la cabeza por su cuello, dejando un reguero de besos, perdido en su perfume que en esta zona es más intenso. Antes usaba otro, pero este nuevo sigue llevando su esencia. Esa única que no cambia lleve el perfume que lleve.

Llego a sus pechos. Los acaricio con mis dedos antes de seguir ese mismo camino mi lengua. Chupo un pezón endurecido, notando como se contonea ante mis caricias y como su respiración se acelera.

Colmo de atenciones sus dos pechos al mismo tiempo que bajo mi mano por su cuerpo hasta su sexo.

Abro sus húmedos pliegues y acaricio su clítoris.

Da un respingo.

Sonrío y sigo con mis atenciones.

Meto un par de dedos en su estrecho interior y mientras lo hago, me pregunto si la estoy torturando a ella o a mí mismo.

Cuando noto que está cerca del orgasmo, me separo para buscar su boca y adentrar mi sexo en su interior.

La miro a los ojos cuando me introduzco del todo.

Su sonrisa es la que devoro con mi boca al mismo tiempo que entro y salgo de ella.

Noto su cuerpo succionar mi sexo. Es una tortura porque cada segundo dudo que pueda durar uno más sin correrme.

Todo es demasiado intenso con ella.

Busco su sexo con mi mano y froto su clítoris al mismo tiempo que aumento el ritmo de las embestidas.

Su orgasmo llega y arrastra el mío, precipitándonos a los dos en una espiral de placer que nos deja exhaustos.

La abrazo con fuerza tras acomodarnos en la cama.

—Te mentí —me dice entre mis brazos—. El misionero, si es contigo, me encanta.

Sonrío y la abrazo más fuerte si cabe.

Nos dormimos un poco, pero al final el hambre nos hace salir de la cama.

Nos damos una ducha juntos y hacemos el amor una vez más antes de dejarle algo de mi ropa para ir a asaltar la cocina.

Empezamos a contarnos cosas de nuestra vida sin importar que los minutos pasen. Al final nos sorprende el alba y tampoco esto es capaz de detener nuestras ganas de hablar.

Miro las fotos de Valeria, que decoran su dormitorio, mientras se cambia. Llega tarde al trabajo y va danzando por su cuarto en busca de su ropa.

—¿Cómo es posible que sin dormir tengas esa cara de descansado?

—Porque no es la primera vez que no duermo en toda la noche.

Nos hemos pasado la noche hablando. Al final, lo que el alba no consiguió, lo hizo el despertador.

Me arreglé para irnos juntos, ya que teníamos una reunión con los obreros en el complejo hotelero.

Ahora estamos en su casa para que ella se cambie y así ir juntos.

—No sé para qué pregunto. Vale, ya estoy casi. Busco un collar a juego con la falda y nos vamos.

—Sobre eso. —Saco del bolsillo de mi americana el collar de golondrina que me devolvió—. Tú siempre serás mi mitad perfecta —digo cuando ve lo que tengo entre los dos.

—Eros... Yo... —No le salen las palabras, pero no las necesito. Su mirada las tiene todas a la espera de que yo las sepa leer y es lo que hago.

—Yo también te quiero.

Asiente y me abraza.

Se gira y le pongo el collar.

—Es todo tan perfecto, tan maravilloso que temo perderte de vista y que desaparezcas de mi vida —me dice con la golondrina de plata entre los dos.

—No me voy a ir y si lo hago, encontraré el camino de vuelta.

—Ahh... vale. Solo pueden pasar otros diez años...

—No va a pasar nada —la corto con un beso.

—En lo que pueda, no pienso perderte de vista.

—Me gusta ese trato —respondo al mismo tiempo que suena su móvil.

Es su hermano para ver dónde está porque llega tarde y Valeria es muy puntual.

—He pasado la noche con Eros y es un lento arreglándose. —Me saca la lengua—. Sí, estamos juntos. Ahora deja las preguntas y cuelga que llegamos tarde.

—Tú sí que sabes dar noticias a la familia —ironizo.

—Cuando llegara en tu coche y viera mi cara de tontita, lo iba a saber.

—Sí, un poco cara de tontita sí tienes, señorita.

—Igual que tú, señorito.

Me río y la sigo fuera del edificio hacia mi coche.

Mientras conduzco hacia el complejo, temo de verdad que todo esto sea efímero. No quiero perder ni un segundo de vida, y mi vida es ella.



Capítulo 22

Valeria

—¿Puedes dejar de observar a tu recién estrenado novio y hacernos caso? —me pide Cole y le miro, pero sin poder dejar de sonreír—. Casi prefiero que no me mires. Menuda cara tienes.

—Eso es porque el amor te repele —responde Gus—. Me alegro por vosotros, pero en parte Cole tiene razón. Céntrate y vamos a trabajar. Por cierto, espero que usarais precaución.

—Sí, porque de no usar, tú sabes mucho, ya que esperas un bebé —le pica Cole.

—Sí, usamos, pero da igual porque tomo la píldora. Ahora, si hemos dejado las clases sexuales... ¿podemos trabajar? —los pincho ahora a los dos.

Nos ponemos a trabajar hasta que Hector entra en el jardín donde hemos puesto las mesas de trabajo y se acerca a Eros. Le enseña algo del móvil y la mirada de este se ilumina.

—Me da que lo ha encontrado —les indico a mis hermanos.

Efectivamente así es.

Hector enseña a Cole la foto que ha hecho del recorte del periódico y mi hermano se la manda a su móvil antes de irse hacia fuera para orientarse y así situar el lugar donde estará.

—Lo va a encontrar —le digo a Eros pasando mi mano por su espalda tras meterla bajo su americana.

—No sé si eso me da más miedo que alegría. Tal vez todo esto no haya servido para nada.

—Bueno, estás luchando por encontrarla. Eso me dijiste. —Asiente y me besa.

—¡Es en el parquin! —grita Cole y vamos todos hacia allí—. No esperaba que fuera en un lugar donde efectúan más cambios a lo largo de los años. Es el sitio más vulnerable y que dificulta la obra o no... —dice cuando llegamos y va hacia un pequeño jardín que hay en la entrada donde antes estaba el escudo del complejo hotelero—... porque estaba vigilado por flores, o al menos esa era la idea.

Miramos el jardín donde solo hay tierra revuelta y utensilios de obra. Yo nunca hubiera puesto la primera piedra ahí, pero tampoco sabemos si elegir este lugar fue por algún motivo especial.

—Este jardín ha estado a la vista de todos —comenta Hector—. Es posible que de estar la caja, haya sido saqueada hace tiempo.

—Ya lo había pensando —dice Eros más desanimado que cuando Hector llegó.

Gus manda a sus hombres cavar en esa zona y lo hacen ante nuestra atenta mirada. Cuando tocan algo duro siguen con las manos. Por la cara que pone uno de los peones, lo que ha visto no le gusta.

Cuando saca la caja con el candado roto y abierta, Eros se tensa.

El obrero le tiende la caja.

Eros se acerca y, aunque sabe que dentro no habrá nada, mira incapaz de aceptar la realidad.

Luego me mira con una sonrisa triste y me besa antes de irse hacia su coche.

—Tiene que haber algo más. No puede ser este el final —les digo a mis hermanos viendo el coche de Eros alejarse—. Nadie debería vivir con esa ansiedad de no conocer tu pasado. Todos merecemos saber de dónde venimos.

—Lo sé, hermanita, pero esta es la realidad. Yo nunca hubiera puesto la piedra en un lugar tan

vulnerable —comenta Cole.

Asiento y me marcho cogiendo las llaves del coche de mi hermano con una única idea en la cabeza.

Llego a la sala de los periódicos viejos y veo a Eros buscando entre ellos alguna foto de su familia. Algo más que una pequeña foto borrosa donde no se ven bien las caras.

—Seguro que hay algo más —le indico cogiendo un puñado de periódicos y buscando.

Hector también se suma a la búsqueda. Conoce muy bien a su amigo y sabía dónde iría.

No encontramos nada. Nada que nos sirva, nada que haga a un hijo saber más cosas de su madre, de la mujer que le dio la vida.

—Quiero estar solo —me implora.

—Lo sé —respondo en la puerta a punto de despedirnos.

Lo abrazo con fuerza y me devuelve el abrazo.

—Solo necesito tiempo para saber qué camino tomar para llegar a mi pasado. Solo un momento para respirar y ver las cosas con claridad.

—Te entiendo.

Me da un dulce beso en la frente y se marcha una vez más.

Me giro hacia Hector que parece agobiado.

—Se le pasará. Estaremos a su lado —me indica.

—Sí, eso seguro. —Me marcho al hospital para buscar a Lena.

Al entrar a la zona de enfermeras veo a mi madre.

—¿Y esa cara, mi niña? —se interesa y me da un abrazo.

—Tengo suerte de tenerte.

—Eso por supuesto y ahora dime qué ha pasado. —Se lo cuento mientras vamos a la sala de enfermeras—. Pobre chico. Es raro que no haya nada más, pero ese complejo turístico siempre dio un poco de mal rollo a los de esta ciudad. La gente desea que no hubiera existido nunca y que se construyera un paseo marítimo en su lugar. No eran muy queridos en la ciudad.

—¿No?

Mi madre niega con la cabeza.

—¿Los conocías?

—No mucho. Eran muy reservados. Tuvieron muchas manifestaciones en su puerta por haber destrozado la playa y un paraje natural.

—Me tengo que ir, mamá. Voy a buscar cosas sobre él de después de abierto.

Voy hacia los periódicos y cuando estoy a punto de abrir con las llaves que me he quedado, noto que la puerta está forzada.

Entro y voy a encender la luz, mientras pienso en si irme o no. Es solo un segundo antes de que alguien se lance sobre mí y nos saque del local a los dos. Todo ello antes de tirar hacia dentro una cerilla y que los periódicos ardan.

—¡No! —grito viendo como huye perdido entre las sombras.

Me alejo y llamo a la policía.

Dudo en si llamar o no a Eros, pero al final lo hago y cuando le cuento lo sucedido, solo me pregunta si yo estoy bien.

Eros llega cuando el fuego está ya extinguido. Me abraza con tanta fuerza, que casi temo romperme entre sus brazos.

No me hace daño. Su abrazo es fuerte y seguro, como si necesitara saber que estoy bien, que estoy viva... Tiembla y yo con él.

—Estoy bien. No ha pasado nada.

—No traigo más que desgracias —me dice triste.

—Ha sido una desafortunada coincidencia. Nada más.

Me coge la cara entre sus manos.

—Si te pasa algo, me muero. —Acaricia mis mejillas.

Me alzo y lo beso.

—Han atrapado al muchacho —nos informa Hector—. Era un repartidor de periódicos que había sido despedido y amenazó con hacer daño al periódico. Lo ha hecho quemando lo único que no estaba digitalizado. Al parecer escuchó a Gus hablar con su amigo de esto y sabía qué hacer para hacerles daño. Fue despedido esta mañana. No se lo ha pensado mucho antes de llevar a cabo su plan.

—Entiendo. Lo que no comprendo es que hacías tú aquí —me señala Eros.

—Venía a ver si había noticias del complejo hotelero tras su apertura.

—Es mejor dejar esto aquí —dice Eros—. Voy a dejar el complejo hotelero como está. No lo voy a acabar.

—Pero Eros, si haces eso, no lo podrás vender —le indico—. Tienes que seguir hasta el final.

—No tengo ganas de estar allí —me dice.

—Pues no vayas. Yo seré tus ojos en ese lugar y luego lo vendes.

Asiente no muy convencido y mira a Hector. Este le da una palmada en la espalda, y sé que necesitan hablar. Hector conoce a Eros mejor que yo.

—Me marchó a casa para darme una ducha. ¿Nos vemos mañana tras el trabajo? —le pregunto a Eros que solo asiente y le beso—. Todo saldrá bien —afirmo.

Me marchó hacia mi casa pensando en cómo debe sentirse Eros. Vino a este lugar para encontrar algo de su familia y no para de dar palos de ciego. Ha comprado ese complejo turístico solo por encontrar la primera piedra, y todo para nada.

No me imagino lo perdido que debe sentirse.



Capítulo 23

Eros

Espero a Valeria apoyado en mi coche a primera hora de la mañana.

Llevo toda la noche dando vueltas en la cama pensando en todo. He dormido poco, tal vez por el cansancio más que porque mi mente tuviera ganas de desconectar unos segundos, y darme una tregua.

Al levantarme miré por la ventana hacia donde está el complejo y supe qué tenía que hacer.

Valeria sale de su portal y cuando me ve, su mirada se ilumina. Viene hacia mí y me abraza con fuerza.

—Así da gusto empezar el día. —Se alza y me besa—. ¿Cómo estás?

—Bien, no se puede andar hacia atrás.

—¿Qué quieres decir?

—Que me encantaría saber de mi familia materna, pero no puedo dejar que eso me prive de mi presente.

—Me alegra escuchar eso, pero sé que es más difícil cumplirlo que hacerlo.

—Seguramente. De momento que todo siga igual en el complejo turístico y yo me centraré en mi otro trabajo.

—¿Te vas a marchar?

—Tendré que hacer algunos viajes de ida y vuelta, pero regresaré aquí.

—Se me había olvidado que no vivimos en la misma ciudad.

—De momento no, pero dame tiempo y lo arreglaré todo para poder estar juntos.

—¿Aquí?

—Claro, es donde tú serías más feliz, al lado de tu familia.

—Cómo me conoces. —Me besa de nuevo y le suena el móvil—. Llego tarde otra vez. Eres una mala influencia para mí.

Se ríe y sube a mi coche para que la lleve al trabajo.

—¿Qué esperabas encontrar en esa caja? —pregunto antes de salir de su automóvil.

Eros lo piensa antes de responder.

—Te parecerá alguna tontería, pero esperaba encontrar algo de ADN. No sé... quizás que un pelo se hubiera caído mientras la cerraban o algo... Era una locura, pero era lo único que tenía para aferrarme a mi pasado.

—No es una tontería. Algo poco probable, pero podría haber ocurrido.

—También saber de dónde eran para investigar tirando de ese hilo. Saber hacia dónde tenía que ir para buscar más cosas.

—Lo siento, Eros.

—No lo sientas. No es tu culpa.

Quedamos en que vendrá a mi casa para comer y que se traerá algo de ropa para poder quedarse a dormir esta noche. Hoy hace muy buen día y podemos tomar el sol en el embarcadero de madera que hay cerca.

Llego a mi casa y llamo a mi padre. No es lo que más me apetece hacer, pero tengo que

contarle cómo están las cosas.

Lo coge a la primera y lo pongo al tanto de todo. También le hablo de Valeria. Sabe quién es y que la recordé tras el accidente.

—Me alegro mucho por ti en lo referente a la chica y sobre lo de tu madre, es mejor dejarlo estar. Sé que te encantaría saber de tu pasado, pero tal vez lo has idealizado tanto que si un día descubres la verdad, te defraude.

—¿Acaso sabes algo que yo ignoro?

—No es eso, hijo. Es que no quiero que sufras.

—Tranquilo. Ya no tengo por dónde seguir buscando. Todo acaba aquí.

—Bien, pues a seguir con tu vida y a trabajar. Si has dejado la idea del complejo hotelero, te voy a mandar más trabajo. Hay clientes que viven cerca de donde estás. Puedes ir a visitarlos.

—Pásame toda la información y lo miraré. Me gustaría hacer una cartilla de clientes por la zona, tal vez abrir aquí una nave de venta al público.

—¿Y todo por esa chica? No te precipites, Eros, que por buscar a tu madre has invertido todo tu capital en ese complejo turístico y como salga mal, no tienes nada para abrir una nave ni allí ni en otro sitio.

—Con eso dejas claro que no me ayudarías.

—No, pero si lo hicieras con tu dinero, te daría todo mi apoyo y clientes. Pero, hasta que no vendas ese complejo, no tienes nada. Así que métele caña y que acaben pronto para recuperar tu capital.

Me despido de él y como siempre me pasa, lo siento más como un jefe que como un padre. Creo que para mi padre es más fácil hablar conmigo de negocios que de cualquier otro tema. No recuerdo una conversación donde no hablara de otra cosa con él.

Hector viene a media mañana y me enseña el parte policial del incendio. Se ha hecho amigo de los policías de esta zona y pasa mucho tiempo en el cuartel.

—Les he pedido buscar información de los antiguos dueños del complejo hotelero. —Lo deja sobre la mesa—. Hablan del accidente de coche que tuvo la hija y luego el de los dueños. Las fechas del accidente de los dueños coinciden con la fecha en la que te entregaron a tu padre. Puede ser una pista o una casualidad.

Miro los informes y me sorprende el de la madre. El coche derrapó y ella se quedó colgando de un barranco. Cayó por este y el niño se quedó llorando en el vehículo.

Un policía que iba detrás, viendo que el coche hacía cosas raras, los siguió y cogió al bebé de seis meses ileso y lo devolvió con sus abuelos.

Se me ponen los pelos de punta leyendo estos informes.

El informe de los abuelos indica que iban de compras y su coche se salió de la carretera y se chocó contra un muro.

—De ser parte de esta familia, los accidentes de coche nos persiguen —comento cerrando los informes.

—Sí, pero no des vueltas a eso. Te lo he traído para que cierres todo esto.

—¿En la policía no saben dónde vivían? ¿De dónde eran?

Hector mira los informes y me indica el lugar donde pone su lugar de nacimiento. Es en un pueblo cercano.

—Quiero ir.

—Vale, vamos.

—¿Por qué no se te ocurrió hacer esto antes?

—Me ha costado un tiempo ganarme su confianza. No podía llegar y sin que me conocieran de

nada, pedir todo esto. Les he ayudado con algunos casos y eso ha hecho que me deban favores.

—Comprendo —digo, sintiendo por primera vez que Hector no es sincero del todo.

Al final prefiero dejar de desconfiar de él. No me engañaría.

—Me gusta este lugar. Nuestra ciudad no tiene playa y me estoy aficionando a eso de levantarme y perder mi vista en el mar. Tal vez hasta pida el traslado.

—Sería genial. Si yo consigo vender el complejo hotelero y abrir una nave aquí.

—Tu padre no te da más capital. —Niego con la cabeza—. Bueno, pues a buscar compradores. Tú tienes un don con la gente. Seguro que consigues un comprador. En la fiesta del viernes podrías ir camelándote a ricachones.

—Eso tengo pensado y ahora marchémonos.

Vamos en el coche de Hector y llamo a Valeria para contarle todo.

—Dice que pasemos a por ella.

—Me lo imaginaba y por eso ya iba hacia allí. —Miro fuera del vehículo y me fijo en que es cierto—. Tengo ese don de conocer a la gente.

—Cuando quieres.

Hector sonrío y sigue conduciendo.

Al llegar, Valeria está en la puerta de la empresa de su padre.

Salgo del coche y voy hacia ella. Nos acomodamos los dos en la parte trasera del vehículo.

—No se admiten cochinas en la parte de atrás —dice Hector mirándonos por el retrovisor.

—Pues no mires —lo pico.

Hector sonrío y sigue mirando la carretera.

—¿Y si no encontramos lo que esperas? —me pregunta Valeria jugando con mis dedos. Su mano está sobre la mía, en mis piernas.

—No pasa nada, pero tengo que intentarlo una vez más. ¿Tenías trabajo?

—Sí, he dejado a Cole trabajando en mi mesa. Le debo una. Esto era más importante. El trabajo puede esperar, la vida no.

—Eso lo dices tú que tus padres tienen dinero, pero en mi caso, si no hay dinero, lo perdemos todo —responde Hector.

—No seas cascarrabias. Has entendido lo que ella te ha querido decir —lo pico.

—El trabajo es muy importante. Hector tiene razón. —El aludido asiente feliz de llevarse el reconocimiento de Valeria—. Por eso he dejado a Cole a cargo y luego me tocará a mí hacer algo suyo.

—Muy bien. No hay que menospreciar tener un sueldo.

Miro a Valeria que sonrío a Hector tras su comentario.

—Su padre ha estado muchos años buscando trabajo y al final ha conseguido algo en una obra. Hace seis meses —le explico a Valeria.

—En nuestra empresa contratamos por su valía no por su edad. Si alguna vez necesita trabajo, que nos pase el currículum que tenemos muchos proyectos.

—Lo haré. Gracias —responde Hector.

Mi amigo no lleva bien que la gente no valore el trabajo. Cada vez que desperdicio dinero en lo que él considera tonterías, me deja de hablar por unos días. Somos la noche y el día en muchos aspectos. Ninguno de los dos ha pedido la vida que tenemos, y ambos nos curramos el poder seguir trabajando. Tal vez, gracias a él siempre he valorado tanto mi trabajo.

Llegamos al pueblo y no es muy grande.

Aparcamos el coche y vamos hacia el ayuntamiento.

Una vez allí, al decirles los nombres de mis familiares, los reconocen y nos indican cómo

llegar a la finca que hay al final del pueblo donde pueden ayudarnos para nuestra investigación.

Vamos hacia ella y tocamos a la puerta de la valla que rodea el terreno.

Nos abren y recorremos varias hectáreas de cultivos antes de llegar a la casa que se ve al final del camino.

Al llegar, un hombre de más o menos la edad de mi padre, nos espera con cara de pocos amigos.

Salgo del vehículo y voy hacia él.

—Me han llamado del Ayuntamiento para decirme que estaban preguntando por mi hermana, pero no me han dicho quién.

—Soy Eros Brown y hace casi veintiocho años un hombre me llevó a casa de mi padre sin nada más que lo puesto. Estoy buscando a mi familia materna.

El hombre me observa y luego mira tras nosotros.

—Pasad.

Entramos en la casa que, aunque es antigua, está muy bien cuidada y no le falta detalle de nada.

Vamos hacia el salón y un hombre se acerca para ver si trae algo de beber.

Le pide que traiga unos refrescos.

—Así que tú eres ese mocososo —dice el hombre cuando se sienta, confirmando al fin mis sospechas—. ¿Y cómo has llegado hasta mí? Me he esforzado mucho en no ser parte de tu vida.

—Entonces reconoces mi nombre y sabes quién soy.

—Sí.

Mira tras de mí y al girarme, veo fotos de las fiestas a las que he acudido y se han publicado en la prensa.

—No entiendo nada. No me cuadra su frialdad con estas fotos.

—Seguí los deseos de mi hermana. Ella te quería lejos de todo. Por eso te llevé con tu padre y te dejé allí. Yo soy tu tío.

Lo miro a los ojos, unos ojos que son como los míos, pero envejecidos por el paso del tiempo. Tengo la verdad delante de mí, hay miles de preguntas que quiero hacer, pero la primera la tengo clara.

Siento que tiemblo por tener al fin la verdad de mi familia materna. No esperaba encontrar ya nada, y ahora temo no preguntar todo lo que quiero saber preso de la emoción del momento.

—¿Por qué me quería lejos de esto? —empiezo preguntando.

—Para salvar tu vida —responde.



Capítulo 24

Eros

Valeria coge mi mano y Hector se pone alerta.

Nos traen los refrescos y el hombre pide que cierren las puertas y las ventanas. Tanto secretismo me pone nervioso.

—Quiero la verdad —le pido.

—Vale, pero quiero decirte que todo ha acabado. No quiero asustarte.

—¿Qué ha acabado?

—Ya no corres peligro. —El hombre me mira y al ver que no entiendo nada, da un trago a su bebida, y decide ser más conciso—. Tu abuela no creía que lo que os pasó a ti y a tu madre fuera un accidente. Ella pensaba que el coche estaba manipulado y por eso hizo aquello. Tu madre no pudo controlarlo. Nadie la creyó y dieron el caso por cerrado sin examinar el vehículo. Lo destrozaron antes de poder exigir una investigación más exhaustiva. Desde ese día sintió que alguien la observaba entre las sombras. La policía no la creyó porque nada apuntaba a que hubiera sido un atentado.

»Estaba obsesionada con la idea de que corrían peligro, hasta el punto de que, antes de morir, me hizo jurar que te llevaría lejos con tu padre y rompería todo contacto conmigo. Se lo prometí, pero no la creía del todo —confiesa con tristeza—. Hasta que tuvieron el accidente de coche que los mató. Una vez más dijeron que tu abuelo perdió el control del vehículo y no había nadie tras él. Por suerte tú estabas conmigo y, asustado, te llevé con tu padre para que no corrieras peligro, porque tu abuela me había pasado su miedo. Investigué su muerte pero no encontramos nada hasta que hace dos meses atentaron contra ti otra vez.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Ese hombre no solo os tenía inquina porque la empresa de su padre quebró. También lo hacía porque hace años su padre pujó por el terreno donde fue construido el complejo hotelero. Él tenía otros planes en mente, pero mi hermana ganó en la puja el terreno y desde entonces ha estado contra la familia. El odio lo llevó a la ruina y su hijo culpa a tu padre de ello. A ti por ser nieto de quien eras. Mi detective me lo contó en su investigación y encontraron pruebas de que fue el culpable de los accidentes que tuvo mi familia.

»Vamos a ir a juicio para que pague por estos crímenes también. De momento solo le han procesado por lo que a ti te pasó.

—¿Y así acaba todo?

El hombre asiente.

—Llevo todo este tiempo dudando en si acercarme o no a ti. No tuve hijos y eres toda la familia que me queda.

—¿Tienes fotos de mi madre?

—Sí, alguna tendré. Odiaba las fotos. Salía en muy pocas porque no soportaba mirarse en ellas.

—¿Por la marca de nacimiento que tenía en la cara?

—Sí, tú la tienes igual en el brazo. —Asiento—. Yo nunca entendí por qué se escondía. Era preciosa y la marca era parte de ella. La hacía única, pero no eclipsaba su belleza. Era un poco

rara. Yo intenté llegar hasta ella, pero no le gustaba la gente.

No sé cómo sentirme ahora que todo encaja, que al fin sé de dónde vengo. Tanto tiempo buscando y, ahora que lo he encontrado, siento alivio pero también tristeza porque el odio me separara de mi familia.

Mi tío se marcha y no tarda en regresar con una foto de mi madre.

Me la tiende, y observo que está con mis abuelos. Se ve más nítida que la del vídeo. No me parezco a ella. Me parezco más a mi abuelo, aunque tengo los ojos de mi tío.

—Te la puedes quedar —me dice el hombre.

Mi madre parece muy joven; apenas tendría veinte años en esta foto. No tiene buena cara. Mira sería la cámara, con rabia... Se nota que odiaba ser fotografiada.

—Gracias por todo y me gustaría seguir en contacto —le indico.

—Eso sería maravilloso y como ya es tarde, os podéis quedar a comer.

Aceptamos y mi tío se marcha feliz para pedir que nos hagan algo para comer.

—¿Cómo estás con todo esto? —me pregunta Valeria.

—Siento como que me he quitado un peso de encima, pero me siento muy triste por lo que les pasó.

Valeria me abraza.

Hector me da unas palmadas en la espalda.

Miro la foto que tengo entre mis manos y me doy cuenta de las vueltas que da el destino, como lo enreda todo para luego hacer que los caminos se junten de nuevo. Si yo no llego a ver ese reportaje, no hubiera llegado hasta aquí.

Una simple acción tiene infinidad de consecuencias.

La comida con mi tío ha ido bien, pero ha sido muy rara. Toda la vida imaginando cómo sería tener más familia y ahora que la tengo, no sé bien cómo reaccionar.

Nos ha contado que el complejo hotelero lo compró su hermana, mi abuela, para su hija que desde niña había soñado con tener algo así. Se les fue de las manos con las exigencias de mi madre que quería tener algo grande y único.

Eso me ha hecho pensar que tendría que hacer el complejo más funcional. No tan ambicioso.

Estoy esperando a Valeria que ha subido a por un macuto de ropa para llevarse a mi casa. Miro a mi alrededor y me parece ver a alguien de oscuro mirándome. En cuanto se da cuenta, sigue su camino como si nada. Ahora que sé la verdad de mi atacante, debería dejar de sentir miedo. No puedo vivir así. No es sano vivir con miedo.

—Estoy lista. —Valeria se pone ante mí con una maleta grande.

—¿Y todo eso para una noche? —la pico.

—Los dos sabemos que no será solo una noche.

La beso feliz de que tenga tantas ganas como yo de estar juntos.

Vamos a mi casa y nos ponemos cómodos.

Tardo más que Valeria y cuando la busco, está apoyada en la barandilla que da al lago. El sol de la tarde baña su pelo rubio.

Se ha levantado frío y, antes de salir, cojo una manta gris con la que nos tapo a los dos.

—Al fin puedo cerrar mi pasado, pero si te soy sincero, solo soy capaz de pensar en mi presente. En mi vida a tu lado.

Valeria se gira y me besa al mismo tiempo que me abraza.

—Te quiero, Eros —me dice por primera vez desde que hemos vuelto a empezar.

La primera vez yo lo adiviné, pero ella solo asintió.

Escucharlo hace que mi corazón se hinche en el pecho, y mientras le sonrío, espero que nada enturbie lo que tenemos.

—Pase lo que pase siempre volveré a ti —le digo—. Tu destino y el mío están ligados. Para bien o para mal estoy destinado a tener una única pareja perfecta, y esa eres tú. Eres mi pequeña golondrina...

La miro y sonrío feliz. Tiene los ojos cerrados, como si degustara mis palabras, y cuando los abre, veo qué siente sin necesidad de nada más. Quien entiende de sentimientos, comprende que no siempre hace falta llenar el silencio con palabras de amor, porque estas están ahí para los buenos lectores.



Capítulo 25

Valeria

—¿De verdad que has vuelto con él? —pregunto a Lena mientras me ayuda a vestirme para la gala de esta noche.

Cole viene a por mí y allí veré a Eros que va con Hector.

Lena deja mi vestido verde en la cama y luego asiente.

Yo estoy ante el espejo retocándome el maquillaje.

—Ha cambiado.

—El sexo no lo es todo.

—Ya, claro... Será que tú y Eros jugáis al parchís. —Me sonrojo y se ríe—. Fuera de la cama también estamos mejor.

—No tienes que estar con alguien. Yo estoy con Eros porque quiero, porque lo quiero, no porque quiera dejar de sentirme sola o de sentirme parte de algo. Ya era parte de algo antes de él.

—Es fácil decirlo cuando estás viviendo un amor así.

Noto que mi amiga oculta algo.

—Lo que dices me da la razón. ¿Hay algo más?

Aparta la mirada y niega con la cabeza.

—Estoy bien así. Quiero darle una última oportunidad. Confía en mí.

La miro y asiento pero porque deseo que sea feliz, no porque creo que lo sea.

Me ayuda con el vestido.

—El collar de golondrina no te pega, pero supongo que no te lo piensas quitar.

—No, me da igual que no pegue. Es lo más real de este conjunto. —Acaricio el collar con los dedos.

—Me alegro mucho por ti.

La miro y sé que dice la verdad, como también sé que me envidia.

—Un día, cuando dejes de autodestruirte con hombres que no te merecen, lo mismo alguien te hace sentir mil cosas... de esas que dan miedo de lo intensas que son.

Los ojos de mi amiga se llenan de lágrimas que reprime.

Mi hermano Cole entra impecablemente vestido. Está muy guapo.

—Preciosa. Y ahora vamos que llegamos tarde.

—Últimamente siempre llego tarde.

—Y no veas cómo me jode —apunta mi hermano.

Lo sigo.

Mis padres nos hacen una foto antes de salir.

Gus se mete en la foto por detrás.

Mi madre nos mira a los tres emocionada, con esa mirada que a veces se le escapa que es como si lanzara una pregunta al aire: ¿Cuándo crecieron tanto mis pequeños?

Nos marchamos hacia el coche de Cole y miro mi móvil.

Eros me ha escrito para decirme que ya han llegado y que dónde estamos nosotros.

Le mando una foto sacándole la lengua.

—Dios, estás muy enamorada. ¿Eso es contagioso?

—No seas tonto. Si lo fuera, hubieras caído tú tras Gus.

—No, por favor. Me quedan unos cuantos años de libertad.

—Estar con alguien no es perder la libertad. Si esa persona te la quita, no es amor.

—Lo anoto para cuando me enamore. Es decir, nunca.

Mi hermano me guiña un ojo y aparca cerca de donde es el evento. No le gusta que nadie toque su coche, salvo su familia.

Vamos hacia la sala y Cole saca la invitación del bolsillo de su chaqueta.

Entramos y busco a Eros con el corazón latiendo tan fuerte en mis oídos que es lo único que soy capaz de escuchar ahora mismo.

Enseguida lo localizo, mirando hacia la puerta mientras habla con unos señores. Hector está a su lado y lo observa todo serio, como si en vez de estar en una fiesta, se encontrara trabajando.

Eros me guiña un ojo.

Voy a dejar mi capa en la zona de abrigo y nos acercamos a Eros, o esa es nuestra idea, porque a medio camino nos paran varios clientes fijos de la empresa. Algunos muy interesados en hablar con Cole de futuros proyectos, y quieren saber cómo diseñaría yo el interior.

Estamos en eso cuando siento que alguien posa su mano en mi espalda.

Eros.

Recorre con sus dedos mi espalda desnuda, mi piel se eriza y, cuando llega a mi tatuaje, acaricia las golondrinas antes de dejar un beso sobre ellas. Luego se presenta como si no acabara de alterar cada uno de mis sentidos.

Su mano no se separa de mi cintura.

Lo miro de reojo. Está impresionante con ese traje chaqueta y no puedo evitar imaginarme como irán cayendo al suelo cada una de las prendas que luce hasta que su cuerpo desnudo se descubra ante mí.

Noto calor y por eso cojo una copa de champán cuando nos la ofrecen.

—Estás muy guapa —me dice un amable Hector que parece muy tenso.

—Tú estás muy guapo y muy nervioso.

—Odio ir así vestido, pero todo sea por mi amigo y también como fiesta de despedida. Mañana regreso a mi casa.

—Vaya, se te echará de menos.

—Vendré pronto porque seguro que Eros acaba por vender ese complejo y se instala aquí. Tendré que venir a veros.

Asiento feliz por tantos proyectos de futuro. Me entra un poco de ansiedad al darme cuenta de que es como hace diez años, cuando soñaba con tantos futuros a su lado que de repente se esfumaron y no supe seguir adelante sin ellos.

—¿Todo bien? —me pregunta Eros al notar que me tenso.

—Bien. Todo bien —miento y por su mirada lo sabe.

—Luego me lo cuentas —me dice al oído no creyéndose mis palabras y asiento.

Vienen a buscar a Eros y se tiene que ir.

Se aleja con una disculpa.

El resto de la fiesta es ir de reunión en reunión. Bebo más que como y no puedo dejar de sentir miedo por soñar en mi futuro con Eros.

Cuando tocan los primeros acordes de música para dar paso al baile, Eros tira de mí hacia la pista donde varias parejas ya han salido. Entre ellos los anfitriones.

—No sabía si sabías bailar o me arriesgaba a que me pisaras —me dice para sacarme una

sonrisa.

—Sé bailar y muy bien por cierto.

Da una vuelta y me hace girar entre sus brazos. Me río.

—No soporto verte triste y ahora lo estás. ¿Por qué?

—Porque lo quiero todo contigo. Todo lo que sueñe quiero que se haga realidad y ya sé lo que es ver todos tus sueños rotos. Me ha dado un poco de pánico no conocer el futuro.

—Por alguien que lleva años temiendo perder la vida, te digo que para bien o para mal, solo tenemos el momento actual y ahora soy todo tuyo.

Me alzo y lo beso.

Nos quedamos quietos mientras varias parejas nos rodean. Estamos bailando nuestra propia danza.

—¿Estás segura? —me pregunta antes de entrar dentro de mí, pero esta vez sin nada que nos separe.

De camino le hablé de que tomo la píldora y que hace un año que no he estado con alguien. Él, desde antes del accidente, tampoco y tras este, le hicieron varias pruebas, análisis en los que comprobaron que estaba limpio del todo.

—Sí.

Eros sonrío un segundo antes de buscar mi boca y besarme con lentitud, al mismo tiempo que entra en mí. Sentirlo piel con piel es más intenso de lo que esperaba.

Nunca he hecho esto con nadie. Tomo la píldora porque mi madre se quedaba más tranquila, pero es la primera vez que he deseado esta proximidad.

Eros se adentra poco a poco, y su forma de hacerlo es una dulce tortura.

Me muevo haciendo que entre del todo.

—Eres una impaciente.

—Y tú un lento.

Se ríe y me mira con esos ojos verde azulados que tanto amo.

Tomo aire para no llorar por todo lo que me dice su mirada.

Nos movemos juntos, marcando el ritmo de sus embestidas.

Su cuerpo se roza con el mío, mi piel se funde con la suya.

No existe nada más que este momento y, tal vez por eso, esta vez hacemos el amor sin prisas, y sin querer alcanzar con rapidez el ansiado éxtasis.

Al final no podemos detener el inevitable final.

El orgasmo nos sorprende aun cuando queríamos alargar su llegada.

Eros me abraza con fuerza y nos quedamos quietos así, sintiendo como el cuerpo del otro vuelve a la normalidad sin decir nada; tal vez porque las emociones son tan intensas que no podemos expresar lo que sentimos.



Capítulo 26

Eros

Hoy hace mucho calor. Al menos esta mañana. Seguro que esta tarde refresca.

Valeria está tomando el sol en el embarcadero. Ando sin que me vea y me tiro al agua con toda la intención de salpicarla, y cuando salgo está gritando.

—¡Estás loco! ¡Está helada!

—No es para tanto. Vamos, ven.

—Ni de coña.

—No está tan fría como esperaba.

—Ya, eso lo dices para que me meta.

Duda y mete los pies.

Voy hacia ella y, antes de que tenga tiempo de escapar, la cojo para meterla en el lago.

Emerge y me tira agua a la cara mientras me río de sus caras.

—¡Está como el hielo!

Se va hacia fuera y tiro de ella.

La beso antes de ponerla tras de mí.

Se abraza a mí y salimos juntos del agua.

Nos secamos entre los dos, tapados con una toalla.

—¿Sigues queriendo hacer esta noche una acampada?

Asiento. Le dije esta semana que me hacía ilusión hacer una cerca de mi casa.

—Sí, pero hay algo que tengo que decirte —señalo algo serio.

—¿Algo malo?

—No, algo que ya sabíamos.

—Que te tienes que ir.

—Sí, me iré mañana por la tarde. Tengo que hacer unas cosas con mi padre el lunes. —Asiente y su mirada está triste—. Voy a regresar. Ahora sabes quién soy, y mi dirección. No es como antes.

—Lo sé, pero no puedo evitar tensarme.

—Hoy sigo aquí.

Valeria

Lo beso y nos tumbamos para tomar el sol.

Intento estar relajada pero Eros me lo pone muy difícil acariciando mi mano y jugando a pasar sus dedos por mi cuerpo. Me recuerda a cuando estábamos en la playa tomando el sol hace diez años y al final solo podíamos besarnos.

Abro los ojos y lo miro.

Me observa.

Ha cambiado, eso no lo puedo negar, pero sigue siendo mi Eros; ese chico dulce y atento que me hizo creer en él sin necesidad de saber toda su historia.

—¿Y esa mirada? —me pregunta acariciando mis mejillas.

—Creo que sin darme cuenta he vuelto a confiar en ti.
Su mirada se vuelve más intensa.
Veo la felicidad en sus ojos.
Me besa y una vez más somos como esos adolescentes que no podían separar sus bocas el uno del otro.

Tras comer y descansar un poco nos hemos puesto a mirar los planos del complejo hotelero. Eros lo quiere ahora más funcional y no con tantas cosas innecesarias como pidió antes. Lo dejamos todo por escrito para hacer nuevos planos y quedo en mandárselos. Lo preparamos todo para cenar al aire libre y hacer una pequeña acampada entre los dos. Ahora que se ha ido el sol hace más fresco, y por eso también llevamos un par de mantas. Eros se pone a hacer una hoguera para calentarnos. Yo he visto en el almacén de la casa unos troncos cortados y los he traído hasta la zona elegida para acampar.
Cuando está todo listo, nos sentamos cerca de la hoguera y sacamos algo de picar.
—¿Has hecho muchas veces esto? —le pregunto.
—Con Hector sí. Le gusta mucho acampar al aire libre y me ha enseñado todo lo que debo saber para poder hacerlo. Como hacer una buena hoguera.
—Anoche no se lo pasó muy bien en la fiesta.
Eros sonríe.
—No le gustan, pero al final se puso a hablar con tu hermano e hicieron buenas migas.

—Cole tiene ese don, el de agradar a todo el mundo.
—Es tan encantador como yo. —Me río—. ¿Acaso no es así? —me pica.
—No, solo cuando quieres.
—Pero eso va a cambiar. Mi padre deberá acostumbrarse. O lo hace o me despide.
—Es muy raro que un padre se sienta aliviado cuando su hijo se muestra frío.
—Lo es, pero es una realidad. Cuanto más cariñoso resulto, más tenso se vuelve.
—No tiene sentido, Eros.
—Cada uno tiene sus manías.
—¿Y él no es cariñoso?
—No, nunca lo ha sido. Pero sé que me quiere. Al igual que mi madrastra. No es cariñosa, pero siempre está ahí. Es complicado de explicar. No todo son abrazos y besos. Existen otros gestos.
—Lo sé, pero como a mí no me des besos y abrazos, te dejo.
Se ríe.
—Cuando te conocí por primera vez, me sentí atraído por tu cariño. Por tu forma de ser tan distinta a como yo era.
—Eso no me lo habías dicho.
—Pues así fue. Luego, al empezar contigo, me di cuenta de que yo era así. Me gustaba recibir cariño. Abrazar, besar... Despertaste algo en mí que no sabía que me faltaba en mi vida.
—Por eso al olvidarme, cambiaste.
—Sí, no sabía lo que me faltaba y si a eso le sumas que mi padre me daba más libertad, pues todo se juntó. ¿Y a ti en qué te cambió el que no fuera ese día?
—Me costó confiar en la gente. Confié en ti tan ciegamente que me sentí muy tonta. Por eso

desconfiaba de todo. Me volví recelosa y me costaba empezar una relación con alguien.

—Lo siento y ojalá lo nuestro dure para siempre, pero si saliera mal, no puedes anteponer tu felicidad a un solo fracaso. Tienes que ser feliz.

—Es fácil prometerse eso cuando estoy ahora a tu lado.

—Entonces es una promesa medio falsa.

Asiento.

—Puede ser, pero no quiero pensar en qué pasaría. Seguramente cambiaré o me volveré reservada, pero no es culpa tuya. Es solo una forma de defenderme ante el dolor por haberte perdido, y sé lo que duele. Por eso no quiero pensar en ello o viviré con miedo cada vez que te vayas... Mañana regresas a casa.

Eros coge mi cara entre mis manos y me besa.

—Puedes venir.

—No, tengo que aprender a vivir con miedo y solo lo superaré si lo afronto.

—Esa es mi chica.

Seguimos cenando y de postre trae helado de menta con chocolate.

Empezamos a comer y mientras se derrite en mi boca el dulce, me acerco para besar a Eros. Mi boca pasa de estar fría a arder por sus besos.

—¡Joder! —Dice tras nuestro intenso beso—. Quiero hacer algo, pero tenemos que estar dentro. No puedo arriesgarme a tener mirones.

Me recorre un escalofrío por lo que se le pueda haber ocurrido.

Apagamos el fuego y recogemos lo más imprescindible.

Vamos a su cuarto y Eros deja el helado en la mesita de noche tras comer un poco. Me besa y la menta de sus labios estalla en mi boca.

Tiro de su ropa cuando el calor por nuestros besos hace que moleste y solo piense en fundirme con su piel.

Cuando nos quedamos desnudos, Eros se separa y me mira con picardía al mismo tiempo que degusta el helado en su boca.

Me muerdo el labio al ver cómo el helado desaparece entre sus labios.

Sonríe antes de acercarse hacia mis pechos y coger sin previo aviso uno de mis pezones con su boca. Siento el frío y noto como se endurece por los lametazos de su lengua hasta entrar en calor.

Lo hace varias veces hasta que, cuando creo que lo hará una más, tras degustar el helado, baja su cabeza hasta la unión de mis piernas. No me da tiempo a procesar si quiero o no descubrir un placer así antes de que su lengua helada toque mi clítoris, y entonces solo puedo pensar en que no se detenga.

Su lengua helada a veces y ardiente otras me lleva a una espiral de sensaciones únicas.

Cuando no puedo más y casi le imploro el desenlace, se adentra en mi interior con una certera estocada.

Nos gira y me pongo encima de él con las manos apoyadas en su pecho.

Él me sostiene, sujetándome con sus fuertes y morenas manos por la cintura.

Subo y bajo acrecentando nuestra agonía, haciendo que el placer me haga ir más rápido hasta alcanzar el ansiado orgasmo.

Me cobijo entre sus brazos y pido que la noche sea eterna.

No quiero que se vaya.

Por desgracia el amanecer llega demasiado pronto y con él la partida de Eros.

Lo abrazo con fuerza cuando me deja en mi casa.

—Voy a volver pronto. No pienso alejarme de ti esta vez.

—La otra vez no lo hiciste aposta.

—Ya, pero la otra vez no tenías manera de encontrarme. Ahora te he dejado hasta el teléfono de mi padre y mi madrastra. —Eros coge mi cara entre sus manos. Me va a besar pero algo tras de mí le hace tensarse.

—¿Todo bien?

—Sí, solo me pareció que alguien nos miraba. Ninguno de los dos puede evitar tener miedo y olvidar lo que nos afectó.

—No, pero lo superaremos juntos.

Eros asiente y me abraza.

—Te quiero mi pequeña golondrina.

Lo beso antes de que se vaya y miro como se aleja su coche con el miedo corriendo por mis venas.

«Va a ir todo bien», me digo mientras regreso a mi casa y pido que los días pasen pronto.



Capítulo 27

Valeria

—¿Entonces tu padre me ha puesto en cuarentena?

Eros se ríe al otro lado del teléfono.

Hace una semana que se fue y no hemos dejado de hablar cada día sobre todo antes de dormir. Un día me dormí con él al teléfono y luego me dijo que no colgó, que se quedó escuchando como dormía. Estuve con cara de enamorada todo el día y Cole se burló de mí.

Hasta hoy Eros no había visto a su padre en persona y le quería hablar de mí cuando fuera. Me estaba contando que nada más ver la felicidad de Eros, se puso tenso y que conforme hablaba, se iba alterando más y más. Al final le hizo prometer que iría a ver a la psicóloga para comprobar que tras el accidente y descubrirlo todo, seguía estando bien.

No sé si tengo ganas de conocer a alguien que ve la felicidad y el amor como algo malo hasta el punto de querer que te estudien por si algo no va bien en tu cabeza.

—No es eso. Solo necesita tiempo. Creo que odia los cambios y por eso actúa así. Me da igual. Se tiene que acostumbrar.

—No sé si quiero conocerlo. A ti mi familia te adora... Bueno, les caes bien.

—Es que soy adorable.

—¿Y yo soy un ogro?

—A veces sí —me pica—. Les encantarás y por cierto, conocí a tus padres hace años pero no los he visto de manera oficial.

—Esto se pone serio..., presentarte como mi novio.

—Es que lo nuestro es serio.

—¿No te has arrepentido estando lejos? Aunque claro que no, soy la mejor.

Se ríe.

Odio sentir estas dudas y sé que en verdad no es porque no me crea maravillosa, es porque prefiero pensar en eso que en el miedo que siento porque tenga otro atentado. Hasta he llegado a obsesionarme con pensar que alguien me sigue.

—Eres la mejor —me dice volviendo a la conversación—. Y no me arrepiento. Eres lo mejor de mi vida, por eso te recordé cuando creía que esta se me acababa, porque dicen que recuerdas lo mejor de tu vida y mi mente eligió tenerte a ti como último pensamiento.

—Oh, qué bonito.

—¿Se te ha puesto cara de tontita?

—¡Claro! Si no que se lo digan a Cole que no para de picarme con eso. —Se ríe.

Seguimos hablando un rato hasta que llega la hora en la que he quedado para salir de fiesta con Lena y su estúpido novio.

Llego al *pub* donde he quedado con mi amiga.

Cole se ha apuntado o más bien casi le he obligado a venirse conmigo. No quería ir sola con Lena y su novio.

—Me debes una más —me dice mi hermano, aunque sé de sobra que luego nunca me pide nada.

Lo abrazo y vamos hacia dentro.

No nos parecemos en nada y por eso puede pasar por mi novio.

Vemos a Lena con su novio y este, al vernos, nos saluda con poca gana.

Pedimos algo para beber y me cuesta no pensar en Eros aquí.

Bebemos y el novio de Lena se anima, y se pone a bailar creyéndose un gogó profesional. De hecho acaba subiéndose a la mesa para que lo mire la gente.

—Y yo me quería perder este espectáculo —me comenta Cole al oído.

—Para que veas.

—Se cree guapo, ¿no? —me pregunta y asiento.

Cole grita cuando este se levanta la camisa.

Lena lo mira agobiada.

La gente lo graba y este se viene arriba. Coge a mi amiga para que baile con él, o eso creía yo porque en realidad le dice que se aparte un poco porque no pueden verle bien.

Lena viene hacia mí flipando.

—Había cambiado, ¿no? —le digo al oído.

—Ya sabes que le gusta bailar.

—Sí —respondo.

—Otra cosa es que lo haga bien —añade Cole.

Cuando la canción acaba la gente le aplaude y este decide que va a bailar otra. Al final una de las gogós lo llama y se sube con ella a su altillo.

—¿Nos vamos? —le pregunto a Lena.

—No puedo dejarlo solo —me responde mi amiga.

—Te mereces a alguien que sea capaz de mirar más allá de su ombligo —le digo.

—Estoy embarazada de él —me lo suelta como si tal cosa y sus ojos se llenan de lágrimas. A mí no me salen las cuentas—. Llevo más de dos meses quedando con él. Una de las veces lo hicimos borrachos... Por eso, cuando supe que tenía una falta, le quise dar una oportunidad. —Las lágrimas de mi amiga caen por sus mejillas—. Estoy ligada a él lo quiera o no. Quiero creer que por este niño, irá bien.

Me mira a los ojos y casi me implora que le diga que todo irá bien.

Observo a Cole y me manda fuerzas con la mirada.

—Irá bien. Serás una madre maravillosa. Y él lo mismo cambia cuando lo tenga entre sus brazos.

—Sí, cuando se lo diga, a ver cómo reacciona.

Abrazo a mi amiga y Cole nos lleva a una zona más tranquila.

Lena me cuenta cómo se enteró y me enseña la primera ecografía que le hizo una amiga en el hospital. Su familia ya lo sabe. Solo falta que se entere el padre.

Miro hacia donde está el susodicho, quien se ha quitado la camiseta y se está tirando una botella de agua por encima.

Miro a Cole y este parece tenso al saber la verdad.

Cuando nos busca está eufórico y besa a mi amiga como si quisiera montárselo en la mesa.

—¿Nos vamos, nena? —le pregunta y nos ignora.

—Claro. Estoy cansada.

—No me digas eso que esta noche no quiero dormir. Tú ya me entiendes.

—¡Joder! ¿Eres de los que aguanta toda la noche? —pregunta Cole.

—Pues claro, chaval. Soy un hombre.

—No, eso de estar toda la noche erecto no es de más hombres, es de extraterrestres porque no

es normal. A menos que tomes pastillas.

—¿Y quién te dice que no he tomado una? —Se arregla el paquete y casi lloro por saber que este idiota es el futuro padre del hijo de mi amiga.

—Pues pronto empiezas —mi hermano se lo dice calmado—. Yo soy más de pasarme toda la noche despierto, pero amando a la mujer de cientos de maneras diferentes. No toda la noche empalmado. A veces hace más un abrazo o una buena conversación que un coito.

—Eso lo dice alguien que nunca ha follado bien.

—Dime lo que quieras. Mi vida es solo mía —le responde Cole.

—¿Nos vamos, cachorrита?

—Claro. —Lena me da dos besos y se despide de Cole.

Los veo irse preocupada.

—Le ha tocado el gordo —comenta Cole y no precisamente para bien.

—Quiero creer que cambiará.

—El sol sale cada día, y eso es tan cierto como que hay personas que no cambian nunca.

—Tú le has alentado un poco.

—Es un cromañón. La trata como si fuera un pedazo de carne. Ella se merece mucho más. Sabes que para mí es como otra hermana y no soporto que haya acabado con alguien así.

Lo de que mis hermanos la ven como una hermana es cierto. Los dos la quieren mucho, pero no en plan romántico. Lena nunca se ha sentido atraída por ellos, ni ellos por ella.

Es amor fraternal, aunque a mí me hubiera encantado que mi mejor amiga acabara con alguno de ellos.

Cole y yo nos tomamos unas copas y bailamos un poco para despejarnos antes de regresar a casa.

Una vez en la cama escribo a Eros, y como me responde, lo llamo para contarle todo.

—Lo siento por ese niño —me dice—. No se merece un padre así.

—Bueno, ese niño ya está de camino y haremos lo posible para que sea feliz.

—Sí, eso seguro. Tendrá a su lado una tía preciosa —lo dice por mí—. ¿Tú quieres tener hijos? Nunca hemos hablado de eso.

—Pues no sé. La verdad es que no lo he pensado. Hasta ahora no me veía encontrando a alguien con quien quisiera formar una familia. Solo tengo veintiséis años. Tal vez dentro de unos años, sí.

—Tú ya eres parte de mi familia —afirma—. Y si un día tenemos que tener hijos, llegará su momento y si no, seguiremos siendo una perfecta familia de dos.

—Tienes razón. Cuando se me despierte el instinto te lo diré. ¿Tú quieres?

—Tampoco he pensado en ello. No me veía casado, pero ahora todo es diferente contigo.

—Te entiendo.

Hablamos hasta que empiezo a bostezar casi cada palabra y nos despedimos hasta mañana.

Me duermo soñando con Eros y me doy cuenta de que ya no pienso en él como el Eros de mi pasado sino como el Eros de ahora. Ahora es como si siempre hubiera sido parte de mi vida y me cuesta imaginar un momento donde no estuviera.



Capítulo 28

Valeria

Hemos quedado para comer en casa de mis padres. Voy hacia allí andando porque viven muy cerca. Antes he llamado a Lena y me ha dicho que estaba bien y que todavía no se lo había dicho a su novio. No había tenido valor.

Veo el portal de mis padres y abro el bolso para sacar las llaves, o esa era mi intención ya que me dan un fuerte tirón del bolso y caigo al suelo viendo como un encapuchado corre con mi bolso.

Grito que lo detengan mientras me levanto y corro tras él.

Todas mis cosas están en ese bolso. Solo con mi móvil ya tiene toda mi vida y mi clave no es que sea muy elaborada. Es un patrón sencillo.

Lo pierdo de vista y sigo corriendo hasta que veo un coche patrulla y les paro.

—¡Se ha ido por allí! —les indico y, tras apuntar mi nombre y apellidos, corren hacia el ladrón con la sirena puesta.

Me marcho hasta la casa de mis padres y les digo lo que ha pasado por el telefonillo. Cole y Gus bajan para ir conmigo a la comisaría para esperar.

Al final regresan con mi bolso y todas mis cosas. El móvil entre ellas. No lo han pillado pero, al verse acorralado, tiró el bolso y se escabulló.

Regresamos a casa de mis padres hasta que por la tarde llaman a mi progenitor al móvil.

—No puede ser... Sí, ya vamos. —Mi padre me mira pálido.

—¿Qué pasa papá? —le apremia Cole.

Mi padre me mira y su mirada me da escalofríos, como si algo malo fuera a salir por su boca. Casi puedo sentir como se me hiela la sangre.

—El complejo turístico ha explotado. Está ardiendo.

—¿En serio? —pregunta Gus y mi padre asiente—. Por suerte es domingo y no hay nadie allí. Ahora a descubrir qué ha pasado.

—Sí, temen que alguien esté allí —por la forma que tiene al decirlo mi padre, yo empiezo a negar con la cabeza y me tapo los oídos. Cuando me trata de abrazar me aparto—. El coche de Eros está en la puerta, pero puede que no esté o que cuando lleguemos, lo hayan encontrado dando un paseo...

—¡No puede ser! ¡Él no me ha avisado de que vendría! ¡No es su coche!

—Es su coche, hija —afirma mi padre.

Tiemblo, me estremezco y me cuesta encontrar la fuerza para salir corriendo sin comprender qué ha pasado, pero sintiendo que algo malo ha sucedido.

Eros

Momentos antes de la explosión.

Llego al complejo hotelero donde Valeria me ha citado esta mañana. Me escribió para decirme que tenía que hablarme de algo importante y que si no guardaba el secreto hasta esta tarde, no me lo diría.

Tanto misterio me tiene desconcertado.

Entro y la llamo.

No la veo por ningún lado pero sí huelo a gasolina. Miro el suelo y veo que las maderas están mojadas.

La llamo con más fuerza.

Esto no me gusta.

Escucho unos pasos. Me giro y lo que veo me desconcierta. Me deja helado. No puede ser real.

No puede ser cierto.

—Eros —me dice Hector mientras yo sigo sin comprender.

Corro, pero es tarde, el fuego corre más que yo y cuando me atrapa, noto como acaricia mi piel.

Una vez más pienso en Valeria, en ella antes de que la muerte me salude de nuevo.



Capítulo 29

Valeria

La buena noticia es que no hay ni rastro de Eros y eso quiere decir que de estar dentro, no se habría quemado. Eso me ha dicho el policía.

La mala es que tiene el móvil apagado y que no me responde ni él ni su familia.

Vamos a casa de mis padres, pero no soy capaz de calmarme.

He llamado a Hector y tampoco tiene el móvil operativo.

Es entrada la noche cuando llega un mensajero con una caja.

Abro la caja y veo un móvil, que suena nada más cogerlo.

Cojo la llamada poniendo el altavoz.

—¿Hola? —pregunto.

—Hola, Valeria. Soy el padre de Eros. Solo te llamo para decirte que está bien, pero que por su seguridad, Eros tiene que desaparecer. Está con su familia.

Y sin más cuelga. Miro a mi familia. Todos piensan que es idiota.

—¿Y espera que lo creas así sin más? —Asiento a Gus.

—No pienso creerlo. No tengo una prueba de que sea cierto —dice Cole—. Mañana iremos a buscar a Eros. Tengo un amigo que me puede decir todas las propiedades que tienen.

—Genial. Las registraré todas, porque esta vez no pienso dejar que nadie nos separe.

—A mí todo esto me parece muy raro —dice mi padre—. No tiene sentido. Este hombre debe saber que no vas a conformarte con esto.

—El padre de Eros es muy raro —respondo—. Cuando ve feliz a Eros, le dice que busque la ayuda de un psicólogo y si lo ve siendo un capullo, le mira con admiración. Si eso no es raro que me lo expliquen.

—Entonces, si esto es cierto, perseguir a Eros lo puede poner en peligro... Si lo han escondido por algo —comenta mi madre.

—¿Y qué hago? ¿Me quedo esperando a ver cuándo acaba esta pesadilla? ¿Y si luego resulta que no es cierta y alguien ha secuestrado a Eros?

—Hector habló con los policías de aquí —indica Gus—. Puedes ir al cuartel y preguntar por los que lo conocían y contarles la situación. —Cojo las cosas para irme—. Hoy no, mañana.

Lo pienso y tiene razón. Es domingo y no suele estar toda la plantilla.

Me quedo a dormir en casa de mis padres porque sé que, como me vaya a la mía puedo ser capaz de coger el coche e irme a buscar a Eros aunque esto no sea lo más aconsejable.

No consigo dormirme en toda la noche, porque cada vez que lo hago, veo a Eros corriendo un peligro horrible.

A la mañana siguiente me levanto temprano y voy con mis hermanos a la comisaría.

Entramos y me reconocen por el robo de ayer los policías que me ayudaron. Es a ellos a los que les pregunto por Hector y les doy nombres y apellidos.

—No, por aquí no ha estado, y hay registro de visitas. Pero, ante la duda, lo puedo comprobar.

Lo mira y niega con la cabeza.

De todos modos se levanta y pregunta a más compañeros, pero ninguno conoce a Hector.

—No lo entiendo. Él nos contó que se hizo amigo de alguno de vosotros y hasta nos mostró un parte de defunción de la familia de Eros.

—¿En qué ciudad trabaja? —Se lo digo y llama a ese departamento de policía.

—Todo esto no me está gustando —dice Cole y Gus está serio analizándolo todo .

—Entiendo —indica el policía y cuando cuelga nos mira—. Hector Johnson entregó su placa y pistola hace dos meses por un altercado en la comisaría. Está suspendido de su cargo hasta nueva orden.

—Pero eso no es lo que nos contó —le señalo y miro a mis hermanos tratando de encontrar una respuesta.

—Voy a abrir una investigación. Me gustaría que me contaras todo lo que sabes. Solo así puedo ayudarte.

Dudo, pero al final lo hago y le cuento todo lo que sé para encontrar a Eros o a Hector.

Me cuesta creer lo de Hector. Es el mejor amigo de Eros, y si le ha fallado, este no podrá superar algo así. Un engaño tan ruin.

Mis hermanos se marchan a trabajar, pero yo me quedo en la comisaría para ver qué encuentran. Ahora están revisando las cámaras de seguridad hasta el complejo hotelero. De allí no hay nada, pero podemos saber por algunas cámaras cercanas qué coches estuvieron cerca de la explosión, que ya sabemos que fue intencionada.

—Señorita Callum, hemos encontrado una imagen que sitúa a Hector Johnson ese día cerca del complejo. Vamos a investigarlo. No hay nada que apunte a que él fue el que lo incendió, ni el que hizo que el señor Brown desapareciera. Y el mensaje de su familia indica que está bien. Estamos en un callejón sin salida, si su familia no da la orden de buscarlo. Solo puedo hacer algo: encontrar alguna pista de que Johnson estuviera metido en el incendio.

—Pero eso puede ir muy lento y Eros corre peligro.

—No puedo hacer más y lo he intentando de verdad.

Asiento y me marcho con la condición de que me llamará por cualquier cosa que descubra.

Voy al trabajo de mi padre y les pongo al tanto.

—¿Quieres que vayamos a casa del padre de Eros o a su negocio? —me pregunta mi padre y asiento.

—Yo iré con ella —dice Cole—. Los demás quedaros cerca por si Eros vuelve o aparece Hector, porque me temo que Valeria va a querer investigar todas las residencias de los Brown.

Asiento.

—¿Tienes la lista?

Cole asiente.

—Soy más rápido que la policía —dice sobrado—. También es cierto que ellos tienen las manos atadas en muchos temas.

Lo preparamos todo y decidimos comer por el camino para llegar a tiempo a la empresa del padre de Eros antes de que cierre.

Al llegar vamos casi corriendo porque están a punto de cerrar y por la cara de la recepcionista, no le hace gracia trabajar justo ahora.

—Buenas tardes —digo—. Estoy buscando al señor Eros Brown o en su defecto a su padre.

—Ninguno de los dos está y por lo que sé, han salido de viaje. ¿Quiere algo más?

—¿Tiene algún teléfono donde podamos llamarles? —pregunta Cole.

—Sí, pero me han dado órdenes de que no se lo dé a nadie y solo lo usemos para

emergencias.

—Esto es una emergencia —le indico—. Soy la novia de Eros y ha desaparecido tras una explosión. Necesito hablar con él.

—No eres la primera chica guapa que viene a buscar al señor Brown y él no te ha presentado de manera oficial. No puedo darte más datos.

—Por favor —le imploro pero su cara no cambia.

—Lo siento. No pienso dejar que me despidan.

Mi hermano tira de mí hacia fuera al darse cuenta de que hemos dado con un hueso.

—¿Acaso no tiene sentimientos? —le pregunto angustiada ya en el coche.

—Para ella eres una extraña. Hay que entenderlo. Vamos a mirar en la casa.

En la casa el mayordomo es más hermético que la recepcionista y nos cierra la puerta en las narices.

Desesperada voy con Cole a un hotel para, al día siguiente, seguir buscando a Eros.

—Tenemos que ir sobre seguro, y descubrir dónde lo esconderían —dice Cole en el ordenador portátil—. Tiene que ser una de las viviendas que menos conozca la gente y más pueda pasar desapercibida. Solo hay una de ellas que no estaba a nombre del padre de Eros sino de su mujer.

—Cole la busca por el satélite y vemos que es una casa sencilla a las afueras de un pueblo—. Tiene que ser esta. Si Eros corre peligro, lo deben de haber llevado a un sitio que no se sepa que les pertenece.

—Pero tú si has dado con él.

—Ya, porque mi amigo miró todas las propiedades de Eros, de su madrastra y de su padre. No solo las de la familia o las más ostentosas.

—¿Y si están en un hotel? ¿Y si Eros corre peligro y al ir allí, lo pongo todavía más?

—¿De verdad piensas que Eros sabiendo que lo pasarías mal, se quedaría callado sin llamarte? —Niego con la cabeza—. Solo lo haría si tú corrieras peligro y nadie ha atentado contra ti.

—Me robaron el bolso.

—Un robo donde no sufriste. A Eros lo han intentado matar con esta ya tres veces. Tras lo que os pasó, Eros no se iría así y si su padre sabe algo, mereces saberlo porque desconocemos cuánto durará esto. No pienso ver cómo te consumes otra vez por la pena. Aquí está pasando algo muy raro y daremos con ello y, si no, que no te hubiera mantenido al margen.

—Gracias por ayudarme.

—Estaríamos todos aquí —dice refiriéndose a la familia—. Todos a una.

Nos preparamos para dormir y, aunque sé que no sirve de nada, llamo a Eros.

El móvil sigue apagado.

Me duermo por cansancio pero no puedo alejar las pesadillas.

Nos ha costado llegar a la casa donde creemos y esperamos que esté Eros.

Aparcamos cerca y vamos andando.

Al llegar escuchamos unas voces de enfado y unos gritos dentro de la vivienda.

Me alegro cuando distingo la voz de Eros y casi corro hasta allí.

Lo hago hasta que veo a alguien escondido entre las sombras del parque que hay cerca.

La puerta de la casa se abre y todo pasa demasiado rápido.

Veó a Eros un segundo antes de ver cómo le apuntan el pecho con un punto rojo y sin pensarlo me tiro hacia él, en el instante en el que el disparo iba a perforar su pecho.

Noto como entra la bala dentro de mí.

—¡Valeria! —grita Eros.

Cole grita aterrado.

Yo solo soy capaz de ver la sangre y notar cómo me mareo.

—¡Me estoy desangrando! —grito como cuando era niña—. Me voy a morir desangrada. —No puedo seguir hablando porque noto que me fallan las fuerzas.

Es ver sangre y ponerme en lo peor siempre.

—¿Valeria? —me pregunta pero pierdo el conocimiento antes de responderle.

Eros

—¡Os dije que no se iba a quedar quieta, si no hablaba con ella! —estallo.

Me toco la cabeza. Acabo de despertar tras un fuerte golpe de una de las vigas del complejo hotelero.

Mi padre y mi madrastra miran a Valeria mientras la dejo en el sofá.

Observo la herida y compruebo que solo es un rasguño en el brazo. Ha sangrado, pero no para morir como ha gritado ella aterrada.

Pienso que, incluso odiando la sangre, me ha salvado la vida. Si ella no llega a ponerse delante de mí, ahora estaría muerto.

—No es grave. Odia la sangre y por eso se ha desmayado —les informo—. ¿La podéis cuidar? Tengo algo que hacer.

—No puedes irte —me dice mi padre pálido.

—Si no acaba esto, hoy no tendré vida.

—Ya se están encargando —me indica mi madrastra.

Acaricio la mejilla de Valeria y le dejo un beso en la frente del que no pierdo detalle mi familia.

—Cuidad de ella. Yo tengo que cerrar esto de una vez.

Corro hacia donde se han dirigido Cole y Hector, mientras pienso en lo sucedido en el complejo turístico. Lo hago cuando los veo perseguir a un encapuchado o mejor dicho, a una encapuchada: mi madre.



Capítulo 30

Eros

El día de la explosión fui citado por Valeria, pero todo apunta a que mi madre lo organizó para tenerme allí.

El robo a Valeria por la mañana no fue una casualidad.

Hector cree que lo realizó mi madre para mandarme el mensaje. Piensa que debía llevar días observando a Valeria y sabía cómo desbloquear el móvil por el patrón, además de conocer todos sus movimientos.

Cuando la vi allí con las cerillas, no supe reaccionar. La reconocí por la marca de la cara y por la foto de mi tío. Estaba más envejecida pero el tiempo había pasado lento para ella. Seguía teniendo esa cara aniñada.

Me miró y lanzó la cerilla con una siniestra mirada que dudo pueda olvidar alguna vez. Era como si disfrutara sabiendo que me estaba condenando.

Hector apareció y me sacó de allí, pero por desgracia me dio una de las vigas y me quedé inconsciente unos días. Dicen que debido al último accidente.

Acababa de salir del hospital tras firmar el alta voluntaria, cuando vine a casa para buscar mi móvil para llamar a Valeria y así poder contarle todo, pero entonces mi padre me explicó su plan y me dijo que no pensaba devolverme el teléfono hasta que todo pasara. Me explicó que nunca se había creído lo de que el hombre que detuvieron, me tuviera tanta inquina, porque podía odiarnos, pero no tenía sentido que solo a mí. Yo no tenía nada que ver con todo lo sucedido.

Hay más cosas que no me dijo porque yo solo pensaba en buscar un bar para pedirle el favor de usar su teléfono y así llamar a Valeria.

No imaginaba que al abrir la puerta, estaría ante mí, y menos que me dispararían.

Localizo a Cole y a Hector frente a mi madre.

Esta los está apuntando con un arma.

Hector controlaría la situación mejor si Cole no estuviera allí, porque sé que lleva un chaleco antibalas.

Me pongo tras mi madre y veo a Hector mirarme sin delatarme, pero, por su mirada, sé que no me apoya en lo que pienso hacer.

—Largo de aquí o le disparo. —Apunta al pecho de Cole—. Él seguro que no lleva chaleco.

Cole ya me ha visto y noto como se pone chulito.

—¿Estás segura de que no llevo? —le pregunta acercándose.

Mi madre lo mira enrabiada.

—¡No pienso dudar en dispararte! —dice y veo como va a apuntarle.

Salto sobre ella y la tiro al suelo. Es menuda e inmovilizarla no me cuesta mucho. El problema es el arma que no sé si en el forcejeo se disparará.

—Hijo, mi pequeño...

—Perdiste el derecho a llamarme hijo la primera vez que atentaste contra mí. Una madre de verdad daría la vida por su hijo, no te la quitaría.

La miro a los ojos. Deseaba saber quién era, mi pasado... Saber de dónde venía y ahora que lo

sé, lo que deseo es olvidarlo.

La verdad puede ser dolorosa cuando no es lo que deseas.

A veces se es más feliz creando un pasado inventado, que descubriendo la crueldad de la realidad.

Cojo la pistola de mi madre y se la tiro a Hector que está cerca.

Este se hace cargo de todo y coge a mi madre.

—Yo no he hecho nada. Me estáis acusando sin pruebas.

La policía no tarda en acudir y se la llevan en el coche patrulla.

Hector va con ellos.

—Tu hermana está bien —le informo a Cole.

—Lo sé. La herida ha sido en el brazo. Lo vi antes de salir corriendo. Si hubiera sido grave, me hubiera quedado a su lado. —Me mira la venda en la cabeza—. Menuda cabeza más dura tienes —bromea—. ¿Estás bien? No tiene que ser fácil esto.

—No, es una mierda.

Me da unas palmadas en la espalda.

Al llegar a mi casa vemos a Valeria cogida a la mano de mi madrastra mientras una enfermera le cose el brazo.

—¡Me estoy desangrando! —grita de nuevo.

—Ahora entiendo por qué no siguió los pasos de tu madre.

—Es ver sangre y se desmaya o se pone a gritar eso, que se le escapa la sangre del cuerpo. Aun así, se tiró sin pensarlo contra ti.

—Yo hubiera hecho lo mismo —le indico a Cole.

—Lo sé —me dice.

Me quedo quieto hasta que la vendan. Entonces me acerco a ella y al verme, se levanta y me abraza con fuerza.

—No me asustes más de esa manera —me dice.

—Eres tú la que ha recibido un tiro por mí.

—Sí, pero la traje hasta ti —dice y miro a mi madrastra que alza los hombros—. Me han contando todo.

—¿La habéis atrapado? —pregunta mi padre saliendo del despacho.

Noto como al verme bien, su gesto se relaja.

—Sí. Tendremos que ir a declarar, pero antes quiero saber la verdad de todo porque me temo que sabes más de lo que dices.

—Todo estaba muy tranquilo hasta que encontraste esa mierda de vídeo —comenta mi padre—. Desde ese momento quisiste saber más y más. Y el pasado estaba muy bien enterrado.

—¿De verdad piensas que esa mujer se hubiera quedado al margen? —pregunta mi madrastra—. Todo no empezó ahí. Tu padre estuvo en la inauguración de ese complejo vacacional. Era el novio de tu madre de forma oficial. Ese periódico no te lo enseñó Hector, porque le dijimos que no lo hiciera, pero, cuando tu padre le comentó a tu madre que quería a tus abuelos mucho, esta entró en cólera y quiso matarlo porque no toleraba que quisiera a alguien más que a ella.

—Asustado me fui, tras decirme sus padres que tenía una especie de trastorno que le hacía pasar de ser dulce a la locura —indica mi padre—. Parece ser que estaba recibiendo ayuda para no ser tan agresiva cuando la gente quisiera a más personas. Me marché sin mirar atrás, sin querer saber nada de ellos... hasta que apareciste en mi puerta y tu tío me dijo que habían muerto. Me pidió que te cuidara, ya que él no podía hacerlo porque tu abuela te quería lo más lejos posible de todo eso. Estaba obsesionada con la idea de que cuanto más amor te mostraba, más vigilada se

sentía por su hija.

—Por eso, ante el miedo, te criamos con un poco más de frialdad —se excusa mi madrastra—. Todo iba bien. Tenías ya dieciocho años y nadie había atentado contra ti. Hasta que viste ese vídeo y quisiste saber más.

—Siempre me arrepentiré de decirte que tu madre tenía la misma marca que tú, en la mejilla. No esperaba que te encontraras con algo así —dice mi padre—. Te fuiste de casa y sabía que no encontrarías nada porque, cuando tus abuelos murieron, tu tío eliminó todo rastro de su familia de ese lugar, incluido lo que se escondía debajo de la primera piedra. Dejó que el complejo pasara a ser del Ayuntamiento, desatendiéndose de él. Ese centro vacacional lo compraron tus abuelos para cumplir el sueño de su hija. Creían que así sería feliz y dejaría de querer ir en contra de la gente que quisiera a alguien más que a ella.

—Por eso, cuando volviste y nos hablaste de tu amor... Nos dio miedo —explica mi madrastra—. Si las sospechas de tu abuela eran ciertas y su hija no murió en ese accidente, corrías peligro al amar a alguien. Tu accidente confirmó nuestras sospechas. Que olvidaras todo fue una tranquilidad porque así no corrías peligro.

—Solo queríamos lo mejor para ti y que no murieras —se disculpa mi padre.

—Pasó el tiempo y que no corrieras peligro, nos hizo creer que tal vez todo fue un accidente. Pero, aun así, contratamos a Hector para que te cuidara. Por eso en el segundo accidente, estaba cerca. Tú habías dicho en una entrevista que me querías como a tu propia madre y eso, si estaba tu verdadera madre viva, era un peligro. Así fue. Tuviste otro accidente.

—Lo que nos descolocó fue que no fue ella —comenta mi padre—. Y que todo apuntara a que era ese hombre. Por un momento creímos que de verdad todo habían sido coincidencias, pero Hector no lo creyó. Vio algo raro en las pruebas y se enfrentó a su jefe para que no cerraran el caso. No le hicieron caso y por su supuesta agresividad, cosa que dudo, le suspendieron.

—Y tú recordaste a Valeria y quisiste comprar ese complejo, además de desear saber más de tu familia. En cuanto Hector supo que seguías queriendo a Valeria después de verla, se fue tras de ti para protegerte. En realidad nunca se ha alejado de tu lado. Siempre ha estado cerca.

—Y nos fue dando datos a cuentagotas —adivino.

—Sí, eso fue idea de él. No podíamos vivir con miedo. Teníamos que hacer salir a tu madre, si era cierto que iba contra ti, y atraparla o siempre estarías en peligro. Por eso quería darte información poco a poco, para ver qué pasaba tras esto. Los informes de tus abuelos los tenía desde hacía tiempo, pero te los dio cuando consideró que era el momento oportuno —dice mi padre.

—Hector te siguió cuando fuiste al complejo hotelero y por eso estaba cerca —dice mi madrastra—. Gracias a eso, te pudo sacar de allí.

—¿Y quién me envió ese mensaje en una caja? —pregunta Valeria a mi lado.

—Nosotros no —responde mi padre—. Mi idea era no decirte nada. Quizás fue algún plan de ella para seguirte mientras buscabas a Eros, sabiendo que si te decíamos que no hicieras nada, harías todo lo contrario. Hector creía que nos acabaría encontrando y podríamos ir tras ella. Está claro que te usó para conseguir llegar hasta mi hijo antes de estar preparados, evitando que le pusiéramos un cebo.

—Por eso cuando era cariñoso, temías que fuera como ella.

Mi padre asiente.

—Tenía miedo tras lo que viví —me indica mi padre.

—No soy como ella. Deberías saberlo —le digo firme.

—Ya, bueno, hemos vivido con miedo desde que te tenemos —señala mi madrastra—. Esto

nos alejó un poco de ti.

—Y más cuando nadie nos creía. Solo Hector que, desde siempre, hizo del caso una cosa personal. Yo se lo conté cuando entró al cuerpo de policía para ver si podía ayudarnos a dar con la verdad.

—Que no se encontrara el cuerpo de tu madre, nos mosqueaba —indica mi padre—. El coche derrapó, se abrió su puerta y según el informe, se cayó. Yo creo que ella se asustó cuando vio que un policía, al verla dar tumbos con el coche, la siguió y se le ocurrió esa idea para ser un fantasma y no ser vista. Nadie sospecha de los muertos.

—Merecía saber la verdad.

—Todo eran hipótesis. No teníamos pruebas fehacientes —se excusa mi padre—. No hasta que la visteis. Verte con Valeria le debió volver loca y quería acabar contigo como fuera sin pensarlo mucho.

—Vaya historia —dice Valeria—. Siento que tu pasado no sea como esperabas.

—Yo también. Ahora solo quiero que esto acabe cuanto antes.

Llaman a la puerta y aparece Hector con unos policías.

Nos toca prestar declaración de todo.

Por lo que nos ha dicho Hector, mi madre llevaba una identidad falsa y han mandado a una patrulla para registrar su casa.

Nos hacen cientos de preguntas y me duele mucho la cabeza. Mi padre lo nota y por eso me obliga a ir al médico para una revisión.

Le hago caso porque no me encuentro bien.

Estamos saliendo para ir al médico cuando todo me da vueltas y se torna negro.



Capítulo 31

Valeria

A Eros no le hicieron las pruebas necesarias antes de que se cogiera el alta voluntaria, y por eso no vieron que, debido al golpe, tenía un coágulo de sangre. Por suerte todo ha quedado en un susto y han podido eliminarlo sin problemas.

Llevo unos días sin verlo porque el médico nos pidió que, por lo acontecido, le diéramos tranquilidad. Tenía que dormir mucho y descansar para curarse.

Tras atrapar a la madre de Eros, descubrieron que mató a sus padres porque odió ver como querían más a su hijo que a ella. Cuando entregaron a Eros a su padre, la frialdad de este le protegió, ya que en su mente, él la seguía queriendo más a ella. Quiso matar a Eros la primera vez porque con su madre parecía más feliz.

El reportaje que vio Eros no se emitió porque llegaron anónimos a la cadena con amenazas, si se publicaba. Al final por miedo, lo dejaron olvidado.

A cada persona que trataba de comprar el complejo hotelero, les envían amenazas de forma anónima.

Como ya sospechábamos trató de matar a Eros la primera vez. Después, se buscó un aliado, haciéndole creer que lo amaba. El hombre atentó contra Eros por amor hacia ella. Acabó en la cárcel y calló por ella. Hasta ahora..., ya que al final ha confesado toda la verdad.

Ella no podía conducir bien. Tras el último intento de asesinar a su hijo, se le fue el coche y chocó contra un árbol. Se lesionó el brazo y, desde entonces, le costaba conducir con precisión; por eso no podía usar su método favorito para acabar con la vida de Eros. Cuando este se enamoró de mí, me atracó para enviarme ese mensaje y acabar con él en el lugar que fue creado para ella, pero Hector estaba cerca y no pudo llevar a cabo su plan. Entonces me usó y me mandó ese mensaje, simulando ser el padre de Eros. Sabía que el que me dejaran de lado, me haría buscarle.

Nos siguió y disparó a Eros para acabar con él por amarme más que a ella.

Por lo que sé, no está loca, como creía el padre de Eros, en realidad es mala. Hace todo a conciencia por sus celos. Lo que hará que su pena sea mayor. A veces excusamos la maldad con un problema mental, cuando la gente puede elegir ser bueno o malo, y quien elige ser malo, es porque quiere.

Al fin todo ha acabado y va a pasar muchos años en la cárcel.

Llamo a la puerta de la habitación de Eros y me dice que pase.

Entro y lo veo en la cama con el vendaje en la cabeza.

Tantos cables y verlo así vestido, me pone triste.

Él lo nota y abre los brazos.

Voy a su lado y, como puedo con tanto cable, lo abrazo con fuerza.

—Estaba aterrada. Necesitaba verte.

—Lo sé. Y también que no te dejaban entrar.

—Pero me quedaba en la sala de espera. —Lo miro a los ojos, esos ojos verde azulados que tanto me gustan—. Todo ha acabado.

—Al fin puedo sentir que sí, pero hubiera esperado otro final. Mi único delito fue amar, y por eso ella creía que debía castigarme.

—La gente que no entiende que una persona tiene la capacidad de amar de diferente forma a mucha gente, tiene un problema.

—Los celos son corrosivos y destructivos. Nos ciegan.

—Sí. El amor es libertad. —Saco del bolso una pulsera y se la tiendo. Tiene el dibujo de una pareja de golondrinas en plata y la pulsera es de cuero—. Los marineros regalaban a su familia un detalle con golondrinas cuando llegaban a casa tras un duro viaje. Es un símbolo de triunfo tras la dificultad. Tú has vuelto a casa y has ganado esta batalla. Ahora te queda la más dura, que es que tu mente entienda por qué una madre te desea tanto mal. Pero estaré a tu lado para librarla.

Eros me besa emocionado, y me marcho cuando la enfermera me lo pide, pero le prometo que estaré cerca. No me pienso alejar de Eros. Al fin y al cabo es mi golondrina. Mi alma gemela.

Al final tengo que dejar a Eros con su familia cuando Lena me llama destrozada. Su ahora ex novio, no quiere hacerse cargo del niño y quiere que o aborte o lo críe sola sin que ese niño sepa nunca quien es su padre porque él no lo quiere.

Eros se encuentra mucho mejor y estaba a mi lado en el hospital cuando recibí la llamada. Me prometió que estaba mejor y que iba a hacer caso en todo al médico. Sé que es cierto porque su padre se ha puesto serio y no piensa dejar que su hijo pida el alta voluntaria.

Ahora que todo ha acabado y que el miedo se ha disipado, se han acercado más.

Sabemos que el padre de Eros se tensaba cuando era cariñoso por si se parecía a su madre, y por eso se alteraba. No porque no quisiera que fuera así o no lo aceptara, pero como él no es cariñoso, pensaba que se parecía más a él comportándose como un capullo y eso le tranquilizaba.

Ahora ya no tiene que temer algo así y debe aceptar a Eros tal cual es.

Llego a casa de Lena y me abre la puerta llorosa. Su padre al verme, le da un abrazo a su hija y se marcha para que hablemos.

Lena no puede hablar. Solo llora.

—Yo no voy a deshacerme de este niño, pero no sé cómo podré ser madre y cuidarlo sola.

—Tu padre te ayudará y yo también.

—Lo sé, pero no os merecéis acarrear con mis errores. De todos es sabido lo que pasa si no usas condón y suerte que no me pegó nada malo. ¿En qué pensaba?

—Supongo que solo querías sentir que te quería. —Asiente—. El amor no se mendiga, Lena. Y para estar con alguien así, mejor sola.

—Lo sé. Tengo miedo. No estoy preparada para ser madre.

—A mí también me asustaría, pero si algo he aprendido, es que el miedo no puede marcar nuestro camino.

Lena me abraza y sigue llorando hasta que se queda dormida.

Me quedo con ella, acunándola. Sabiendo que esta aventura le aterra tanto como le emociona. No va a ser fácil, pero estaremos a su lado. Con ella y con el bebé.

Eros ha vendido el complejo turístico. Su padre sabía que al final no lo terminaría, afectado por todo lo ocurrido, y ha buscado un comprador para recuperar su dinero. Ahora que el «fantasma» de la madre de Eros no estropea las transacciones, ha sido más fácil. La condición era que la empresa de mi padre siguiera con las obras y las remodelaciones.

Con todo esto no he podido ir a ver a Eros y ahora mismo estoy esperando a su padre que viene con el comprador tras firmar los papeles en el hospital.

Me ha tocado enseñar todo esto al comprador y trabajar en los planos junto a Cole.

Eros me asegura que está bien, pero hasta que no lo vea, seguiré teniendo miedo.

Veo al padre de Eros y es tan elegante como su hijo. Regina va tras él para cerciorarse de que todo es legal.

Al verme el padre de Eros me sonrío o lo intenta. Le cuesta emitir una sonrisa pero se nota que no es mal tipo, solo un poco difícil.

Regina me saluda y me pregunta qué tal estoy. Le digo que bien y asiente con esa frialdad que le caracteriza.

Terminamos de arreglar todos los papeles.

Su padre recoge el cheque y los nuevos compradores quieren empezar ya con todo.

—Un segundo —le digo cuando el padre de Eros se aleja. Llego hasta él y me mira sonriente.

—Solo venía al coche a por algo que me ha hecho comprarte Eros. —Saca del vehículo una caja de bombones con relleno de menta—. Dijo que el helado seguro que no aguantaba.

Me río por el detalle y veo sobre la caja una nota de Eros, que abro con rapidez:

Te quiero, no lo olvides.

Eros.

—Y ahora, ya me voy —me dice el hombre.

—¿Está bien? —le pregunto.

—Sí, pronto lo verás.

Lo abrazo y se queda cortado.

—Gracias por cuidarlo. Lo es todo para mí.

—Y para mí, aunque no se note —me indica dándome palmadas en la espalda como el que no sabe si abrazar o apartarse.

Se marcha junto con Regina en el mismo coche y me dirijo hacia los nuevos dueños. Se me va a hacer raro venir a este lugar sin Eros, pero es mejor pasar página y que otros construyan la historia sin que esta esté tan empañada.

—El lago no entra en los planos —me dice Cole.

—¿Cómo? —Miro el contrato donde me señala—. ¿Por qué?

—No lo sé, pero no estaba a la venta el acceso al lago. Ni el lago artificial.

Llamo a Eros para que me lo aclare, pero no me lo coge y el nuevo dueño no nos da tregua. Me toca dejar el móvil y ponerme a trabajar en la caseta-despacho que hemos instalado cerca.

Es muy tarde cuando llego a mi casa y no tengo noticias de Eros.

Lo llamo y esta vez sí me lo coge.

—¿Has decidido pasar de mí? —le pregunto.

—No se puede coger conduciendo.

—¿Cómo?

—¿Tienes algo que hacer o puedes venir a la casa del lago?

—Voy para allá.

—Te recojo en la puerta o mejor, te espero en la puerta de tu casa.

Salgo al balcón y me asomo. Eros está abajo apoyado en su coche y me saluda. Miraba hacia arriba como si supiera que me iba a asomar.

Cuelgo y bajo corriendo por las escaleras cuando el ascensor me parece que tarda una eternidad en llegar.

Al salir corro a sus brazos y me tiro sobre ellos.

Aspiro su aroma y me rodeo de su calor. Me pierdo en los rápidos latidos de su corazón.

—Estás aquí —le digo cerca del oído.

—Sí, y estoy perfectamente. No vine antes porque no quería estar presente en la venta. Esa parte de mi vida queda olvidada.

—Pero no has vendido el lago —le indico.

—No, porque el lago no fue cosa de mi madre. Fue un regalo de mi abuelo a mi abuela. Ella siempre soñó con tener uno y lo hizo para ella. Por eso el lago era tan natural y tan lleno de paz, y el complejo era todo caos. Porque mi madre no tuvo nada que ver. Fue un gesto de amor. Algo que no sabía mi madre porque lo hubiera destrozado por su envidia. ¿Y tú lo quieres hacer tuyo? Quiero construir un futuro allí.

»He comprado la casa del lago, que era de mi tío. Se la alquilaba a través de una empresa que no me dijo su nombre. La construyó al mismo tiempo que el complejo turístico para estar cerca de la familia, con lo que pasó, la dejó olvidada y no sabía qué hacer con ella y por eso la puso en esa empresa de alquiler. Ahora me la ha vendido feliz de que quiera su casa y sus terrenos. Quiero tirarla, a mi tío tampoco le gustaba mucho cómo fue diseñada, y que juntos construyamos allí nuestro futuro. Si quieres. Esto te lo esperaba decir allí, pero te me has adelantado con tus preguntas y ya te prometí no mentirte.

—Me encanta la idea. Podemos hacerlo nuestro, cerca de un lugar de paz que perteneció a tus abuelos que son parte de ti y siempre lo serán.

Eros asiente emocionado.

—Ella me privó de una vida a su lado porque no comprendió que el amor puede ser infinito y la envidia una carga eterna, que no te deja vivir en paz.

Asiento.

Eros acaricia mi mejilla y me besa con dulzura.

Entramos en su coche y vamos hacia la casa del lago.

La miro con otros ojos porque empiezo a pensar cómo quiero que sea nuestra casa.

Eros lo debe notar porque al entrar me deja folios y se sienta a mi lado mientras hablo de cómo quiero que sea todo.

Se lo cuento y cuando lo miro me quedo callada presa del amor que veo en su mirada.

—Quiero casarme contigo —le digo y Eros agranda los ojos.

—Tú te has propuesto fastidiarme todas las sorpresas hoy.

—¿Por? —Eros saca del bolsillo de su pantalón un anillo de plata que son dos golondrinas volando juntas en círculo—. Buscaba el momento perfecto y me has recordado una vez más que no existen los para luego. Solo los ahora.

—Te quiero, Eros —digo al mismo tiempo que pone el anillo en mi dedo—. ¿Entonces tú también quieres?

—Sí, quiero casarme contigo. Lo quiero todo contigo.

Cojo su cara entre mis manos y lo beso. Sonríe entre sus labios feliz y enamorada. Con él siempre lo he sentido todo. A su lado siempre ha aflorado lo mejor de mí, porque amar es sumar en tu vida y si el amor te resta, es que en verdad no es amor.

Eros

Miro a Valeria dormir sobre mi pecho y acaricio su espalda desnuda.

Cuando era niño soñaba con encontrar el amor, con sentirme parte de algo, con sentirme completo.

La olvidé porque mi mente estaba demasiado distraída como para recordar la mujer que me había enseñado que, para sentirse completo, no se necesita solo una persona, se necesita la intención de quererte y completarte tú solo con lo que eres.

Tal vez no era nuestro momento. Es posible que me precipitara a nuestro destino y por eso la olvidé. Sea como sea, ahora sé que el pasado es parte de nuestra vida como lo es el futuro hacia el que miramos, pero que solo vivimos el presente, ese del que a veces nos olvidamos de vivir, preocupados por lo que pasará.

Ella es mi pasado, mi presente y lucharé para que sea mi futuro.

Sé que, pase lo que pase, volveré a ella, porque es mi pareja perfecta para ver la vida pasar a su lado. Para llenar mi presente de instantes inolvidables.



Epílogo

Eros

Observo los cimientos de la que será nuestra casa al bajar del coche.

Cole y Valeria discuten sobre algo.

Al verme Valeria, cambia la cara y corre hacia mí.

Han pasado seis meses desde que decidimos hacer esto, desde que nos pedimos matrimonio y desde que nuestras vidas no han dejado de ligarse la una a la otra.

No me dio pena destruir la casa que había porque las ideas de Cole y de Valeria eran tan buenas que me enamoré de ellas.

Cole ha comprado un terreno al lado de nosotros y va a construir su casa.

El lago era parte del complejo turístico, pero no los terrenos que hay cerca de este. Mi abuelo compró el terreno para hacer el lago y el resto de tierra o son del Ayuntamiento o de particulares.

Beso a Valeria y la abrazo antes de separarme para ir hacia donde está Cole.

Escuchamos el ruido de un coche y veo que se trata de Hector.

Tras lo sucedido, le devolvieron la placa, le pidieron perdón y lo ascendieron.

Él dijo que había decidido trabajar por su cuenta y ser detective privado, aunque, en lo que pudiera, ayudaría a la policía. Alquiló un ático cerca del mar en esta ciudad, pero todavía no se ha terminado de instalar. Está en un caso y con lo que gane, se financiará un pequeño despacho.

Está muy emocionado con todo esto. Al igual que yo con la nave que hemos comprado para ampliar el negocio de mi padre esta vez llevándolo yo.

—Va muy bien —bromea Hector tras saludarnos y dar un abrazo a Valeria.

—¿Te vas a quedar mucho? —le pregunta Cole. Se han hecho muy buenos amigos, y lo cierto es que yo también salgo mucho con Cole y Gus.

—No, pero quería venir a ver a la pequeña de Gus.

—Es tan preciosa. Se parece tanto a mí —comenta Valeria y Hector se ríe.

—Tú sola te lo dices todo —le indica Hector.

—Es que es cierto. Es igual a Valeria cuando era bebé —dice Cole.

Valeria le enseña fotos de la pequeña, y entre ellas aparece una de Lena con su tripa de casi ocho meses.

—¿Cómo está? —se interesa Hector.

—Bien —responde Valeria—. Deseando ver la carita de su hijo.

—Y que no se parezca al padre —añade Cole con esa sinceridad que le caracteriza.

—No lo hará. Nos encargaremos de ello —señala Valeria.

Hector y Cole se van a tomar algo, y nos dejan solos con nuestra casa a medio hacer mientras el atardecer cae sobre el lago.

Abrazo a Valeria por detrás y beso su cuello.

—Va a quedar preciosa.

—Ya lo sé —digo mirándola y Valeria sonrío—. ¿Cómo estás?

—Bien, y he estado pensando en algo. —Espero—. Que creí que cuando pasara el tiempo, no tendría miedo cada vez que te digo adiós, pero lo tengo. Lo tengo porque sé que nunca hay que

quitarle importancia al hola de nuevo. Nunca se sabe si un adiós será el último, por eso cada vez que te veo alejarte, espero que sepas, mientras te marchas, cuánto te quiero y que yo te lo haya demostrado.

—Me lo dices cada vez que me miras, pero te haré caso y, a partir de ahora, cada vez que me despida de ti, lo haré con un te quiero. Te daré cientos de besos y abrazos antes de hacerlo, con la esperanza de que no sean los últimos.

Valeria se gira y me abraza con fuerza.

—Te quiero. No te imaginas cuánto.

—Lo hago, porque yo siento lo mismo por ti.

Nos besamos donde tenemos pensado construir nuestro futuro. Donde espero despertar a su lado cada día y donde cada noche, al abrazarla, daré gracias por tenerla conmigo un día más.

Era un navegante perdido que no encontraba el camino de vuelta a casa, pero entonces la vi en mi mente, a mi chica golondrina, y supe que haría lo que fuera por volver a su lado. Ella es y siempre será mi pareja perfecta, a quien he elegido para compartir esta vida.



Agradecimientos

A mi familia por ser parte de mi mundo.

A mi marido y a mi hijo porque sois todo mi universo.

A Merche y mis amigas por ser parte de mi vida.

A mis sobrinos porque os quiero tal como sois.

A todos mis lectores por acompañarme en cada libro y ser el motor de mis novelas.

Gracias a todos por ser parte de mi sueño.

Me puedes encontrar en:

Web: moruenaestringana.com

Facebook: MoruenaEstringana-Escritora

Instagram: @MoruenaE

Twitter: @moruenae